

"...pero con esta salvedad: nadie enfrenta la realidad, la realidad nos enfrenta." Nicolás Rosa.

"Hubo un movimiento en una sociedad que había sido permeada, "motivada" por una idea de transformación y que se vuelve temerosa de poder seguir adelante en esta transformación profundamente cultural." Héctor Schmucler

TRAMAS

PARA LEER LA LITERATURA ARGENTINA

**UNA ENCUESTA
A LA LITERATURA
ARGENTINA**



NARVAJA
EDITOR

Una encuesta es una forma de "escenificar", de montar un diálogo. Es el espacio propicio para que dialoguen voces diferentes. Un género abierto en el que reunir diferentes respuestas como una forma de hacerlas ingresar en la memoria colectiva. Más allá del género en especial, el tema propuesto involucra y compromete el cuerpo. Un intento de reunir nuevamente las palabras con lo visceral.

*Ilustración de Tapa
e interiores*

Laura Sosa Loyola

Para nuestro
anillo y Compañeros de
lucha Silvio Sautto

Carlos Gozzere

Carlos Perna

Carlos Perna

Carlos Perna

Editores Responsables

Mónica Figueroa
Gonzalo Vaca Narvaja

Director

Carlos Gazzera

Consejo Consultivo

Abelardo Castillo
Ricardo Piglia
Andrés Rivera

Dirección

Néstor Aguilera
Soledad Boero
Claudio F. Díaz
Ana García Armesto
Andrea Guiu
Silvana Mandolessi
Carlos Perna
Fernando Piñero

Referatos de próximos números

Pampa Arán de Meriles • Liliana Heker • Héctor Libertella
Walter Mignolo • Roxana Patiño • Graciela Susana Puente
Jorge B. Rivera • David Viñas

Referatos número 1

Jorge Lafforgue • María Paulinelli

Referatos número 2

David W. Foster • Eduardo Peñafort • Susana Romano Sued

Referatos número 3

Ana Camblong • Sylvia Iparraguirre • María Elena Legaz

Colaboración Especial en este número

Santiago Esteso • Inés Magnasco • Tania Mastronardi • Fernando Piñero

Secretariado de Redacción

Andrea Guiu • Carlos Perna

Suscripciones

Soledad Boero

Tramas Bibliográficas

Néstor Aguilera • Ana García Armesto

Corrección

Susana Fiorito • Andrea Guiu

Corresponsal en Buenos Aires

Laura Limberti

Archivo

Hilda Garbino Nogueira

Fotos

Carlos Ludueña

Ilustraciones

Laura Sosa Loyola

Relaciones Institucionales

Néstor Aguilera

Asesoramiento Jurídico: Eduardo Garbino Guerra

Asesoramiento Contable: Ana Cabanillas

Asesoramiento Técnico-Informático: David Peker

Diseño de Tapa: Pepe Moneo

Registro de la Propiedad Intelectual en Trámite

ISSN 0328-2309

TRAMAS... recibe correspondencia en C.C. 1191 - (5000) Córdoba

Disque TRAMAS... (051) 89-6060 / 232106 / 710363

FAX: (54) 051 23-2410 / (54) 0543 88-171

E-MAIL: mainardi@lead.fis.uncor.edu

En Buenos Aires: (01) 982-4496

NOTA: Todos los artículos publicados en TRAMAS... pueden ser reproducidos total o parcialmente, remitiendo a la Dirección de la revista dos copias de los mismos. Quedan exceptuados los trabajos cedidos especialmente por las editoriales en calidad de «adelantos» o de «publicaciones especiales».

"El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer. En la época de la dictadura, circulaba un tipo de relato "médico": el país estaba enfermo, un virus lo había corrompido, era necesario realizar una intervención drástica.

El Estado militar se autodefinía como el único cirujano capaz de operar, sin postergaciones y sin demagogia.

Para sobrevivir, la sociedad tenía que soportar esa cirugía mayor. Algunas zonas debían ser operadas sin anestesia. Ese era el núcleo del relato: país desahuciado y un equipo de médicos dispuestos a todo para salvarle la vida. En verdad, ese relato venía a encubrir una realidad criminal, de cuerpos mutilados y operaciones sangrientas. Pero al mismo tiempo la aludía explícitamente. Decía todo y no decía nada: la estructura del relato de terror."

Ricardo Piglia: *Crítica y ficción*

"Buenos Aires quiere orden, dijo su padre, tumbado en una poltrona. No hay ciudad que aguante veinte años de guerra y revolución, y todavía le queden ganas de andar jodiendo, dijo su padre, tumbado en una poltrona. He cortado más de una hemorragia: el que se salva de ella, sólo pide que lo dejen en paz. Y Buenos Aires quiere paz. Quien la invite a otro baile, se ha de ganar la fama de loco. Buenos Aires no sueña.

Se ha vuelto sensata: está harta de hermosas palabras, de hemorragias y de sueños. Buenos Aires quiere paz y orden, y se va a emputecer. Y aquel que sea su dueño la va a moler a golpes, para que no olvide que es una puta, para que recuerde que debe consentir que se le haga lo que sea."

Andrés Rivera: *En esta dulce tierra*

PRESENTACION

En cualquier momento del desarrollo del diálogo existen las masas enormes e ilimitadas de sentidos olvidados, pero en los momentos determinados del desarrollo ulterior del diálogo, en el proceso, se recordarán y revivirán en un contexto renovado y en un aspecto nuevo. No existe nada muerto de manera absoluta: cada sentido tendrá su fiesta de resurrección.

M. Bajtin

Un aniversario suele constituir una suerte de hito; una ocasión, e inclusive una excusa para poner en circulación discursos sobre un pasado que, o bien se intenta “recuperar”, o bien se petrifica como algo definitivamente terminado. Pero “eso de lo que se habla”, el objeto conmemorado, cobra en sí una densidad significativa que hace estallar sus propios márgenes de lo pasado, y pasa a resignificar el presente en tanto objeto nuevo, nunca acabado y en permanente construcción.

Si el aniversario de los 20 años del golpe de estado de 1976 pasó como una rememoración de lo ya definitivamente sucedido, y que, por cierto, no debe volver a suceder, es porque todavía opera en el imaginario social dominante, en la puesta en escena de los medios, una suerte de clausura: lo que queda, en

definitiva, es un consenso legitimado acerca del pasado como “(t)error”. Sin explicaciones, sin una reflexión sobre lo que todavía nos condiciona.

Por el contrario, sabemos que todo discurso sobre el pasado se inscribe en los pliegues de las disputas del presente por la legitimidad social de la nominación: en un mismo gesto, fija sus tradiciones y legitima posiciones sociales y políticas actuales. En este sentido, ninguna práctica discursiva es “ingenua”, sino que se posiciona ideológicamente dentro de esa “guerra de los lenguajes” de la que hablaba Barthes. Todo discurso sobre la historia es, pues, una construcción, permanentemente atravesada por aquellos discursos que fueron constitutivos de las luchas del pasado, por esos otros que en instancias posteriores contribuyeron a configurar su

imagen, y aquellos que hoy intentan pensar esto que llamamos la "realidad". Si la crítica literaria, y el trabajo intelectual en general, produce un tipo particular de conocimiento, este tiene que ver con los interrogantes que resignifican los relatos del pasado, y le dan sentido al presente. Nuestra literatura, en sí misma, es una forma de actualizar, como dice Piglia, "los puntos claves de la política y la cultura argentina".

¿Por qué, entonces, hablar hoy de los '70 independientemente de la excusa de un aniversario? Más allá de las limitaciones metodológicas a la hora de demarcar un período en décadas, los 70 aluden a un proceso histórico en tanto lugar de convergencia de una serie de fenómenos políticos, sociales y culturales que desde la violencia de sus manifestaciones aún nos siguen interpelando. La violencia, precisamente, es uno de los puntos claves que permite pensar no sólo la producción literaria de aquella época, sino también la de los años posteriores.

Hablar de los '70, por lo tanto, no es una cuestión arqueológica, no se trata de desenterrar o "recuperar una memoria", tampoco de revelar una verdad. Por el contrario, expresa la necesidad de producir un descentramiento en la zona de lo decible con respecto a esos años, y de poner en circulación una serie de

discursos, capaz de eludir esa retórica massmediática.

¿En qué consiste esta clausura? Todo pareciera indicar que lo secreto ya dejó de serlo, pero en el marco de una interpretación única: la teoría de los dos demonios. La violencia estatal, la lucha armada, las desapariciones, los campos de concentración, la tortura, etc., fueron reconocidos y sacados a la luz; no sólo eso, la sociedad asistió también a un ritual colectivo: el juicio a las juntas; no quedaría, pues, nada por saber, nada por decir. ¿La violencia de los '70 -por ejemplo- queda clausurada en el informe de la CONADEP?

¿Desde qué lugar, entonces, es posible enunciar hoy un discurso sobre ese pasado que nos interpela? Si pensamos en eludir la clausura que homologa una misma verdad para todos, entonces los lugares de enunciación no pueden sino ser diversos, y al mismo tiempo definir posiciones, no sólo en relación con aquella etapa, sino también con respecto a otras "verdades" que se nos intenta imponer en el presente: nuevos modelos económicos, éticos, educativos, estéticos, etc. Si hablamos de un pasado en el que la noción misma de verdad estaba en discusión, configurando las disputas por un nuevo orden social, podemos preguntarnos qué posibilidades hay en el presente de poner en

discusión esas verdades que aparecen hoy como evidentes.

La encuesta constituye un género que, en la literatura argentina, se ha caracterizado por hacer pública la palabra de los intelectuales, tanto en relación a lo estético como a lo político. Como tal, pone en circulación justamente las diferencias (generacionales, políticas, sexuales, intelectuales, de clase social, etc.). La elección de este género a la hora de hablar sobre los '70 no es casual; es un intento de escenificar la heterogeneidad. No se trata entonces de generar un nuevo consenso, sino más bien de poner bajo sospecha el discurso legitimado y difundido por los medios que operan la clausura.

Para quienes hacemos *Tramas...*, el problema se complejiza. ¿Cómo nos afecta ese pasado? ¿cómo nos relacionamos con un proceso histórico del que no participamos y ante el que, sin embargo, no podemos permanecer ajenos?

La distancia que nos separa de los '70 tampoco es la misma para todos. Esto incide directamente, para algunos, en los modos de apropiación de un caudal simbólico de arrastre que parte de los 60, y que se reinstala a principios de los 80 en el marco posible de una reapertura democrática, y no ya dentro de los lineamientos políticos de un ideal revolucionario; para otros, los '60 son tan ajenos como los '70.

Tanto unos como otros nos formamos en el aparato administrativo y disciplinario del "proceso"; no obstante, para algunos de nosotros, la dictadura puede nombrarse a partir de ciertas marcas específicas. La resultante no puede ser un relato de verdugos y persecuciones, de desapariciones y torturas, sino una historia llena de grises y silencios, de ciudades tomadas, ciudades ajenas que funcionaban como un mapa de exclusiones. Se puede recuperar el lenguaje de esa historia observando, por ejemplo, las letras crípticas del rock de fines de los '70, los relatos de ciencia ficción que circulaban en revistas como *Péndulo*, las producciones de ciertos humoristas gráficos como Fontanarrosa, las historietas que se siguieron publicando en *Skorpio* y después en *Fierro*; y por cierto, dentro de las páginas de *Humor...*

El retorno de la democracia constituyó una experiencia colectiva de apropiación de la ciudad en tanto espacio público, como así también de consignas y de toda una mitología que nos había llegado subterráneamente a lo largo de la dictadura. Si la dictadura encarnaba todos los anti-valores, en la democracia se proyectarían todos los valores que se agotarían en su propia euforia. Las nociones de "política" y "participación", utilizadas hasta la saturación, incluso

desde los llamamientos del poder político, terminarían por vaciarse de sentido. Semana Santa del 87, Ley de Obediencia Debida, y Punto Final, marcan un punto de inflexión.

Así como la relación de algunos de nosotros con los 70 está mediatizada por la apropiación de una mitología, la de los más jóvenes, nacidos en los setenta, lo está por ese vacío semántico característico de los '80 y la consecuente despolitización de los '90. "Política" y "participación" son términos que reaparecerían recién en el marco de las protestas contra la Ley de Educación Superior durante 1995; escenario confuso en donde cierto escepticismo generalizado aparecería como gesto previo al fracaso, y en donde se revelaría el desconcierto entre quienes no podían apropiarse de formas residuales de relación con lo político ni tampoco generar un modelo alternativo a la hora de sociabilizar un proyecto común. En ese contexto, las protestas del '95 se encontrarían con el espectro de aquellas prácticas políticas, como gestos irrepetibles en este presente marcado por la imposibilidad. En ese sentido, estos términos no serían entendidos como posibilidades de cambio, sino que marcarían un nuevo giro sobre la decepción.

Distintas experiencias, posiciones diversas desde las cuales pensar los

'70 a partir de la decepción y el vacío. Quizás sea el modo de generar nuevas prácticas, proyectos en los que los términos "política" y "participación" se resignifiquen más allá de lo que, desde el poder político, se nos ofrece como mero simulacro, y que nos llega desde los medios como espectáculo banal.

ENTREVISTAS

Abelardo Castillo

HAY QUE FUNDAR VALORES

Reportaje de *Fernando Piñero*

—¿Qué opina usted de los años '70?

—Siendo de algún modo un representante de los años '60, de lo que se llamó "la generación del '60", pienso los años '60 como el fin de algo, como el fin de un modo de concebir el mundo, el arte y las letras que, para mí, empieza a decaer en los principios del '70 y que termina de desaparecer con el Golpe Militar de Videla, con la dictadura militar. Vale decir que los años '70 estarían divididos para mí en dos partes: hasta el '76 y después del '76; pero esos setenta que llegarían hasta el '73 o '74 son un poco la consecuencia de los sesenta, como si los años sesenta hubieran durado más de una década y hubieran empezado un poco antes de la década del '60. Porque para entender en Latinoamérica y en Argentina lo que significaron los años '60 no podemos olvidarnos de un hecho histórico fundamental: la Revolución Cubana, que es un poco anterior a los '60; y habría que ver entonces a qué años '70 nos referimos, si a los '70 de la dictadura o a esos tres o cuatro años previos al '70.

—Esa es justamente una de las contradicciones de esta década, la doble cara de los '70. Sería bueno analizar este punto, cómo es eso.



—Yo creo que analizar los primeros años de los '70 es seguir analizando todavía a los sesenta. Esta continuidad se evidencia desde los nombres que figuraban como los referentes obligados de la literatura de esa época, y que son más o menos los mismos que hoy entendemos como la literatura del sesenta. En el setenta todavía seguía escribiendo Cortázar, había muerto Marechal, estaban Borges, Bioy Casares, entre los escritores mayores y, "nacidos" en los '60, publicaban Ricardo Piglia, Soriano (que publica su primer libro antes de irse al exilio), toda la generación de *El Escarabajo de Oro* a la que yo pertenezco; el grupo *Contorno* que es previo al sesenta, pero David Viñas, Ismael Viñas, Noé Jitrik, Massotta, siguieron publicando naturalmente en los sesenta y en los setenta antes del golpe militar, eran los escritores más conocidos de nuestro país, lo que se podía llamar la nueva generación. De todas maneras, en esos primeros años ya empieza a notarse como un decaimiento de ciertas posturas ideológicas y estéticas de los '60; entre las estéticas podemos señalar como uno de los modelos el "compromiso literario" al que yo nunca adherí. Yo creo que un escritor debe ser un escritor comprometido pero no debe comprometer su literatura: sería muy largo de explicar en esta charla; creo que la literatura es compro-

metida o no a priori, nadie se propone comprometerse o no en su literatura, pero creo que el compromiso siempre pasa de alguna manera por el cuerpo y por las ideas lúcidas, uno no se puede proponer escribir una novela comprometida, sobre todo porque ese tema que compromete a una novela puede llevarle diez o quince años de escritura, cuando el problema ya se terminó. Pero hay una actitud comprometida ante el mundo que es previa a toda escritura, no creo que deliberadamente uno pueda comprometer su literatura. De lo contrario no existiría ni la literatura fantástica ni la poesía lírica; sin embargo, nosotros conocemos grandes poetas líricos que han sido hombres profundamente comprometidos o a los que les ha costado la vida su actitud ante el mundo, como Lorca, cuya poesía no tenía un aspecto de escritura comprometida; y el compromiso de Machado, ¿se ve en sus versos? No sé, pero que Machado era un hombre comprometido de eso no hay duda. Pero era uno de los temas de los '60 que también pasó a los '70. A tal punto que en los '70 ya hubo un grupo de escritores jóvenes

que descreía de la literatura porque no era compromiso suficiente, y que decía haber abandonado la literatura por la militancia, o un grupo de poetas que se pasan a la canción de protesta, etc.

—*Se borran los límites entre la literatura y la militancia.*

—Esa es una de las características, sin duda, de los sesenta; su paradigma serían las ideas de los existencialistas franceses ateos, como Sartre, Camus, Beauvoir, donde el compromiso ideológico, el compromiso estético y la militancia eran más o menos la misma cosa. Cosa que suele ocurrir en el mundo y que no es privativo de los sesenta; si se toma la gran generación de escritores argentinos del siglo pasado uno se da cuenta de que esos hombres hacían literatura y política al mismo tiempo, y que eran como una unidad. Pero a principios de los '70 se marca mucho más profundamente esa necesidad del escritor de la militancia, que ésta debe pasar por el cuerpo y que la literatura no da cuenta de eso. Y luego lo que todos conocemos: la

venida de Perón, la violencia desatada en la Argentina hacia fines de esa primera parte de los '70 con la triple A, los muertos por la calle, etc. Y la orden de reprimir a la guerrilla, el paso a primer plano de los militares y, a partir del '76 hasta, por lo menos, el '82 con las Malvinas, lo que podríamos llamar los negros años '70, donde, no ya por razones de cansancio o de cambio de estética o de revisión de los viejos valores de la generación anterior, sino por presión del poder estatal y de la violencia estatal, desaparece todo lo que se puede sentir como lo espiritual de una cultura; todos sabemos lo que significa la palabra cultura en el sentido vasto, estamos hablando de libros, de música, etc. Una especie de muerte en vida que acá se manifiesta por los escritores que se van al exilio, naturalmente porque no podían ya vivir en la Argentina, o porque no querían, lo que me da exactamente igual. Y están los escritores que se quedaron, entre los que me cuento, que eran tan exiliados como los otros pero dentro de su propio país. Durante años a mí no me hicieron ningún reportaje, era como si no existiera, muchos creían que estaba afuera, otros creían que ni siquiera estaba en ninguna parte y eso creó un terrible vacío que es lo que yo he llamado en alguna editorial de la época como "La década vacía". Siguieron sucediendo co-

sas, cierta literatura del exilio y algunos libros que se publicaron acá, pero todo eso realmente cuando se lo juzga desde hoy, uno se pregunta: pero ¿dónde está?, ¿qué sucedió realmente en los setenta?, porque cierto tipo de literatura argentina y cierto tipo de despertar empieza alrededor de los '80, es decir, son los libros publicados esa década, y son, incluso, libros que se empiezan a publicar en los '90; cuando nosotros decimos Soriano, Piglia, digamos Castillo, Heker, etc. Para la generación de ustedes son escritores que han leído hace unos años. No tienen ningún dato de lo que pasaba antes de la dictadura. Eso de algún modo ha influido en lo que hoy son los '90 y en lo que podríamos llamar la generación del '90 que todavía no sé si existe.

—Entre la gente que conforma lo que llamaríamos el “exilio interno” y la gente que hizo el exilio propiamente dicho o el “exilio externo”, ¿se produce alguna suerte de confrontación? ¿Eso también es ruptura?

—Yo creo que no hay ninguna ruptura, es como una unidad que podemos analizar desde la literatura, la literatura nacional que siempre está hecha de sus mejores exponentes. Uno tiende a juzgar la literatura como la suma total de libros

y no como aquellos libros que por alguna razón son significativos. Tanto los libros del exilio como los que se escribieron acá, que no fueron tantos por otra parte ni tan buenos, siguen perteneciendo a la literatura argentina. Lo que sí se creó, y yo diría se quiso crear, fue una confrontación irreal entre los escritores del exilio y los escritores argentinos. Algunos escritores del exilio tenían la teoría de que todos los que se habían quedado en la Argentina eran obcecados del régimen militar, y los que estábamos en Argentina pensábamos que los exiliados exageraban, y que no tenían una conciencia plena de lo que realmente estaba ocurriendo en nuestro país. Acá se dieron, bajo la dictadura militar, movimientos políticos, ideológicos y éticos, como los de las Madres de Plaza de Mayo, y movimientos intelectuales y estéticos tan poderosos como el *Teatro Abierto*. Creo que nunca hubo un movimiento más intenso y, sobre todo, más ejemplar, en algún sentido, que aquellos cientos, por no decir miles, de actores, directores y dramaturgos que estaban acá en Argentina, o algunos que venían, o que hasta podían

mandar sus obras desde afuera, que fueron representadas bajo la represión; un movimiento tan fuerte que no hubo modo de pararlo. Todo eso de algún modo es lo que se perdieron algunos exiliados; de ahí que se empezó a crear una polémica que yo creo que era falsa entre los que sentían que la resistencia debía hacerse desde adentro junto con los obreros que estaban en Argentina, junto con los movimientos no oficialistas, junto con las Madres y junto con los escritores que todavía no escribían, y los que estaban afuera, para quienes lo único que ocurría dentro del país era una sumisión a la dictadura militar, y si podía publicar acá, por alguna razón sería. Del mismo modo que se había creado antes una idea equivocada acerca de lo que era un desaparecido, y la gente “normal” decía: “algo habrá hecho”, también si un escritor argentino podía publicar en un diario argentino durante la dictadura, se pensaba desde allá: “algo habrá hecho”. Pero esto no prosperó; llegó un momento, cuando pudieron venir los escritores del exilio, donde se volvieron a juntar los dos sectores y hoy, tanto Mempo

Giardinelli, exiliado, como David Viñas, como yo, como Ricardo Piglia, no exiliados, seguimos en la misma cosa, por aquello que, de todas maneras, hizo que la polémica se diera durante la represión. Hoy no existe esa polémica; hoy casi no existe polémica en ninguno de los sectores de la cultura nacional. Y advirtió una vez Beatriz Sarlo algo que es muy interesante: justamente la represión creó como una homogeneidad en la cultura; yo recuerdo que en una de las ferias del libro bajo la represión, estaba firmando ejemplares Liliana Heker en una de las editoriales no oficiales, pero que el gobierno tenía que permitir, porque hacía una Feria oficial, abierta al mundo y era curioso, ahí uno se encontraba con escritores que ni sabía que todavía estaban en Argentina, o con invitados que, normalmente, no podían ser invitados, y sobre todo se podía comprar libros que no estaban en las librerías. Sentíamos que los escritores éramos como un grupo, no importa que algunos hayan estado más cerca del régimen militar, pero el hecho concreto es que yo publiqué en *El Ornitorrinco*, una revista que sacábamos en esa época, una lista de desaparecidos encabezada por Bioy y Borges y las Madres, eso está publicado; es cierto que Borges come con Videla, pero también es cierto que en los últimos años Borges de ninguna

manera había aceptado la represión militar, después lo dijo por todas partes. O sea que se creó entre la clase intelectual una cercanía que no se daba antes; antes había la literatura oficial representada por los Borges, los Bioy, las Victoria Ocampo, el Grupo *Sur*; con la represión, todo eso empezó a ser como los intelectuales bajo la censura y bajo el poder; todo eso en contra, de algún modo, u opuesto a la literatura del exilio. Pero esa dicotomía, porque ni siquiera fue una polémica muy profunda, se termina cuando volvieron los exiliados, se reencontraron los amigos, se aclararon equívocos, pero no se pudo volver a aquella polémica entre determinadas posturas ideológicas que podían ser “la literatura oficial” en contra de “la literatura subterránea” o de las “nuevas literaturas”, etc; es como si eso ya hubiera dejado de existir a partir del Golpe. Si a esto se suma el tema de los desaparecidos, que fueron muchos, tomando en cuenta el número de desaparecidos que hubo en Argentina, en ese setenta y tanto por ciento de hombres que tenían entre 18 y 35 años, ahí había una generación, sin duda, de escritores, de artistas, de pensadores que desapareció y que dejó este vacío. Entonces hoy quedan como dos generaciones: la vieja generación, que todavía no ha reemplazado a la generación de los Borges, de los Cortázar, de

los Mujica Láinez, de los Mallea, de los Sábato, etc., y una nueva generación tardía, porque son hombres que tienen entre 30 y 40 años, que tampoco tienen con quién polemizar, porque en general no se polemiza con generaciones tan anteriores como en este caso la nuestra; nos llevamos 30 años de diferencia, sino con generaciones que son cercanas, y acá ha desaparecido la generación cercana.

—En cuanto a la escritura en esos años, algunos autores hablan de forzar la metáfora para poder nombrar lo innombrable; otros, de jugar con las técnicas, y no con el cuerpo de lo que se dice. ¿Algo de esto ocurrió con su propia escritura?

—En mi propia escritura, de ficción, no, porque como publicar era muy difícil en esa época, lo que yo hacía era escribir dos novelas que se publicaron después, una fue *El que tiene sed* y la otra *Crónica de un iniciado*. A *Crónica de un iniciado* la empecé a escribir mucho antes de la represión y la terminé después, y para

publicarla en algún momento (soy muy lento para escribir, sin represión me hubiera sucedido lo mismo). Los otros libros que ya estaban publicados, a lo sumo podían no reeditarse, que fue lo que ocurrió: entre el '76 y el '82 yo no publiqué ningún libro. Pero sí he advertido, el forzar la metáfora, en mi prosa explícita, en los editoriales de *El Ornitorrinco*; como tenía que eludir de algún modo a la censura aludía o utilizaba de manera particular elementos que hubieran sido de difícil comprensión en otro momento. Por ejemplo: nosotros publicamos en un número de la revista un cuento de Dino Buzzatti, cristiano, italiano, un gran escritor pero escritor de literatura fantástica; ese cuento se llamaba *Están prohibidas las montañas*; en ese cuento había un grupo en una sociedad italiana, más bien rural, donde por alguna razón se habían prohibido las montañas, nadie podía mirar hacia las montañas, nadie podía nombrar las montañas, se hacían reuniones y todo el mundo se sentía observado y a punto de ser denunciado si aludía a algo que podía tomarse como las montañas. Ese cuento tuvo un

efecto terrible entre los lectores, porque sentían que se estaba aludiendo a lo que vivíamos en Argentina; ese mismo cuento publicado diez años atrás o publicado hoy sería meramente un cuento fantástico; tal vez el propio Buzzatti lo publicó durante la época del fascismo en Italia, en su original, nunca averigüé la fecha, pero publicado por nosotros tenía un valor totalmente distinto porque era el único modo de aludir a algo que estaba pasando. Eso he notado en la prosa especulativa: uno aludía a determinadas cosas y se suponía que el lector debía entender a qué se estaba aludiendo. Yo una vez publiqué en *La Opinión*, hablando sobre el mundial, la estructura externa, por decirlo así, de *La máscara de la muerte roja* de Poe, aludiendo a lo que estaba pasando aquí mientras se hacía el mundial, como una gran fiesta en un lugar como el castillo del conde Próspero y la peste que los amenaza a todos y termina, incluso, metiéndose adentro del castillo. Muchos lectores lo entendieron perfectamente como entendieron ciertas alusiones que yo hacía ahí y que en otra época no me hubiera ni tomado el trabajo de explicarlas así, las hubiera dicho de otro modo. No hay más que ver el lenguaje que tenía *El Escarabajo de Oro* respecto al de *El Ornitorrinco*; en *El Escarabajo*... decíamos “hay que defender la revolución cuba-

na", por ejemplo; eso no se podía decir acá, pero había un modo de aludir a la revolución cubana, sin necesidad de que lo entendiera todo el mundo, tratando de pasar la censura, cosa que ocurre en momentos de mucha censura y de mucha presión política. Si no, no se podría explicar que se haya publicado en Rusia en la época de los zares una novela como *Memorias de la casa muerta* de Dostoievski, ¿cómo hizo para pasar la censura? Porque quienes la leyeron no se dieron cuenta de que estaba aludiendo a todo un régimen, la tomaron como la expresión de un señor que había estado en Siberia y contaba sus aventuras negativas. Eso se advertía en la prosa. En cuanto a la ficción, no sé, porque yo no pude publicar ficción en esa época y además porque no puedo forzar la ficción hasta esa zona, y aparte no quería escribir cuentos fantásticos para que a nadie le pareciera mal. Pero sí noté algo que alguna vez habrá que tener en cuenta; se dio en Argentina en los años '70 una gran generación de poetas, como Daniel Freidenberg, Irene Gruss, Alicia Genovese, todos ellos empezaron a escribir en los '70, porque el lenguaje de la poesía ya es oblicuo por naturaleza, entonces era la poesía un lenguaje posible, como es siempre posible dentro de un régimen muy férreo y muy censor; el de la prosa se hacía mucho más difícil.

En cuanto a lo otro, a esa teoría de que el trabajo vanguardista, por decirlo así, sobre el lenguaje o sobre las técnicas, es lo único que queda, no es cierto, porque la literatura experimental viene recorriendo el mundo desde que este existe; no creo que nadie pueda ampararse en "bueno, había tanta presión que me puse a analizar los problemas del lenguaje". Donde eso se puede advertir, más que como deliberación, es en la poesía; y la poesía de los '70 es algo infrecuente en la literatura argentina, muy superior a la de los '60. En los '60 la prosa es lo importante: escriben Viñas, Cortázar y Bioy que ya escribían, pero también Ricardo Piglia, Soriano, Puig... En los '70 sí, los que hoy se consideran poetas argentinos, y tomando una *Antología de la Literatura Argentina* que se publicó hace un tiempo, son todos escritores de los '70; ahí sí hay un tema que tal vez se pueda retomar hoy.

—¿Qué es enunciable hoy de los '70? ¿Qué lugar ocupan en nuestro imaginario? Por ejemplo, se habla de violencia y hay una asociación directa a los '70,

en Córdoba hay una asociación directa al Cordobazo, se habla de "subversión" y la palabra es setentista de alguna forma. Es decir, hay una serie de cosas que suceden en los '70 que operan en los '90.

—Yo creo que entra como un elemento negativo, como un elemento todavía represor: lo que no se puede hacer, lo que no se debe decir, la necesidad de que las cosas se interpreten bien para no parecer que se está diciendo otra cosa. En los '60, principios del '70, decir extremista, decir subversivo, era decir palabras, nadie decía una mala palabra. Hoy eso es así. Además, hay toda una generación (la de ustedes, la de la gente que hace esta revista) que es la generación de los hijos, que vivió la represión; sus padres también operan y en este caso sí hay que tener cuidado con las comillas-, como "inconscientes represores", porque al vivir una experiencia muy dura y muy atroz durante los '70, tienen mucho miedo de que sus hijos también puedan ser en algún futuro (no demasiado remoto porque ellos han vivido realmente la represión

dura) reprimidos y equivocarse. Todo eso juega sin duda en el imaginario de esta generación; y sobre todo lo que sí juega es la imposibilidad de rescatar el imaginario de los '60 con los mitos aquellos de los '60, y no uso la palabra "mito" peyorativamente, sino en la significación que su origen griego designaría. La diferencia esencial que veo entre los '60 y los '90 pasa por ese puente negativo que son los '70, o tal vez un puente roto. Quizá sea esta la imagen correcta: pasaron algunos como pudieron y son como los sobrevivientes; los demás desaparecieron de nuestra realidad. Es que en el lenguaje de los '60 se advertía el nacimiento del Tercer Mundo, el despertar de los pueblos de África, la Revolución Cubana como hecho fundamental para Latinoamérica porque, además, era una revolución hablada en castellano, no era la revolución socialista, no teníamos que leer a Lenin o a los grandes escritores rusos de esa época, sino que esto era nuestro continente, hablada en castellano, con héroes comunes como Martí, como nuestros próceres del colegio. Para cualquier argentino, Martí era una especie de prócer que era cubano por azar como para los cubanos Sarmiento o San Martín eran argentinos por azar. Ese lenguaje positivo y ese lenguaje que era el nuestro se ha roto; hoy se habla de fin de las ideolo-

gias, de muerte de la historia, de fin de milenio. Se vive desde el lenguaje en una zona negativa; el problema es éste para los jóvenes del '90. Toda generación tiene la obligación, que yo diría no es una obligación moral sino una fatalidad, de volver a establecer los valores. Una generación se transforma en generación cuando establece, de alguna manera, una axiología, es decir, establece nuevos valores en oposición a los valores creados que recibió y en oposición a los valores negativos. Puede aceptar algunos pero siempre modificándolos. En la generación de hoy los valores positivos del '60 no le sirven y es como si hubiera vivido en una historia de antivalores que no le permite establecer sus valores en contra de otros, porque no sabe cuáles son los otros valores. En nuestra época, por ejemplo, teníamos dos modos de concebir el mundo: esquemáticamente, había el comunismo y había el capitalismo, uno podía optar, pero optar por una realidad que existía. Hoy, ¿dónde se opta? Se supone que el mundo se transformó en una especie de aldea global donde todo es más o menos lo mismo con determinados matices. Hasta hablar de democracia en aquella época podía significar dos cosas: o aspirar a ella o desdenarla. Se podía querer un gobierno del pueblo para el pueblo y una sociedad sin clases que no tenía nada que ver con

la democracia. Hoy se vive dentro de este orden democrático con determinadas variantes, pero nadie se pone a discutir si es esto realmente una democracia. ¿Cómo puede ser que haya democracia en España y también en Argentina con un orden casi feudal? Y hay democracia en EE.UU., que a la hora de invadirnos nos invaden o nos ganan la guerra de las Malvinas, junto con la realeza británica. Se vive en ese orden donde no hay un antagonismo muy marcado de algo que sea directamente otra cosa en la que se pueda elegir. Al mismo tiempo, ciertas ideas religiosas muy poderosas durante miles de años, como el cristianismo, han perdido su vigencia. Hacia los '60, incluso hacia los '70, se podía tener aquella mezcla de revolucionario y cristiano de la cual tenemos muchísimos ejemplos, curas que han estado en la guerrilla, como curas que han estado en los grandes movimientos socialistas; hoy no puede existir casi una teoría tercermundista desde el cristianismo porque también el cristianismo es un antivalor. Supongamos que alguien se pone a negar enfáticamente la estructura

conservadora de la iglesia, parece que debate, casi está hablando del siglo pasado, ni siquiera es un tema de debate. Entonces, lo que tendría que buscar la generación de los '90 es cómo establece los nuevos valores de esto que es una época de antivalor; el problema es que vivimos también en el mundo, y este fenómeno no se advierte sólo aquí, se advierte en Francia, en Italia; quien habla con cualquier extranjero siente que es como si no estuviera pasando nada. Bueno, cuando no pasa nada, yo creo que el derecho y el deber del intelectual es repensar los viejos valores para ver si sirven o no, o establecer como novedad los valores nuevos. Porque ¿qué quiere decir el fin de las utopías?, ¿quiere decir que están prohibidas? Oigo hablar con mucha sensatez de que hay algo que por lo menos no es imposible, que es el salto al vacío; bueno, hay que cambiarle el nombre: no creemos más en las utopías pero creemos en el salto al vacío, en la libertad del hombre incluso para equivocarse. Y el fin de la historia, ¿qué significa una sociedad sin historia? Una sociedad sin historia es una sociedad de abe-

jas, de hormigas, de patos o de sociedades cerradas; un poco hablar de los dinosaurios o de los boro-boro en las sociedades primitivas, pero ¿cómo hace el hombre para no estar metido en la historia? Hay que reivindicar sin duda ese valor antiguo que todavía sirve; la palabra historia no es una mala palabra, es el único modo que tiene el hombre de instalarse en su propio mundo. Además, en cuanto se sale del bombardeo ahistórico de la televisión y de los medios, uno se da cuenta de que la historia sigue ocurriendo en las calles: sigue habiendo levantamientos populares, sigue habiendo gente que no come, sigue habiendo hombres que quieren hacer cambios, eso es la historia; ¿cómo se inserta cada uno en esa historia? Creo que es el trabajo de esta generación. Lo que pasa es que se han perdido como ridículas ciertas nociones que va a haber que recuperar: la noción del compromiso, que hoy se le atribuye a Sartre, pero es mucho más vieja que Sartre; ya Monnier el filósofo personalista francés, un hombre muy comprometido, que intentó hacer dentro de Francia la unión entre cristianismo y las teorías marxistas, etc., es muy anterior a Sartre; además, era una cosa que estaba en el imaginario ideológico de su tiempo. Hoy se le atribuye todo a Sartre. Bueno, Sartre se murió, sirvió para muchas cosas, no hablemos más de eso, no

todo eso es un gran error, sin contar que quien pretende estar por encima de las contradicciones que todavía existen en la sociedad, está adoptando una postura que es ideológica, del mismo modo que el fin de las ideologías no significa de ninguna manera que las ideologías terminaron, sino es esa alucinación de una nueva ideología que nos habla sobre el fin de las ideologías; la cuestión es aceptarla o negarla. Y del mismo modo, yo siempre he sentido la posibilidad de establecer hoy un pensamiento nuevo; es más o menos lo mismo que antes de la existencia de los pensamientos socialistas, es decir, hay que fundar algo. Antes de que los pensamientos socialistas aparecieran en el mundo, no estaban, nadie se podía agarrar de los libros ya escritos para decir, estoy de acuerdo con esto; bueno, a nuestra época, y yo diría que a los hombres jóvenes de esta época les está tocando esa tarea. Ahora, quién es capaz de hacerlo, cuándo lo van a hacer, no sé; nuestra generación hizo bastante mal la parte de lo que le correspondía, yo no puedo ponerme en las necesidades de los hombres que hoy tienen entre 20 y 30 años, a los que yo considero la verdadera generación de los '90, no a los que llaman la generación de los '90 que publican un libro como generación, que son mucho mayores por las razones que ya expliqué: acá hubo un corte en la

desaparición de todo un grupo de escritores que impidió que esa generación apareciera por ejemplo en el 80 o en el 77.

—Sí, pero al margen de eso, digamos, al margen de que no hay una generación anterior, por ejemplo, clara, con la cual hacer el parricidio, consideramos que hay un mecanismo, el propio mecanismo de producción de nuevos valores, o el mecanismo de producción intelectual de la nueva generación que inclusive no funciona, de pensar una polémica en los '90, o la polémica como generadora de nuevas ideas, o debate si le gusta más.

—Exacto, pero yo creo que a la polémica hay que establecerla con los valores del poder. No hay mecanismos que permitan la polémica pero hay una moral, una política, una ideología del poder en contra de la cual habría que establecer los nuevos valores, porque, ¿el parricidio es necesario como establecido? Si existen aquellos padres que te molestan, sí, pero puede no ser necesario el

parricidio, salvo que se lo establezca únicamente en el nivel estético o literario, porque "no estoy de acuerdo con la literatura de tal"; pero, ¿ése es el problema fundamental? Yo creo que el problema fundamental de la nueva generación es establecer, no diría yo una ideología o una militancia política, que es imposible en los hechos, pero creo que tiene que establecer una nueva ética, y eso no se hace del mero parricidio intelectual-estético, sino que es repensar de nuevo esto, y repensar incluso en contra tal vez de ciertas ideas europeas como las de la posmodernidad, como la de que han muerto los viejos relatos, lo que llaman los filósofos, los nuevos filósofos franceses nos sirven a nosotros. ¿Qué es la noción de posmodernidad? a la que, por otra parte, se confunde con posmodernismo. Mil veces yo he oído hablar de literatura posmodernista, etc. Lo posmodernista es lo que viene después del modernismo; el modernismo, para nosotros, es Rubén Darío, etc.; hay algo que es la posmodernidad, que es un hecho histórico que arranca en el Renacimiento, que da lugar a los tiempos modernos y

que da la impresión de que en nuestro tiempo ha terminado y probablemente no la última semana, sino tal vez ya a principios de siglo empezamos a pasar a otra cosa que es la posmodernidad con una diferencia respecto a otros hechos históricos globales muy evidente. Cuando usted dice Renacimiento, por ejemplo, está hablando del centro de Europa y nada más. No hubo Renacimiento en América, ni hubo Renacimiento en China, hay un Renacimiento del centro de Europa; lo globalizamos y lo entendemos como un movimiento universal, nada más que para poder conversar, porque en los hechos es falso, ni siquiera se puede hablar de un Renacimiento español. Sin embargo lo posmoderno es un hecho que nos abarca todo, porque está marcado no sólo por los grandes valores de intelectuales positivos, sino sobre todo por los negativos, la posibilidad de que, dentro de no demasiados años, la comunidad entera no tenga qué comer, la tala de los bosques, la contaminación de los ríos, la no solución de los problemas económicos de base, el sida...

—La imposibilidad de hacer el amor, claro.

—Justamente, la imposibilidad de hacer el amor. Te contaba hoy con esta anéc-

dota que me dijeron, bueno, "por lo menos tu generación hacía el amor sin asustarse", yo que sé, realmente tiene razón. Todo esto es el paso a lo posmoderno que de alguna manera arrancó en ciertas teorías muy optimistas que surgieron en el Renacimiento: la ciencia iba a ser algo así como la felicidad de la humanidad, etc. Yo también creo que la ciencia es muy útil, le tengo bastante miedo a la técnica, no a la ciencia, a la técnica mal aplicada, pero la ciencia no me preocupa demasiado como les preocupa a otros escritores que sienten que es el mal de nuestro tiempo; no creo que sea así; pienso que hay una aplicación de la ciencia que es la técnica, que puede llegar a ser el mal de nuestro tiempo, que ha producido fenómenos como la desinformación, por ejemplo. Nosotros tenemos ahora 40 canales, o 50 o 49, como en mi televisor, donde uno no se entera realmente de lo que pasa en el mundo, son chispazos de cosas que suceden, lo que uno de los filósofos franceses llama, la "cultura del simulacro". Nosotros sabemos que hay una guerra en Medio Oriente, y vemos tres o cuatro focos luminosos; parece un parque de diversiones, no una guerra, pero los muertos reales, los chicos que murieron, la gente que murió, las mujeres, los viejos, ¿adónde quedaron?, detrás de esa especie de rueda de la fortuna del parque de diver-

siones. Cinco minutos después es reemplazada por el caso María Soledad, por el problema de Maradona, etc. Entonces hay como una avalancha, yo diría, una polución de información que no da tiempo a ser pensada y que no le da tiempo al televidente a juzgar el mundo. Esos son los valores del mundo actual.

Pero creo que es el momento de los medios alternativos, debe haber alguna manera de publicar. Hay que volver a esas búsquedas alternativas porque de lo contrario entramos exactamente en el sistema que nos plantean como el único posible. ¿Cuál es el sistema hoy único posible? Publicar en el *Clarín*, en *La Nación*, en *La Capital*, es decir, en lo que se llama los medios o aparecer en televisión y que entonces alguien haga preguntas estúpidas sobre algún problema parecido a tu cara; esos son los medios. Se supone que un escritor es un hombre que existe porque se le ve la cara o porque publica en los medios, y un escritor sin duda no es eso y un pensador tampoco, es decir, puede llegar a haber publicado, al final de cuentas todos tenemos los ejemplares a la vista. De *El Zaratustra*,

cuando apareció, se publicaron 14 ejemplares y el autor regaló 13 más o menos. Sin embargo el libro de Nietzsche sigue siendo uno de los libros más leídos en nuestro tiempo. Kafka no publicó un libro en su vida, vale decir, ¿por qué no permanecen todavía esos valores? Si hay una cultura subterránea, si hay una verdadera cultura subversiva, una contracultura, ésta no se hace en los medios, que siempre pertenecen al poder. Lo que pasa es que hoy nos han presentado al poder globalizado como la única realidad posible, y a veces hay que tener, no sólo talento, sino bastante riñón y coraje para sentir, "no me dejo agarrar a esto", y, empiezo a buscar mi propio camino lateral, tal vez no sea reconocido hasta que pase el tiempo suficiente, pero creo que éste es el lugar de lo aleatorio y de lo subterráneo.

—De todas formas, pensando un poco en lo subterráneo, y tomando a Adorno, este tema de que los talentos pertenecen a la industria cultural aún antes de emerger, hoy el *under* ni siquiera puede ser concebido como

tal; el under casi pertenece a la industria cultural antes de que pueda emerger como under, por lo menos eso se ve en ciertas manifestaciones, quizás menores, como la historieta, y el rock.

—Es cierto, el rock era *under* hace mucho, ya no es más *under* y la historieta era *under*. Habrá que buscar otros medios, pero yo digo *under*, no la historieta, el rock, etc. sino *under* desde natura. Bueno, habrá que sacar una revista que la lean 40, no 5000, y llegará el momento en que tampoco será más *under*, ya pasará como al destino de la cultura. Primero Van Gogh no puede vender un cuadro, anda roto por la calle, se corta la oreja y se pega un tiro, y hoy pertenece a lo que podríamos llamar la pintura oficial del mundo, pero por lo menos hay que empezar. La sociedad tiene tendencia a abarcarlo todo, y en especial la sociedad capitalista, es decir, que deja determinadas válvulas de escape como una especie de cosa permisiva, pero no hay cultura que no cree su contracultura. Lo que hay que buscar es cuáles son los valores que se quieren establecer como valores, y cuáles son los valores que se pueden reconsiderar; probablemente la historia es un valor que se puede reconsiderar y, sobre todo uno, que yo creo que habría que analizarlo muy seriamente, y dedicarle mu-

cho tiempo. Sartre sostenía que la política era la ética de nuestro tiempo, por eso no escribió nunca su ética anunciada en *El ser y la nada*, porque para él los trabajos políticos de los últimos años venían a ser la ética. Aceptemos eso o no, hay un hecho que hoy no se está entendiendo, salvo que se entienda por política discusiones entre radicales y peronistas o entre peronistas y peronistas, porque en este país no hay partidos políticos, es decir, es una interna del peronismo en general desde hace mucho tiempo. Hay otra palabra que es la palabra ética. ¿Cuál es el modo ético para un intelectual de instalarse como tal en el mundo? La política ya no va, no esta política sino los grandes relatos políticos; parece que ya no existen como suele decirse frecuentemente, "ha caído el muro de Berlín", como si eso fuera algo más que un hecho meramente edilicio. Para mí es un problema municipal, voltearon el muro, no veo que el mundo se haya modificado grandemente, y unos que estaban acá se pasaron allá, y otros que estaban allá se pasaron acá. Pero los problemas esenciales de la humanidad, con muro o sin muro, siguen estando. Entonces creo que incluso todavía es posible hasta repensar un socialismo que no teníamos por ahí, todavía en el 60 y ni que tenían previsto los filósofos del siglo pasado. Lo que pasa es que tal vez

haya que animarse a pensarlo. Yo he conocido escritores que me dicen que hoy no se puede escribir una novela que abarque la dimensión de ciertas novelas como las de John Dos Passos, Proust, etc. No se puede o yo no puedo, porque tal vez haya uno que pueda; porque yo le aseguro que la muerte de determinados hechos estéticos la oigo desde que nací. Recuerdo cuando había muerto el cuadro de caballete, que acaba de resucitar no hace tanto. Yo recuerdo cuando el teatro era imposible, ya no se podía escribir teatro ni pensar que el teatro podía pasar por el texto. El teatro sigue, ni lo mató el cine, ni lo mató la televisión. Con la novela pasa exactamente lo mismo, ni hablemos de poesía; en poesía se terminó el soneto no sé cuántas veces desde Petrarca hasta acá, hasta que apareció por ejemplo Miguel Hernández, que no se había enterado de que había desaparecido y escribió sonetos. Pasa exactamente igual con las artes.

—Usted hablaba del apocalipsis de los 90, un apocalipsis más marcado quizás en Europa, pero

que se traduce, por ejemplo, en la imposibilidad de nuestra generación, o de los jóvenes de hoy de pensar qué va a pasar de aquí a 50 años. ¿Cuáles son los estilos, cuáles son las marcas de los '90 en este sentido? ¿Cuál sería el "apocalipsis" de Argentina o el de los '90, en todo caso?

—Bueno, la palabra apocalipsis yo la utilizo como una especie de herramienta de trabajo, no creo demasiado en el apocalipsis, todas las generaciones han sido más o menos apocalípticas y todo el mundo piensa que cuando se muere él, se muere el mundo. Yo dije que esta es una concepción cuasi fascista de la historia. Hitler cuando vio que ya perdía la guerra, mandó a minar todos los subterráneos de Berlín, y ya que me muero yo, muramos todos, y se terminó el milenio. Sí considero, en cambio, que hay momentos mucho más críticos que otros en la historia y que estamos pasando por uno de esos. Cuando se ha hablado de la peste negra, por ejemplo, o cuando se ha hablado de determinados hechos que parecían comprometer a la humanidad, siempre se estuvo hablando como

cuando dijimos Renacimiento, hoy, de hechos que estaban focalizados y que no eran universales, eran muy parciales. Hoy, cuando se habla tanto del agujero de ozono, de la falta de alimentos en el mundo, del sida, se está hablando de fenómenos universales; uno solo de ellos podría acabar con el planeta. Hoy concurren cuatro o cinco, eso evidentemente es grave. Creo que porque soy optimista, no soy profesional del optimismo porque al plantear estas teorías también estoy demostrando una cierta concepción negra de la actualidad, pero creo que de eso también vamos a salir, como se ha salido de tantas.

Lo que sí siento, es que el estigma es creer en la palabra "imposibilidad" del lenguaje: en el lenguaje se manifiesta la ideología o la filosofía verbal de una época. Hoy hablamos tanto de fin como de imposibilidad. Yo creo que ni un pensador ni un artista pueden plantearse a priori la teoría de la parálisis y de la imposibilidad, porque si no están liquidados como artistas.

Uno de los problemas más grandes de la literatura de nuestro tiempo es la imposibilidad de inventar, sobre eso se escribió una novela entera que es el *Dr Faustus* de Thomas Mann: hemos llegado a un momento de parálisis, Mann pone como protagonista a un músico, donde ya no se puede ser como

Beethoven, y da la impresión de que ya no se puede inventar algo nuevo, y al mismo tiempo, como si nos quedara nada más que la parodia, que es un género menor, en épocas como éstas, entonces se hace la parodia de *Hamlet* o la parodia del *Quijote* o nosotros hacemos, sin darnos cuenta a veces, la parodia de la novela policial norteamericana. Vivimos copiando, en el 90, modelos que ya caducaron entre el 20 y el 30 en Norteamérica. Sin embargo, Mann en esa novela demuestra que se puede escribir el *Dr Faustus*, que no es ni la parodia, ni la imposibilidad. No se escriben 300 páginas por imposibilidad.

Pienso que aún la enunciación de ese tipo de obra, en la medida que sea creadora, es tan buena o todo lo contrario, con eso se puede hacer esto. Lo que hay que ver es qué quiere hacer la generación del 90 y qué quieren hacer los escritores, o quién lo va a hacer, porque a nosotros nos han acostumbrado, o yo diría a ustedes los han acostumbrado a que hay hechos masivos, pero eso es una herencia de los '60, el cine, la televisión, los Beatles... como si siempre ocurrieran las cosas multitudinariamente y no es así. En general, las generaciones se dan muy rara vez, tienen que concurrir hechos políticos, hechos históricos, y además dos momentos de una generación antagónica en sí misma, para que de ahí salga un camino.

En nuestro país por ejemplo, o en Florida, donde hoy hablamos de literatura de los años 30, pero que estaban peleados todos entre ellos también, etc. ocurrieron infinitos hechos. Además, se verifica la posibilidad de una cabeza generacional, de un órgano literario o muchos que expresen esa generación, y no siempre se da, pero sobre todo tiene que haber un trasfondo histórico que permita eso.

En general, lo que ocurre es que los escritores, los artistas y los pensadores se expresan de a uno. ¿A qué generación perteneció Hegel? La verdad es que no me acuerdo, y ¿cuántos dramaturgos hubo entre Esquilo Sófocles y Eurípides? Y, se dieron esos tres, seguramente surgieron un montón, pero se dieron esos tres separados por 80 años uno del otro. Todavía no han pasado 30 de la generación de los '70, a lo mejor no hay una generación del 90. De lo que estoy seguro es de que algún gran escritor va a salir. Lo que no se va a poder repetir es lo que aparentemente pasaba en los '70 o en los '60, o en el principio de los '70, cuando daba la impresión de que

el cambio de la sociedad iba a ser inmediato. Pero yo se lo puedo decir como perteneciente a la generación de los '60, nosotros creíamos que la gloria eran los años 20, no vivíamos la generación de los '60, vivíamos en cualquier lugar, nos parecía natural que estuvieran los Beatles, o que se realizaran conferencias para 300 personas. Hoy, si doy una conferencia, con suerte van 15, si les aviso por teléfono antes. Eso sucedía, pero no conmigo, con cualquiera. Se publicaban muchos libros. Actualmente es lamentable la cantidad de libros que publica Argentina, sin contar que también es lamentable la calidad de los libros que se publican en Argentina. Nosotros hablamos de los escritores argentinos y cuando uno los empieza a parangonar con lo que fueron los escritores argentinos, se pregunta, si todavía la generación del 60 no pudo superar a los otros escritores, qué pasa con los 3 o 4 que aparecen ahora como los paradigmas del 90. Es como si algo no existiera y tampoco existen en el mundo. Dónde está la generación que va a reemplazar a los Calvino, a los Buzzati, a Pavese, e incluso al

propio Moravia. Y en Francia, Sartre, Simone de Beauvoir, Camus, sin hablar de la generación anterior, Gide, los Valery, los Monterlan, dónde están, y la verdad es que no están. Uno o dos y algunos que todavía son muy famosos, que son como sobrevivientes de aquella generación. Pero dónde están los que reemplazaron a Tolstoi, a Dostoievsky, a Chejov, a Gorky, yo no los he visto, ni en Rusia, ni en ningún lado, por otra parte. Los españoles desde el Siglo de Oro más o menos están esperando que venga alguien, que se ponga más o menos a la par de Quevedo, de Góngora, de Cervantes. Pueden pasar 300 o 400 años hasta que suceda algo así, y encima esta generación de los '60, tan estupenda no fue, porque todavía no hemos podido reemplazar a aquellos que siguen siendo hoy los paradigmas de la literatura argentina.

Yo creo que debiera admitirse que a la hora de pensar, a la hora de escribir y a la hora de crear los valores, cada hombre está absolutamente solo, y es él frente a su decisión, y a su destino, y a lo que hoy nombramos y que a mí me parece como definición la más exacta aunque parezca una metáfora, es un salto al vacío. Es él quien decide y, además, todo hombre decide cuando decide algo o elige algo por toda la humanidad. Esto ya lo sabemos, no des-

de Sartre, desde Protágoras. En la medida en que alguien es un escritor o un artista de cualquier tipo, o un pensador, en ese momento su decisión se transforma en universal. El asunto es que hay que animarse. Bueno, usted me dirá ¿Y su generación? ¿Lo hizo? No sé si me salió bien, yo le diría, y sí, yo me animé o cree que escribo porque creo que soy un fracasado o porque tengo una computadora. No. Cuando empecé a escribir sentía que a partir de mí empezaba, no importa que me equivoque, no importa que eso sea mentira, no importa que todo papanatas haya pensado exactamente lo mismo y haya quedado en el olvido; pero no es ni un problema generacional, ni masivo, es un problema de a uno. En la medida que un hombre en su soledad decide: lo que no hizo nadie lo voy a hacer yo, por lo menos ése tiene resuelto el problema, dos o tres lo siguen y por ahí aparece una generación que se la cree.

Noé Jitrik

LA LENGUA: APROPIACIONES Y RESISTENCIAS

Reportaje de Néstor Aguilera
y Silvana Mandolessi

—Abordar los '70 desde las modalidades de una encuesta presupone, más que nada, un intento de aproximación discursiva a esa década en donde aún las cuentas no parecen estar demasiado saldadas: he allí la importancia de su enunciabilidad histórica. Lo que a nosotros nos llama mucho la atención es la predisposición para reflexionar sobre una década que, tanto en lo personal como en lo colectivo, aparece como un espacio territorial aún no delimitado, y que se recorta simplemente sobre la permanente heterogeneidad de los discursos que la atraviesan. La propuesta, pues, es hablar hoy de los '70 y cómo puede llegar a participar ese imaginario de los '70 hoy en los noventa.

—Lo que pasa es que toda apelación a la reflexión, por más que parezca muy acotada a un periodo o a un momento, y por lo tanto asible, supone las condiciones de la reflexión, es decir, cómo se define reflexionar en un momento determinado. Ahora pareciera que es más fácil, porque tiene un carácter retrospectivo, y la re-trospección siempre facilita porque es la distancia en sí misma, es la distancia ya incorporada al objeto. Sin embargo habría que plantearse, ante todo, en qué consiste reflexionar, es decir, cómo se responde a esa invitación a reflexionar sobre un momento tan convencionalmente acotado. Porque justamente hablar de décadas es una especie de conven-

ción que, históricamente, ni siquiera tiene el carácter de una hipótesis. En realidad los períodos son más largos y también cuesta mucho definir o encontrar los rasgos que los definen. Entonces los períodos son a la vez objeto de definición, pero nunca son décadas, salvo el arrastre que en la Argentina tiene la expresión “década infame”, que tampoco cubre exactamente del 30 al 40, sino que define, con la designación de década, un subperíodo con rasgos adjetivos, que corresponderían a una presencia política vista desde otra presencia política. En realidad la expresión “década infame” es una creación forjista, un intento crítico desde el radicalismo de explicarse el dominio, o el predominio, de la vieja oligarquía conservadora, a la que por el adjetivo “infame” se le atribuye todos los males que estaba padeciendo el país; y esto por extensión, porque en realidad los males los padece esencialmente el grupo antagónico, y por extensión es el país entero el que los padece. Esto con respecto a las condiciones de la reflexión. Ahora, con respecto a lo que denominaríamos como “los 70”, hay una experiencia determinada, precisa, aparentemente muy definida, que empezaría en el Cordobazo, en el 69, y que es cuando algo empieza a tomar forma. Esa forma es ligeramente diferente aunque teñida de episodios o

situaciones preliminares. Y la situación preliminar al Cordobazo es evidentemente la revolución cubana, que es un fenómeno típico de las reacciones anti-dictatoriales de la década de los 50; y si algo la caracteriza en el plano de lo político a esa década es la voluntad, por distintos caminos, de sacarse de encima a los dictadorzuelos latinoamericanos.

—Por otra parte la revolución cubana, como proyecto posible, empieza a construir esa idea de que los ideales revolucionarios pueden llegar a ser posibles en otros lugares de Latinoamérica.

—Sí, pero el origen de la revolución cubana es la tendencia anti-dictatorial típica de los 50. Distintos caminos y distintas incidencias: en algunos casos supone que surge de movimientos espontáneos de grupos políticos; en otros casos, es cierta estrategia imperialista que modifica su esquema de aliados. Es decir, hay interpretaciones. El hecho es que desde el 55 en adelante se registra un “sacarse de encima” a los dictadorzuelos típicos de América

Latina. Y la revolución cubana nace de ese mismo impulso, luego cambia de carácter. Al cambiar de carácter y estatizarse, genera esa idea de lo posible y es el fundamento de episodios aparentemente separados que no tienen nada que ver, como el Cordobazo, al que también se lo liga bastante con el Mayo francés. Fenómenos de masas que tienen como telón de fondo la posibilidad que presentaba la revolución cubana. Más otras cosas que no se tienen demasiado en cuenta como, por ejemplo, los límites del desarrollismo que, a partir del Cordobazo, al menos en la Argentina, hacen surgir elementos nuevos, discursos novedosos y “factibilidad” de esos discursos. Por ejemplo, surge el discurso guerrillero o de la lucha armada, que aparece como un discurso muy aceptado y factible. Yo me acuerdo perfectamente de que, cuando el ERP secuestró a Salustro, el presidente de la FIAT, muchísima gente lo veía como algo normal. Cuando Montoneros le saca sesenta millones a Bunge y Born, la gente lo ve como una astucia. Cuando todavía estaba en Méjico, las radios mejicanas, haciéndose cargo de

todo esto que había pasado, celebraba la gesta de los Tupac Amaru como si fueran ocurrencias muy divertidas. En fin, lo único que quiero decir con esto es que esos discursos aparecían como factibles. Ahora, esos discursos factibles se contraponían a discursos de “arrastre”, de tipo más bien ordenador y, en términos generales, conservador (en lo que el respeto al orden puede tener de conservador), que serían los discursos de los grupos políticos de los cuales podría decirse que claramente se habían encarnado en alguien como Balbín, que tenía un discurso muy consecuente con toda su tradición, con su pasado discursivo. Y no entro a juzgar intenciones o contenidos de los juicios que él podía emitir, sino calidad de su discurso; un discurso coherente, congruente con una modalidad discursiva de arrastre.

En el peronismo esto era más convulso, porque algunos sectores del peronismo se habían dejado seducir por los nuevos discursos factibles de la lucha armada, mientras que otros, en cambio, se habían radicalizado para el otro lado. Este conflicto entre “patria peronista” y “patria socialista” tiene su manifestación más clara en el famoso encuentro en Plaza de Mayo con Perón en el año 74, que pone muy en evidencia las fuertes contradicciones discursivas que había en el peronismo mismo. Pero hay

mucho más que todo eso; esto es nada más que un planteo superficial, y apreciable casi por cualquiera que hubiera vivido en ese período y por cualquiera que relea la documentación de la época. Recientemente, por ejemplo, apareció en *Página 12* una nota de Miguel Bonasso recuperando una carta de Perón a Montoneros, con toda su ambigüedad, es decir, reconociéndolos, apoyándolos y respetando la decisión de matar a Aramburu. Respetándola y pocos meses después condenando a los propios Montoneros al ostracismo y, en cierta forma, sentenciándolos. Ahí empieza la declinación de Montoneros; no tanto en sus errores, que los cometieron y muchos, sino en la condena que Perón les hizo, detrás de la cual estaba todo el rechazo del *establishment* al tipo de discurso bélico de fuerzas armadas inorgánicas que querían oponerse al sistema. El destino de Montoneros y del ERP creo que se selló ese día en Plaza de Mayo. El destino no quizás de los meses inmediatos posteriores a ese episodio, pero sí el destino en términos estratégicos a muy corto plazo. En muy poco tiempo, dos años o tres, concluyó esa idea de la "factibilidad"; y esto se vio en la pérdida de convicción generalizada de los demás en el discurso de la lucha armada. Es decir, si en el año 72, como dijimos, la gente veía con cierta indife-

rencia, o como muy natural, que se secuestrara a Salustro, que se matara a Aramburu, o que se secuestrara a Bunge y Born, a partir del año 75, 76, se fue perdiendo esa especie de creencia ingenua y generalizada, es decir, hubo una "retracción" que tampoco podemos llamar crítica.

—¿En qué piensa que se transforma ese sentimiento de "creencia" al que usted alude?

—En rechazo, en antagonismos y en deslinde. Eso también explica, en cierta forma, que el golpe del 76 tuviera cierto consenso. Eso quiere decir que no fue una imposición sobre la población. Fue una imposición sobre los grupos políticos, sobre los discursos disidentes, sobre las réplicas ideológicas y literarias, pero no sobre el conjunto de la población que, en términos generales, admitió, una vez pinchado el globo de los discursos guerrilleros, que sobreviviera un período de "orden"; y este es un consenso implícito que se recorta, además, sobre viejas tradiciones de consenso popular en la Argentina para las peores causas.

—Con respecto al peronismo, este aparecería como oscilando o deslizándose entre esas series discursivas de lo factible, arrastradas de los '60, y un discurso que se radicaliza más en la derecha luego de las sanciones discursivas a los grupos armados...

—Sí, pero esa es una discusión eterna. Ese discurso más de derecha del peronismo es un discurso del peronismo de siempre. Menem tiene razón cuando él dice que él interpreta el pensamiento de Perón. El tiene razón, y en Buenos Aires hay un delirante que se llama Dante Guccio y que está en el aparato peronista, y que saca carteles diciendo: "el peronismo, justicia social...", pero sin oponerse al menemismo, en ese juego ambiguo en el cual él cree que puede obtener, así, adhesiones de una especie de peronismo "ideal" que, además, nunca existió. El discurso peronista siempre fue ambiguo en ese sentido, y siempre permitió resurgencias múltiples y auténticas todas; menos la de izquierda, que siempre fue vivida por el grupo del peronismo como de "infiltración". Y de he-

cho ese discurso de izquierda en el peronismo fue infiltrado: siempre fue llevado a cabo por, ya sea en un momento determinado, nacionalistas izquierdizados tipo John William Cooke, o por trotskistas infiltrados tipo Jorge Abelardo Ramos, y por otros tantos que andan todavía por ahí soñando con esa perspectiva de hacer algo desde dentro del peronismo sin perder las raíces filosóficas, ideológicas y discursivas de origen, pero teniendo que disfrazarlas, obviamente, y siendo por lo general víctimas de la atención, de la mirada de la conducción peronista que es esencialmente pragmática. Si algo hay de pragmático en la política argentina eso está en el peronismo; sobre todo en el momento actual.

—¿Cómo impregnó las relaciones intelectuales el fenómeno del peronismo? Sobre todo entre los jóvenes intelectuales que, peronistas o anti-peronistas, parecían seducidos por la idea de pensar qué estaba pasando a partir del peronismo.

—Claro que sí. Fue un efecto colectivo muy fuerte y que tuvo por lo menos una manifestación bien clara, y es en las universidades. El peronismo no se conocía en las universidades, no existían los estudiantes peronistas. Y esto no era un

problema de clases. Pensemos que desde la Reforma siempre se propugnó el libre acceso a las universidades, y esto de alguna manera u otra ocurría con respecto a las distintas clases sociales según las escuelas. Pero eso no implicó una presencia peronista en las universidades hasta, digamos, el '66: hasta el ingreso brutal del onganiato en las universidades. Es en ese momento que ciertos grupos católicos, seducidos por el espectro redentor de la revolución cubana, empiezan a izquierdizarse. Estos grupos católicos operan al mismo tiempo sobre su propia base teológica; es allí donde surge la llamada "teología de la liberación", que imprime nuevos modos de evangelización y de acción canónica, volcándose hacia los pobres y hacia los sectores más desprotegidos. Este fenómeno refleja al mismo tiempo una de las maneras tradicionales que tiene la Iglesia de ponerse al día frente al anquilosamiento. Se podría pensar entonces, desde una mirada maquiavélica, que la salida tercermundista constituyó para la Iglesia un modo de reciclarse ante, por ejemplo, una impresionante crisis de noviciado. De hecho, las condenas al tercermundismo por parte de la jerarquía, o son pálidas, o son simplemente de una tolerancia sospechosa, o en todo caso cómplice con quienes van a perseguir a los curas tercermundistas, pero nunca abiertamente contra ellos.

Por ese lado, por el lado del guerrillerismo de los curas tercermundistas, los grupos católicos argentinos empiezan como a querer hacer algo. Y el modo que ven, que conciben de querer hacer algo, es a través del peronismo. El primer grupo montonero de la Argentina, que surge aquí en Córdoba, y que se manifestó con la toma de La Calera, era un grupo de muchachos todos de formación católica. El grupo originario de Montoneros, e incluso la conducción montonera, nunca renunció de ese origen católico: ni Firmenich, ni Vaca Narvaja. Con más o menos ingredientes liberales (caso Vaca Narvaja), pero todos básicamente niños católicos movidos por el tercermundismo. Eso incide en la población estudiantil, y muchos militantes universitarios de origen reformista empiezan a pensar en términos de posibilidad al peronismo. Esto sobre el '66, que es un año de extrema politización en las universidades. Los grupos proliferan; la universidad está plagada de discusiones interestudiantiles y eso es un hervidero, una guerra total. Poco a poco, en esa guerra, empiezan a intervenir también los

grupos pro-peronistas, que hacen un análisis diferente de los grupos tradicionalmente reformistas que son opositores al onganiato, y que acompañan, por ejemplo, el gesto de los profesores que renuncian después de la "noche de los bastones largos". Estos grupos pro-peronistas tienen una estrategia distinta, una estrategia de estar y de ocupar las posiciones dejadas vacantes. Eso es lo que produjo en Buenos Aires las llamadas "cátedras nacionales", que son grupos de esa extracción y que son coincidentes ideológicamente y correlativos con todo ese surgimiento de la utopía montonera, que hace del peronismo el caldo de cultivo o el sitio donde reclutar los elementos que van a posibilitar una acción revolucionaria. Revolucionaria quizás no en el sentido tan ortodoxo de la palabra, sino como toma del poder a través del peronismo. En los años '70, '71, básicamente las universidades se han peronizado; la llamada "jotapé" reina en ellas. De tal manera que en el '73, cuando Cámpora llega al gobierno, la toma por parte de Montoneros y de la jotapé de las universidades es un hecho indiscutible. Tiene la

fuerza de una adhesión universitaria indiscutible. Yo asistí en ese momento, en el '73, a discusiones en las que una cantidad de profesores trataban de modificar su cabeza y ponerla a tono con esa efervescencia. Me acuerdo de una antigua compañera a la que se había convocado en Rosario a hablar de cómo sería un programa de Literatura Francesa; y se rompía la cabeza para encontrar en la literatura francesa algunos textos y autores que pudieran ser homólogos a lo que estaba pasando con ese acceso del pueblo peronista a la enseñanza en las universidades. Esta adecuación era muy reveladora de otras que se estaban produciendo en ese momento. Algo típico es lo que ocurrió con el grupo *Pasado y Presente*, que con todo su rigor discursivo, con toda su parafernalia teórica, trataron de ser los intelectuales orgánicos -gramscianamente hablando- de ese proceso de transición, de ese cambio. Esta cosa chocaba, se vinculaba, con el proceso literario en sí en la Argentina, muy complejo por la diversidad de líneas que lo caracterizaban ya en ese momento y desde mucho antes. Y con más razón después se ha ido haciendo cada vez más complejo. Yo diría que una de las líneas de análisis posible es qué relación mantenían los modelos con las prácticas. Por ejemplo, un modelo que había impregnado mucho la posibilidad

de repensar la nueva situación argentina fue el estructuralismo, que es de un poco antes, pero que hizo eclosión en ese momento y que aparecía como un modelo factible. Por ejemplo, hay un libro muy importante que aparece a principios de los 70: *Yo, el Supremo*, de Roa Bastos, que es un libro típico, un subproducto típico del estructuralismo, literariamente hablando. Y, si bien su autor es un paraguayo, podríamos decir que es un libro argentino, un libro típico del momento. Para mí esa obra era un intento, un tipo de experimentación sobre el lenguaje que me parecía válida y que se oponía al populismo más o menos tradicional que nunca perdió sus esperanzas, y que no se integra con este post-estructuralismo sino que convive así, al margen, aparte de él; y que se puede expresar en obras, por ejemplo, como las de Dalmiro Sáenz, que además se había hecho peronista. De origen católico y aristocratizante, era populista en toda su concepción, en toda su obra; no era el único, era toda una tendencia subsistente.

—Tendencia que, por otra parte, halló en el peronismo la posibilidad de fijar sus propias tradiciones escriturales...

—Sí, pero políticamente los pro-estructuralistas se peronizaron también.

Había ahí una dualidad que aparece muy clara -dramática y muy interesante- en uno de los mejores poetas argentinos: Leonidas Lamborghini. Así como Roa Bastos era un producto del estructuralismo, Lamborghini es un producto de la tradición más compleja de la poesía occidental -de Ezra Pound en adelante-, y es peronista de corazón, de práctica peronista. Y claro, algunos de sus intentos son muy felices en ese sentido, pero no es el único que los hace. Darío Cantón, que es un excelente poeta, escribe un libro en ese momento que se llama *La saga del peronismo*, que no es publicidad para el peronismo; es como la admisión en el imaginario de un tipo de experiencia a la que, desde un ángulo de escritura de experimentación, se quiere considerar. Ahora, el modelo estructuralista, el modelo europeo-estructuralista que tiene manifestaciones fuertes desde el 68, 69, hasta el 74 o 75, constituye una de las voces del conflicto, de la discusión, en torno a lo que se podía hacer en la literatura argentina. Porque en cada texto que se produce, ese debate reaparece. Cada texto es una propuesta; cada tex-

to, por más humilde, modesto y silencioso que sea, está diciendo "yo creo que las cosas deben ser de este modo". Ningún texto, en ese sentido, es inocente. Entonces esta línea es una de las propuestas firmes de ese momento, de esos primeros años. Pero ese modelo, vuelvo a decir, no es el único. Condicionado mucho por la complejidad política del momento y por lo que estaba pasando en el peronismo, se vuelve a recuperar también el modelo nacionalista. La revista *Crisis*, en su itinerario, está marcada por esa evolución. Yo me acuerdo que en uno de los primeros números de *Crisis* publiqué una traducción de *El placer del texto*, de Roland Barthes. Esa misma revista, un año después, celebraba las glorias de Manuelita Rosas en artículos de Fermín Chávez; yo no lo podía entender. Quizás lo vieron como instrumento factible, no sólo para no ser censurados y perseguidos (ya estábamos en pleno lopezreguismo), sino también como instrumento de análisis, porque en toda propuesta literaria siempre se está analizando también el orden global de lo real a través de lo simbólico, y estaban admitiendo

que uno de los elementos a tener en cuenta era el viejo nacionalismo rosista. Y se le daba cabida, así como la gente de *Pasado y Presente* hizo gramscianamente el análisis del peronismo a la luz de sus propios instrumentos. Todo esto señalaba una especie de compulsión por entender eso que se llama la realidad. Y eso entraba, en mi opinión, en discursos solitarios. Todos esos eran discursos solitarios, es decir, su capacidad de indicación moría un poco en ellos mismos. No interpretaban bien, para mí, lo que estaba ocurriendo en la literatura; no se daban el espacio para pensar en términos de la literatura como camino, como campo, sino que más bien estaban tironeando por explicarse, a través de la literatura, un conflicto político, y sobre todo ese desconcierto impresionante que había generado toda esta evolución en relación con el peronismo. Pero "evolución" en la cabeza de tanta gente que de pronto se vio peronista o se vio en las universidades arrastrada por una oleada histórica que no entendía del todo bien.

—Partiendo un poco de esa especie de vorágine político-ideológica que usted describe; a partir del 24 de marzo del 76 ¿qué sucede con todo eso que se ha venido planteando sobre los modelos y las prácticas?

—Se presenta un dilema: la dictadura lo primero que hace, en su movimiento más espontáneo, es apropiarse del lenguaje, y de un modo directo. Por ejemplo, si hay una cosa muy vieja en mis preocupaciones es la cuestión capilar: el pelo. Eso yo lo creí percibir y me parece que es algo que está ahí en el *Facundo* de Sarmiento. Es decir, el modo de vincular barbarie y civilización al manejo del pelo, a la relación con el pelo, haciéndose cargo de una cosa mucho más vieja, y mucho más instintiva, biológica, etc. Y la relación con el pelo es una cosa muy importante que señala épocas. En épocas de extremo orden, por ejemplo, la relación con el pelo no es disoluta. La relación con el pelo empieza a hacerse abierta en épocas de caos o de desorden; o de pérdida de control social. El pelo es un lenguaje muy admitido. Estudiando las manifestaciones capilares se puede entender algo de lo que está pasando en el orden social. Lo mismo en el lenguaje propiamente dicho. Entonces, así como la dictadura se apropió e hizo un tema del pelo, porque a los chicos en la escuela se les prohibía ir con el pelo largo, porque el pelo era también un tema familiar, y porque era una cosa verdaderamente irritante para el orden -el desorden capilar-; con el lenguaje global ocurría exactamente lo mismo. La dictadura lo primero que hizo es apropiarse del

lenguaje, porque si algo se entiende desde la lógica del poder, cualquiera sea éste, es el valor de lo simbólico. Y en el lenguaje reside todo lo simbólico. El lenguaje es el depósito de lo simbólico. Entonces lo primero que hay que hacer para controlar una población es apropiarse del lenguaje. Todas las dictaduras lo hicieron. En el año 43, 44, se produjo este mismo fenómeno, pero desde una perspectiva lingüística igualmente ordenadora, apropiadora, pero por exclusión de lo que podía ser manifestación del caos, que era el lunfardo. Entonces la dictadura de Ramírez, donde estaba Perón por supuesto, prohibió el lunfardo y obligó a convertir, o a traducir, todas las expresiones del lunfardo al lenguaje correcto. Pensemos en las letras de los tangos, yo no sé si ustedes conocen este episodio que es interesantísimo.

—*Lo que sucede es que cuando más presencia de Estado hay que imprimirle a una sociedad -pensemos que esto se llamó "Proceso de Reorganización Nacional"-, éste políticamente fija su normativa en el lenguaje.*

—Ahora, dónde se aplica esa normativa. Creo que se empieza por la escuela primaria y llega hasta la radio, la televisión y demás medios de comunicación. Inmediatamente, el mensaje es inteligible para toda la sociedad. El lenguaje está apropiado. Entonces, en ese lenguaje apropiado por el proceso militar o por la dictadura militar hay dos conductas posibles: o se admite esa apropiación y se siguen sus pautas, o se lucha contra ella. No creo que haya muchas más posibilidades. Los escritores argentinos se dividen entonces entre los que admitieron la apropiación de ese lenguaje y respondieron a ella, y los que se opusieron. Los que se opusieron a la vez se dividen entre los que permanecieron aquí y los que se fueron. Para los que se fueron, luchar contra la apropiación de ese lenguaje fue más fácil en cierto sentido. Para los que se quedaron, obviamente fue más complicado. Dejemos de lado los que respondieron, los que admitieron esa apropiación del lenguaje, porque bueno... hay revistas, hay diarios, hay declaraciones, hay conductas. Y haber correspondido a esa apropiación del lenguaje pasa,

además, por muchos planos. Uno de ellos, por ejemplo, es la pérdida de toda actitud crítica, perder dimensión crítica y perder proyección experimental del lenguaje es responder a la apropiación del lenguaje. Muchos hicieron eso, es decir, escritores que ya venían de antes y que siguieron haciendo lo suyo sin ofender a nadie, renunciando a toda posibilidad de experimentación, crisis, crítica de sí mismos, de su propia práctica. Se quedaron en el molde, por decirlo así, y se quedaron más o menos tranquilos hasta el momento en que les pedían algún tipo de manifestación hacia el sistema del lenguaje apropiado, a lo que respondían positivamente, caso mundial de fútbol, y todas las declaraciones esencialistas, caso Malvinas. Aparte de comportamientos -hablo de temas exclusivamente en relación con el lenguaje- y digo comportamientos porque, quién adhirió, quién estuvo, quién fue, quién celebró a Videla o a Massera, quién dijo que estaba bien que hubiera desaparecidos... El caso de Borges siempre se muestra como paradigmático, pero Borges es uno de los pocos que aunque en algún momento políticamente le haya parecido bien la dictadura, y haya felicitado a Pinochet, en su línea de relación con el lenguaje era, casi por naturaleza, antagónico a esa apropiación de la que hablamos, incluso quizás sin saberlo.

—Lo interesante es cómo de hecho en sí una práctica discursiva se posiciona en base a los referentes de toda la producción de discursos, sin necesidad de hacer explícito un proyecto discursivo en particular. Se enuncia algo y automáticamente ese enunciado pasa a formar parte de esa gran estratificación según los modos de producción discursiva, que no están disociados de los demás modos de la producción social en general.

—Efectivamente. Y por eso el juzgar todas las cosas por el lado de sus adhesiones explícitas tiene patas cortas, es decir, se acaba pronto. Hay que buscar otros caminos analíticos, y esa idea de la apropiación del lenguaje y de la respuesta a la apropiación del lenguaje me parece un buen camino. Yo me acuerdo que estaba en México y llegó un grupo de jóvenes que me trajo una revista que se hacía aquí en la Argentina muy penosamente; y bueno, miro la revista y les pregunto por qué hablaban ellos de subversión, por qué usaban la palabra subversión. Bueno, me dijeron que era una manera de hacerse comprender por la gente. Ese mito de la gente, y de la necesidad de hacerse comprender, los llevaba a admitir el lenguaje apropiado. No es que la palabra "subversión" fuera un invento de la dictadura, pero el senti-

do que se le daba era inequívoco desde el punto de vista de la dictadura, pues ya tenía un valor consagrado. No era la reflexión de la subversión como la hicieron Rimbaud, Bataille, José Hernández, Borges o Sarmiento. No era esa subversión.

—Esa especie de sentido "inaugural" que le imprime la dictadura, hace por ejemplo que hoy, al hablar de subversión, e incluso en el plano teórico, uno tenga la necesidad de aclarar qué se está diciendo, debido a esa sensación de que está pronunciando una palabra que no le pertenece.

—Exactamente; desapropiada, o propiedad de otros. Y eso es muy importante como punto de partida para examinar la formación de una cultura, pues una cultura se forma con la propiedad de los términos que se utilizan. La idea del "lenguaje propio" y del "lenguaje de otros" es una idea central, pero no porque haya esencias lingüísticas, sino porque es un problema de uso, y de un uso que uno tiene que hacer destinado

a generar una cultura. De lo contrario, habrá gente que maneje la propiedad del lenguaje como una esencia y serán los dueños de la cultura, y habrá otros que estarán al margen.

—La renovación misma o transformación de una cultura aparece planteada en términos de una "crisis de discursos".

—Exactamente. Entonces la dictadura planteó eso, y mucha gente admitió; otra gente no. Y esa otra gente que no admitió es la que, pese a que no se podía pensar - como decía usted inicialmente - siguió pensando. Porque eso que se llama pensar no es, necesariamente, manifestar. Eso que se llama pensar son aparatos subterráneos, son ríos subterráneos que de pronto brotan y logran mostrar que no fueron contaminados por la apropiación del lenguaje. Quiero dar un ejemplo que me parece muy explicativo, y es el libro de Ricardo Piglia, *Respiración Artificial*. Es un libro producido en medio de esa brutal apropiación del lenguaje, de ese silencio; y muestra una resistencia total, de-

cidida, clara, a todo ese proceso, y por lo tanto muestra un deber ser de la literatura que descansa en otros términos, justamente en esa idea de que el lenguaje es un objeto en construcción, y no necesariamente de relación entre propietarios y consumidores de lenguaje.

—Teniendo en cuenta que la violencia es en sí un tipo de escritura que se imprime sobre el cuerpo ¿qué relación ve usted entre la violencia de aquellos años y la escritura?

—La relación aparece como clara. Ahora habría que definir en qué consiste la violencia en la escritura. Para muchos la violencia en la escritura residía esencialmente en las imágenes y en lo que genéricamente podría llamarse testimonio o denuncia. Ahí residía la violencia, pero ese no es el único alcance; más bien es un alcance limitado, porque se da en el plano exclusivo de las imágenes representadas, no del proceso de escritura mismo. Hay una violencia en la escritura que es heredo-vanguardista y que tiene manifestaciones muy fuertes, y que son constantes, aunque más esporádicas. Por ejemplo está la obra de Lamborghini. Lamborghini es un buen ejemplo de violencia, de esquema de violencia en el orden de la escritura. No

es el único, y casi yo diría que la mejor literatura argentina es aquella que está como atravesada por la violencia en la escritura; no tanto por la violencia en la representación. Paco Urondo empieza tratando de sacarle el jugo violentamente al lenguaje en su poesía, y luego escribe una novela en la que simplemente manifiesta cómo es la violencia de las armas. Entonces sus imágenes predilectas son "el frío de la culata de una pistola agarrada con la mano..." En él hay, entonces, una especie de involución; de un criterio de violencia en el lenguaje a un criterio de representación de la violencia por medio del lenguaje. Esa es la doble vertiente de la consideración de la violencia. Ahora, la representación de la violencia estaba muy favorecida en la década del 70 por toda la situación imperante, e implica una exhumación de la idea de compromiso, que es como una ética: "hay que...", y hay muchos escritores que se pegan a eso. La violencia en el lenguaje aparece como un compromiso -en el sentido sartreano-, pero sí como una acción en el lenguaje, lo que no significa lenguaje en sí, lenguaje puro, sino un tipo de operación que radica en un lugar determinado y cuyos efectos son de otra naturaleza, de otro alcance.

—Una vez caída esa escenografía palpable de la violencia tan característica

de los setenta, no sabemos si preguntarle qué queda de los setenta o qué queda de los sesenta hoy en los 90.

--Habría que pensar en algún tipo de repercusión en los esquemas culturales generales: en qué consiste ahora la cultura. A mí me parece que la cultura de este momento padece de todos los riesgos de la ampliación. Es decir, hay más gente que considera que tiene acceso a los bienes de la cultura y que hay menos limitaciones para acceder a ellos. Eso en términos generales, lo cual provoca un desconcierto en relación con aquello a lo que se accede, y qué títulos adquiere el que accedió. En una estructura de los viejos tiempos, de la época muy remota, el que leía muchos libros podía pensar que había accedido a los bienes de la cultura. En este momento, por ejemplo, el que tiene buena ropa puede creer que está en los bienes de la cultura.

—O el que tiene 30 canales de televisión...

—El que tiene 30 canales de televisión considera que ya es alguien

incorporado a un proceso cultural intenso. Los canales de televisión y la buena ropa son equivalentes, están en un orden más o menos semejante y característico de este momento. Se dan situaciones muy paradójicas, es decir, los bienes legibles se han ampliado muchísimo y la lectura ha disminuido considerablemente. Y no es ya un título, no parece un título tan generalizado para garantizar la posesión, la pertenencia a este mundo cultural que es un mundo esencialmente de intercambio. Ha disminuido la conversación, se ha empobrecido la conversación, y se ha canalizado hacia zonas en cierto modo mitológicas: por ejemplo el fútbol. El fútbol es una de las mitologías que podrían haber entrado en el libro de Roland Barthes en su momento. El fútbol ha canalizado todo esto y da lugar a discursos cultos sobre el fútbol que intentan acercarse a este acceso a la cultura, a este mayor acceso a la cultura por esta vía que antes era, en cierto modo, escéptica: alguien que leía libros podía ver fútbol o interesarse por el fútbol, o identificarse con la gesta futbolística, pero no por eso consideraba que eran fenómenos equivalentes.

—Y en este ámbito de los 90 que usted describe, ¿qué posibilidades existen de sociabilizar un proyecto colectivo en el terreno de las ideas?

—Yo creo que la lucha es como siempre fue: las catacumbas. Apostar a la repercusión que pueda tener el trabajo solitario, y solitario no quiere decir de eremita. Apostar al trabajo concreto, y a la trascendencia que eso pueda llegar a tener en el futuro. Lo que uno no puede saber es si va a ganar o va a perder esa apuesta, pero eso ya son decisiones que corresponden a esquemas de paciencia histórica. Si yo creyera que todo lo tengo que jugar a una repercusión inmediata de lo que hago, me quemaría en la primera de cambio. Yo apuesto a un tiempo largo, no sé si lo veré, si viviré para ver si algo pasó con mi propuesta o con mi acción, pero no importa, quién puede saberlo. Lo que sí sé es que no voy a modificar mi esquema de trabajo y de acción porque no tenga el tiempo corto a mi favor.

Andrés Rivera

EL SISTEMA NUNCA ESTUVO EN PELIGRO

Entrevista de Carlos Gazzera



—El tema es “los años ’70”, y nos interesaría que nos dijera qué recuerda usted de esos años.

—Me resulta difícil distinguir de aquellos años qué fue espuma, qué fue ola. Quizá no haya que hacer diferencias; sin embargo, creo que esas diferencias existieron. Creo que hubo una vanguardia, no en un sentido elitista, pero sí una vanguardia que, a favor de un clima nacional, de un clima latinoamericano y de un clima mundial -recordemos el mayo del 68 en Francia, recordemos las promesas de los dirigentes soviéticos de un socialismo en libertad-

, que supuso que era posible -para decirlo con todas las letras- derrocar el sistema burgués en la Argentina.

—Usted señala una fecha, el Mayo Francés, pero en la Argentina hay otra fecha que inaugura los 70, el ’69 del Cordobazo...

—Exacto. Pero cuidado con este tipo de cronologías. Veamos: yo no digo que el Mayo Francés haya propiciado exactamente el Cordobazo. Basta con pensar que en Córdoba había un dirigente obrero de la talla de Agustín Tosco que no había

nacido el día anterior al 29 de mayo de 1969. Era alguien que tenía entre 20 y 30 años de lucha sindical y política sobre sus espaldas y algunas cárceles. Los sindicatos de FIAT habían abatido a la burocracia que los sujetaba, y estaban en manos de hombres que, yo diría de un modo virginal, descubrían el socialismo. Una buena cantidad de gremios cordobeses transitaban por esa ruta también. ¿Qué decir del estudiantado cordobés? De manera que, en la Argentina, contábamos además con la peculiaridad de que cierto sector del Movimiento Peronista se izquierdizó y supuso que Juan Domingo Perón podía jugar el papel de Fidel Castro en esta parte de América Latina.

Esta descripción habla, pese a su insuficiencia, de la complejidad de los años setenta en la Argentina. El 29 de mayo del 69, el Cordobazo generó nuevos movimientos: hubo Rosariazo, Mendoza, hubo levantamientos -puebladas, como se los llamó- en otras ciudades importantes de la república. La lucha del movimiento sindical antiburocrático tomó un vigor no conocido. Buena parte de la intelectualidad se plegó a

TRAMAS, para leer la Literatura Argentina

esa lucha. No hubo, por lo menos, intelectuales neutrales, y aquellos que no querían pasar al campo de la política callaron.

Eso fue el inicio de los años 70. Ahora bien, hay un segundo capítulo: el 24 de marzo de 1976, cuando se instaura la dictadura militar. Militar digo, por los uniformes.

—Ahora, ¿no habría otro capítulo previo que es la llegada de Perón y lo que significa Ezeiza como una escena de violencia?

—Formulé estas dos grandes divisiones porque, sin disminuir la importancia del arribo de Perón, la lucha del Peronismo por el retorno, creo, integra este paisaje. Es decir, por un lado, la lucha por el derrocamiento de un sistema burgués con un espectro amplísimo de voces que apuntaban en ese sentido sin confluir; y, por otro lado, digamos así, la respuesta de la burguesía argentina, que es el golpe militar. Hoy es mucho más fácil juzgar el regreso de Perón. Ezeiza sólo marcó el discurso del líder, del líder del Peronismo. Esto es, los jóvenes de la pequeña burguesía que integraban los Montoneros, y aquellos también jóvenes dirigentes sindicales del Peronismo que adoptaban, sabiéndolo o no, posturas de izquierda, tuvieron que tomar decisio-

nes que tenían la velocidad del vértigo. Conclusión: ellos tenían un discurso, Perón otro.

El regreso de Perón, para mí habla de la inteligencia de la burguesía argentina. Cortísimos de inteligencia. 18 años lo mantuvieron a ese hombre en el exilio. Necesitaron 18 años para darse cuenta de que Perón estaba muy lejos de ser Lenin. El fue fiel a sí mismo y nunca pensó en cambiar nada. Y la burguesía lo supo cuando tuvo que hacerse cargo de este país estremecido por la acción de un sector relativamente importante de las juventudes políticas, incluso de la guerrilla. Y recordemos, por favor, que fue durante el gobierno de Perón, y ahí estaba ese canalla, asesino, de López Rega, y es bueno enfatizarlo, que se crearon las Tres A.

—Usted hace referencia a este sistema burgués que fue de una u otra forma, criticado, y que se intentó cambiar. Pero, la pregunta es, ¿el sistema capitalista, estuvo alguna vez en peligro real? Porque por las respuestas que dio esta burguesía (tan virulenta, tan ensañada), pareciera que sí.

—Insisto: es más fácil juzgar, desde fines de los '90, aquellos episodios y que hoy parecen pertenecer a otro país, a

otro clima y a otro mundo. Nadie, sin faltar a la verdad, puede decir hoy que el sistema burgués estuvo en peligro, pero sí que la burguesía actuó preventivamente. Y con el apoyo o la expectativa esperanzada de la mayoría de la sociedad argentina, se dedicó al degüello. Recordemos ese texto que se llama *Nunca más*. Allí se habla de cerca de diez mil desaparecidos y con los pedidos de las distintas organizaciones de Derechos Humanos, ese número se eleva a treinta mil. Digamos -hagamos una media-, y pensemos que los guerrilleros abatidos y desaparecidos son una ínfima minoría. Los que cayeron, los que desaparecieron, los que fueron muertos y mutilados eran dirigentes obreros de base con arraigo en sus lugares de trabajo, dirigentes estudiantiles e inocentes. Y eso habla, en alguna medida, de la ausencia de resistencia a los desmanes del actual gobierno constitucional.

—Un tema que nos parece importante, en este análisis, es pensar el lugar que los intelectuales tenían en aquella época y tienen

ahora. ¿Ha cambiado esto sustancialmente?

—Veamos. Los intelectuales nunca estuvieron organizados de un modo gremial. La S.A.D.E. es un sello y lo fue siempre. El propio trabajo de los intelectuales empuja, tiende a la soledad. Ningún partido u organización de izquierda se preocupó seriamente por aglutinar a los intelectuales. No por integrarlos a sus filas. Por aglutinarlos, por sugerir ideas de trabajo, y por tratarlos con la consideración que los intelectuales se merecían. Quien haya pasado por alguna organización de izquierda sabe que en general los intelectuales eran juzgados de un modo exasperante. Es decir, no se les caía a los dirigentes de la boca la palabra de pequeñoburgueses. El modelo soviético -el modelo stalinista más que soviético-, de juzgar a los intelectuales, se instaló, incluso, en aquellos que formalmente estaban en la vereda opuesta a esa corriente que se llamó stalinismo.

—Esto, en cierta forma, también es parte de su experiencia.

—Lo es, pero la mía no es ni siquiera paradigmática; vale para muchos intelectuales argentinos que atravesaron este "reclamo" que hacían las organizaciones de izquierda de que los intelectuales no dejaran de golpear el pecho en procura de la absolución de sus supuestos pecados. E insisto: sin ninguna consideración por su trabajo.

—Hoy, en los 90, hay "postales" sobre los 70, y sobre las que nos gustaría reflexionar. Veamos los '70 como una época de utopía, vanguardia en el trabajo intelectual, de épica en el trabajo social. Y estas postales son consideradas reliquias, antigüedades. ¿Qué opina de esto?

—La épica y la utopía han sido desterradas para los años 90. Todos nos hemos vuelto pragmáticos. Basta salir a la calle y ver que de lo único que se habla es de dinero. Se han quebrado los mínimos lazos de solidaridad entre un hombre y otro. No sé qué ocurre hoy en el mundo del trabajo, pero tengo algunas sospechas que no vale la pena hacer públicas aquí porque no tienen un sustento más que teórico. Pero, la ausencia de resistencia a los desmanes, insisto, de este gobierno, está hablando de que falta mucho por unir lo que queda, lo que

resta del mundo del trabajo, y de los intelectuales... estos últimos, a lo sumo apelan al cinismo para reírse de lo que nos ocurre.

Yo no estoy en tren de crítica respecto a ese cinismo real o supuesto; sólo digo que es una actitud. Punto.

—En esta segunda etapa que usted señala, la de la dictadura, usted tuvo la posición de no publicar. ¿Por qué tomó esa postura? ¿A qué se debió ese silencio?

—Es un hecho que creo que es común a muchos intelectuales. Ninguna editorial se arriesgaba, sea porque yo no aparecía como el autor del mamotreto que entregaba, sea por el contenido del mamotreto a publicar. Ni siquiera viví las condiciones que vivió un Sartre durante la ocupación que pudo estrenar algunas de sus obras de teatro. La censura era feroz, y nadie en su sano juicio iba a llevar un texto a una editorial luego de haber hecho la experiencia del rechazo porque era inútil. Inútil, fatigoso y desgastante. Entonces, como muchos intelectuales uno apeló al silencio. Trabajé en su casa, o no trabajé, y se quedó a la espera de eso que se denominó, en el 83, el advenimiento de la Democracia. Y recordemos, también, que este país se lo

tiene que agradecer a la derrota de la dictadura militar en Malvinas.

—Según nuestra hipótesis de lectura hay en el conjunto de su obra, de sus libros, dos grandes líneas que en principio podrían ser paralelas, pero que sustentan un mismo proyecto narrativo. Por un lado, toda su visión autobiográfica que empieza con "El precio", continúa con "Nada que perder", y sigue con "El verdugo en el umbral", y que tiene como plafón una crítica a la metáfora del "crisol de razas"; por otro lado, una visión crítica a personajes de la historia argentina, como a Rosas en "El Farmer" y "En esta dulce tierra", como a Castelli en "La revolución es un sueño eterno", como a esa burguesía terrateniente retratada en "La sierva" y "El amigo de Baudelaire". Dos líneas que construyen algo que es un lugar, su lugar, y un Proyecto "Nuevo" de Nación.

—Sobre eso tengo muy poco que decir, o nada, porque eso se sabe... Uno escribe impelido por deter-

minadas exigencias, y no puede dejar de hacerlo. Yo conté, más de una vez, el origen de *La revolución es un sueño eterno*, y, encontrar en la historia de este país a un hombre como Castelli, hizo que yo no pudiera hacer otra cosa que llevarlo al mundo de la ficción, y poner en la escritura aquellos debates y aquellas derrotas que padecimos y padecemos aquellos que nos empeñamos en cambiar el mundo, para usar una frase un poco pomposa.

—Señalábamos lo anterior para marcar cómo estas dos líneas juegan en la tradición entre ficción y política. Este país tiene tanto de ficcional en su política como en su literatura, y además hay una tensión en lo que usted señalaba en los setenta. Ese enfrentamiento entre civilización y barbarie que planteó el señor Sarmiento.

—Si uno intenta ser un escritor honesto no puede obviar el mundo en que nació y en el que creció. Y para eso, el propio Sarmiento con el *Facundo* es un buen espejo, o ese estanciero que fue José

Hernández con el *Martín Fierro*. Lo que a mí me preocupa, si, es este corte. Nosotros nos vamos a morir... digo, la generación (para dar algunos nombres), tiene dentro de sí a David Viñas, a Piglia, a Saer, a Belgrano Rawson, tenemos los días contados. ¿Qué pasa con la nueva generación de escritores? No hay una continuidad. Creo que ese es uno de los temas que los intelectuales deberíamos debatir. ¿Qué ocurre con los nuevos escritores? No se trata de dirigirlos. Yo, personalmente todavía estoy esperando que alguno de ellos, uno, dos, cinco, diez, me escriban el pantano en que vivimos.

—¿No cree que esta imposibilidad de "escribir" el pantano en que vivimos es fruto de ese corte que se produce entre los 70 y los 90, esa imposibilidad de enunciar lo que pasó?

—No lo sé, realmente digo que no lo sé, puesto que tenemos la comunicación cortada entre una generación y otra de escritores. No sé cómo ellos viven este pantano; si están desesperados, o si están atrapados por la angustia, o simplemente sienten que esto es natural.

ENCUESTAS¹

LOS AÑOS SETENTA - UN RECORRIDO¹

Para este número especial de la revista *TRAMAS*, para leer la literatura argentina, se ha convocado a distintas personalidades del campo intelectual -escritores, periodistas, críticos, docentes universitarios, investigadores- con el fin de plantear, a través de sus testimonios, un recorrido posible por la década del '70, a 20 años del último golpe militar argentino.

Con un sentido orientador, no excluyente de otras propuestas alternativas que desearan aportar cada una de las personas consultadas, la encuesta ha sido organizada en torno de los siguientes interrogantes:

- 1) ¿Cómo piensa usted los '70?
- 2) ¿De qué manera participan los '70 en la configuración del imaginario de los '90? ¿Qué es enunciable hoy de los '70?
- 3) Veinte años después...

Cabe comentar que, en algunos casos, las respuestas de los encuestados aportaron, además de una visión personalizada, un relato de hechos puntuales sobre dichos años, útiles por su función referenciadora. La ficción de corte autobiográfico también ingresa a estas páginas, a la manera de una modalidad testimonial válida, en el que la experiencia singular puede introducirse en el campo de "lo decible" sobre la experiencia histórica. Además de quienes respondieron, muchos otros fueron tentados, aunque al cierre de esta edición no hubo de su parte ninguna contestación. Hay quien, habiendo respondido, declinó la invitación, tras lo sucedido con el capitán Bergés, médico tristemente célebre durante los años del Proceso militar, que sufriera recientemente un atentado. Consta aquí también su respuesta.

¹ La presente encuesta fue elaborada y organizada por Santiago Esteso, Inés Magnasco, Tania Mastronardi y Fernando Piñero en colaboración con el staff de *Tramas*.

EL ESPEJO QUE NADIE QUIERE MIRAR

Por Raúl Brasca



1. Los '70 significan para mí la destrucción de un proyecto en cada una de las personas que lo sostenían o eran proclives a sostenerlo. Ese proyecto era un proyecto de Hombre y entrañaba una alteración en el orden de los valores que, de concretarse, habría significado cambios radicales en la relación del individuo con la sociedad. En ese sentido, el proyecto era subversivo y como tal fue combatido desde el poder. La falsedad del discurso que presenta a la represión como legítima defensa del Estado (entendido como organización jurídica de la Nación) con los "excesos" inevitables de toda "guerra", radica en magnificar uno de sus objetivos

hasta hacer desaparecer el principal. Para defenderse, el poder no necesitaba matar a estudiantes secundarios, ni maestros de escuela, ni trabajadores sociales. Tampoco, apropiarse de los hijos de los desaparecidos y hacerlos crecer lejos de sus familias. Si a quienes perseguía eran guerrilleros, lo que debía buscar en los domicilios sospechosos

eran armas. Sin embargo, también se revisaban prolijamente las bibliotecas y poseer un "libro estigma" ponía en peligro la vida. No, no se trataba sólo del poder. Una lucha entre cúpulas ambiciosas de poder siempre ofrece la posibilidad de buenos negocios (y, a la luz de la historia posterior, algo de eso pudo haber sucedido en los '70); en cambio, si

el enemigo es irreductible porque encarna el proyecto que se quiere combatir, porque *es en sí mismo* el proyecto, entonces debe ser eliminado. Mis muertos pertenecían a esa clase; hoy se cuentan entre los "excesos".

Desde otro punto de vista, considero a los '70 como los años en que se hizo evidente lo peor de nosotros mismos. No me refiero a lo obvio, el sadismo de la tortura, la apropiación ilícita de personas y bienes, la delación y el ascenso profesional por medios espurios. Ni siquiera hablo de los comunicadores sociales que repentinamente pusieron su discurso del revés para quedar del lado de los que mandaban. Hablo de lo peor de las buenas gentes. Los que aprobaron enfáticamente por miedo a resultar sospechosos, los responsables que se hicieron eco y propagaron rumores que pusieron en peligro la se-

guridad de otro, los que se alejaron abruptamente del amigo que era víctima de esos rumores, los que para protegerse se humillaron hasta lo increíble ante los que tenían poder. Muy pocos habrá que no tengan una culpa secreta de este tipo. Muy pocos que no guarden una imagen penosa de sí mismos que quieren olvidar. Los '70 aparecen entonces como el espejo que nadie quiere mirar. Nada bueno habría para ver allí. El torturador, el que retiene un hijo ajeno, el que se hizo rico, el que cambió de bando, no quieren ver (y, menos, que les vean) la faz que han venido ocultando con tanto cuidado; pero tampoco el amigo desleal, ni el de la lengua incontinente, ni el que se arrastró para salvarse, ni el que guarda el dolor de haber sido traicionado, ni el que teme que el recuerdo del miedo lo vuelva a hundir en la oscuridad, quieren ver el reflejo que

ese espejo les devolvería. A la luz del día queda muy poco de los '70. Queda el recuerdo del proyecto, los nombres de algunos valores derrotados. Y el dolor. Y la vergüenza.

2. Creo que, del mismo modo que sucede con los individuos, las comunidades sometidas a situaciones límites se muestran en su verdad más profunda. En los '70 deben estar las claves de nuestra sociedad para quien sepa verlas. Pero eso no es fácil. El autor que elija esos años como tema de sus ficciones necesita coraje para actualizar el trauma, inteligencia para despejar la confusión que provoca la interferencia de los sentimientos, lucidez para escoger y separar los elementos de que va a servir, penetración para extraerles el significado profundo que encierran y

genio para hacerlo evidente a los lectores a través de su novela. Existe un reducido número de libros de ficción sobre los '70 sin que se haya publicado todavía la novela síntesis de esos años. Es que aún dura el bloqueo en los creadores. Pero, indirectamente, la literatura de los '90 está procesando la violencia y el horror. A veces surgen como una revelación en una historia que parece costumbrista, o la crueldad y la tortura se reiteran en cuentos cuyas anécdotas no suceden en los '70, o una novela de amor transcurre en una atmósfera enrarecida por la amenaza constante, la desaparición de personas y el ulular permanente de las sirenas de los patrulleros. Puede rastrearse la tragedia en toda la narrativa de los últimos años, desde las obras más realistas, pasando por el género policial, hasta aquellas de género fantástico,

las narradas en clave de absurdo y las que se despliegan en un delirio y, a veces, en un humor encubridores que suelen desembocar en lo patético. Por oposición, otra parte de la literatura sobrenada festiva mundos de frivolidad en lo que, sospecho, constituye un mecanismo de negación. Me refiero, por supuesto a la llamada literatura "light" y no a la que dismantela sutilmente los ambientes frívolos, al estilo de Scott Fitzgerald o, entre nosotros, de Mujica Láinez en sus mayores novelas.

Cumplidos los objetivos de la represión, las nuevas camadas de argentinos que ingresaban a la juventud venían de la zozobra. Al terminar el gobierno militar sumaban dos derrotas. La derrota de la guerra ideológica de la generación anterior que les había valido gratuitamente el régimen policial en que crecieron, y la de-

rota de Malvinas, donde fueron manipulados. La democracia tampoco les dio su oportunidad. Preocupada por afirmarse a sí misma, se agotó en el intento de frenar el deterioro económico y crear un orden jurídico que hiciera posible controlar un pasado demasiado presente. Mal parada sobre un tembladeral no consiguió proyectarse hacia adelante. Quiero decir que estos jóvenes se encontraron con que, cuando por fin les tocaba su turno, había desaparecido el futuro. La reacción fue casi unánime: el rechazo en bloque del pasado. Si las generaciones anteriores se movilizaban por un futuro ideal, éstas se dejaban transcurrir en la indiferencia. Poco más o menos, el sentimiento común podría expresarse: no hay futuro y rechazamos el pasado, lo único que nos queda es el presente. Se replegaron en sí mismas y, refugiadas en su música,

ca y en sus símbolos de pertenencia, se apegaron a un individualismo que, por causas que enumeraré después, se ha ido acentuando hasta hoy. Todo esto para justificar que no encuentro a los '90 receptivos para adoptar ningún elemento del proyecto de los '70. La idea dominante hoy parecería ser: el hombre es lo que es, lo que siempre ha sido, y avanza fatalmente hacia un destino tan incierto como inmutable; lo único variable es la duración. Nos apremia entonces prolongar nuestro tiempo: es el verdadero problema. En parte por eso, y aunque no son excluyentes, la responsabilidad social de los '70 fue cambiada por la creciente responsabilidad ecológica de los '90. Es que la gravedad del problema ecológico actúa también como distracción política y, en lugar de compartirla, deja sin espacio a la cuestión social.

Los cambios operados en los últimos años fueron forjando un modelo de hombre cada vez más alejado del proyecto de los '70. El mercantilismo se apropió del mundo cubriéndolo de "mercados", convirtió en "productos" todo aquello (material o inmaterial) que pudiera ser consumido, y extendió sus técnicas de *marketing* a todos los campos de la actividad humana. Medios audiovisuales cada vez más desarrollados, con un objetivo de venta, tienden a disciplinar a la sociedad dentro de un criterio de vida uniforme. Y con el vertiginoso avance de la cibernética está a punto de concretarse el mercado global en tiempo real. Si están bien vendidas, hoy compramos bebidas cola, junto con preferencias estéticas, raciales y sexuales. Ya es un lugar común decir que recibimos mucha más información de la que nues-

tra reflexión crítica puede procesar. Pero nos hemos acostumbrado. Ahora se añade que el esfuerzo de la educación debe concentrarse en las técnicas para seleccionarla. Con qué criterio, me pregunto. EL modelo de hombre que proponen los '90 es: iconolatra (aprecia a los otros por lo que muestran: su imagen), hedonista (el placer se compra y se consume todos los días, el mayor pecado es "aburrirse" y no hay fronteras en lo que se haga para evitarlo) y, por fuerza, individualista (se es punto de convergencia de los mayores esfuerzos de la sociedad: un consumidor). ¿De qué criterio que no sea el de la propia satisfacción será capaz un hombre así? Incluso, se ha cumplido el sueño de la irresponsabilidad social sin culpa: llamando a un número ofrecido por televisión se colabora con unas monedas a la subsistencia de los niños des-

validos, comprando jabones marca TAL en lugar de cualquier otra, se ayuda en la lucha contra el cáncer, asistiendo al recital del artista fulano proveemos fondos para investigación científica sobre el sida. Parecen las únicas alternativas posibles. Sobre el fin del milenio, nos entregamos eufóricos y confiados al paraíso de la comunicación, seremos terminales de una inmensa red cibernética y habitaremos simultáneamente el mundo entero sin separar los ojos del monitor. Ya hoy INTERNET permite comprar y vender, comunicar la verdad propia y recibir la de otros, permite al comandante Marcos diseminar sus comunicados por todo el mundo y a los neonazis lanzar sus consignas, permite seducir y ser seducido, permite el terrorismo, la pornografía y los llamamientos a adorar a una creciente pluralidad de dioses.

Tengo dos objeciones. Primero, al paraíso cibernético podrá acceder sólo una parte instruida de la humanidad, serán muchos más los que queden afuera y, en este caso, quedar afuera quiere decir no tener ninguna clase de comercio con el Mundo. Segundo, todos los avances científico-técnicos siempre han sido finalmente controlados: en una primera etapa el desarrollo de las nuevas técnicas es más rápido que el de los mecanismos para controlarlas pero luego la situación se invierte. Sucedió con la liberación de la energía nuclear, cómo no va a suceder con las comunicaciones. Y mucho me temo que si llega ese momento los hombres no habrán podido elegir a quienes hayan entregado su libertad. Pero tengo esperanzas. Confío en que, antes, se hará imperioso adherir a un proyecto de hombre crítico, responsable y solidario.

MOSTRAR(SE) MAS QUE DECIR

Por Manuela Fingueret

puede escribir poesía después de Auschwitz, debo contestar, en lo personal, que pudimos escribir poesía durante el genocidio argentino.

Quizás una literatura que no podríamos clasificar como una unidad, ya que encontramos niveles dispares, temáticas disímiles, voces fragmentadas y seguramente bastante desconocimiento de quienes no pudieron publicar en esos años. Sin embargo en los '70, resultaba muy difícil desarrollar la fuerza expresiva que traíamos de los '60. Esa expresividad de la década anterior impulsaba, por un lado, y a pesar de la censura y la desaparición de editoriales y revistas literarias, una literatura que formaba un

espectro extraño pero no menos enriquecedor, entre la creación de los argentinos en el exilio y la de aquellos que seguíamos viviendo en el país. Es así que el quiebre tonal, la interioridad como albergue de la palabra y la ambigüedad en lo expresivo, formaba parte de un espectro cuya variedad permitiría el despegue definitivo de los sesenta y la multidireccionalidad que caracterizaría la creatividad de los '80.

2. No creo que únicamente los años '70 configuren el imaginario de los '90. Es la síntesis entre los '70 y los '80 lo que va determinando el abandono de lo político social como referente insoslayable, para integrarse a un mundo, en donde lo literario y los autores, en algunos casos, están más pendientes del mercado, del éxito, de la posibilidad de trascendencia a través de

su persona más que de la obra. La "primavera democrática" y la ilusión de un país distinto, que se alejó con el "Felices Pascuas, la casa está en orden" de 1987, produjo un quiebre profundo y una segunda crisis en los intelectuales, que apoyaron con pasión la posibilidad de una república distinta.

Es que la síntesis entre el terror y la violencia sistematizada de los '70, la desilusión de una democracia participativa de los '80, las crisis económicas y la corrupción cotidiana de los '90 como parte del *modus vivendi* de una Nación que no puede construir una identidad plural, inteligente y solidaria, derivan en una literatura centrada en los valores del consumo, del éxito y de la individualidad y no de la interioridad.

Ya no es lo intimista lo que estructura un mundo que refleja al mundo, sino la intimidad

escrita como en video-clips, para querer mostrar y no para intentar decir.

3. Es en las letras de rock, donde encuentro esos veinte años después.

No importa demasiado cómo se dice lo que se dice. Lo que interesa es gritar palabras juntas que generalmente no tienen un sentido poético, sino descriptivo acerca de situaciones como la vestimenta, la droga, la otra o el otro, el boliche y sus códigos.

Esto no es una crítica, simplemente una descripción de este cambio de lo social expresivo a lo individual en donde la gran diferencia radica en la calidad expresiva, y en la transformación de las utopías sociales en las utopías individuales, sin importar el cómo se lo expresa.

Lo que registro en estos últimos años tam-

1. Hablar de los años '70 me produce sensaciones contradictorias. Por una parte, es la década de la dictadura, la censura, las desapariciones, la muerte sistematizada desde el poder; la muerte enarbolada desde los movimientos revolucionarios.

Los que en la ciudad de Buenos Aires, vivimos entre gritos de terror, atentados cotidianos

y silencios cómplices, pudimos -a pesar de todo- seguir creando: reunirnos en las "catacumbas" - como tan bien expresa Santiago Kovadloff - para leer nuestros cuentos, recitar algún poema, dolernos por el amigo que ya no iba a estar más con nosotros.

A la desesperada pregunta de Bruno Bettelheim, sobre si se

bién, es el reconocimiento de las identidades particulares en algunos autores que desde mi perspectiva han enriquecido su obra con estas inclusiones.

Aún no hemos entrado al siglo XXI, pero el bajo nivel de los suplementos culturales, la casi inexistencia de revistas culturales de alcance nacional y el cada vez más escaso presupuesto para cultura tanto en lo estatal como en lo privado, definen una propuesta de país y de cultura de los '90.

ASOMBROSA VELOCIDAD DE ASOCIACION. POCA PROFUNDIDAD

Por Mempo Giardinelli



1. Los pienso con poca nostalgia. Fueron los que fueron, y, como le sucede a cada generación, nosotros vivimos intensamente nuestra juventud. Como señala con razón el escritor mexicano Sergio Pitlor: "Cada generación tiene la impresión, y es una impresión cierta, de ser la única en haber disfrutado -o sufrido- un mundo con características irrepetibles". Esta cita es acápite de la segunda parte de mi novela *Santo Oficio de la Memoria*, y constituye una de mis pocas certezas absolutas de adulto. Desde ahí contemplo y repienso los años '70, que para mí fueron apasionantes aunque también debo admitir que bastante disparatados. Los que teníamos entre 20 y

25 años nos sentíamos entonces demasiado ensoberbecidos, como suele suceder a esa edad en que nada es definitivo pero todo parece serlo y no sólo porque la revolución política y social parecía estar a la vuelta de la esquina.

También porque entonces no nos dábamos cuenta de muchos de los peores vicios argentinos:

el grito irreflexivo, la falta de práctica democrática, la intolerancia, y hasta el engreimiento de creer que éramos tan especiales que íbamos a cambiar el mundo. Nuestros paradigmas estaban teñidos más de voluntarismo que de sensatez: y con Perón siempre mal caracterizado; con el sueño del Che mal digerido; con un desprecio militante hacia

todo lo moderado y evolutivo, creo que fuimos una generación maravillosa por lo idealista pero también metimos mucho la pata. Quizás no tuvimos otra posibilidad: veníamos de la decepción democrática y del derrocamiento de Illia, que nos dejó sin lugares de participación. Veníamos del Onganiato y el militarismo a ultranza. De la fugaz primavera democrática camporista.

A mí no me gusta que ahora andemos idealizando el pasado, ni dando versiones edulcoradas de nuestra tragedia. Nos costó demasiadas vidas, demasiados hermanos perdidos, demasiado dolor. Por eso hoy el ejercicio de la memoria debemos hacerlo, en mi opinión, ante todo con honestidad. Y honestidad es ser claros y reconocer nuestros errores.

Para mí algunas cosas están claras: 1) Nos tocó padecer lo peor de la

soberbia militar; 2) Nos tocó protagonizar un mundo molesto e injusto que se incendiaba, y nosotros con nuestro idealismo éramos el muro de contención; 3) El horror vivido y la represión brutal que padecimos nos impiden el Olvido y el Perdón, y para siempre nos comprometen a exigir Justicia y Castigo a los culpables.

Aparte de eso, que para mí es irreductible, están los errores que cometimos nosotros: 1) Fuimos infantilmente impulsivos, fuimos sectarios, la inmensa mayoría impreparados. Quiero decir: hubo más corazón que inteligencia. Lo cual puede no estar mal emotivamente, pero el resultado atroz que padecimos obligaría a ser autocríticos al respecto. 2) No entendimos a la sociedad argentina, que no soportó el vanguardismo de los jóvenes de entonces. Creía-

mos que el pueblo jamás se equivocaba, y esa idealización populista resultó demasiado cara. Simplificábamos maniqueamente y por eso no entendimos algunas cosas, entre ellas que el pueblo argentino era capaz de apoyar el golpe del 24 de Marzo de 1976 porque estaba harto del peronismo de Isabel y López Rega, como fue capaz de vivir a Galtieri en su aventura etílica malvinense y es capaz ahora mismo de consagrar con votos al neoliberalismo menemista, ese mismo pueblo que hay que ver cómo vota y se deja engañar. Ya entonces era así, pero nosotros no lo queríamos admitir. 3) Estábamos llenos de grandes ideales pero el fundamentalismo nos hizo mucho daño. Por supuesto que la responsabilidad por nuestros miles de compañeros muertos, desaparecidos, presos y exiliados, será

siempre, y contundentemente, de los represores: el lopezreguismo primero; el videlato después. Pero nuestra generación también engendró sus propios monstruos fundamentalistas y yo creo que hay que decirlo: también les cabe una enorme cuota de responsabilidad a los que despreciaban la vida e inventaban eufemismos (por dar sólo un ejemplo: el asesinato de Aramburu, que fue eso, un asesinato, y no un ajusticiamiento como se pretendió justificar). Son los mismos que después del '76 mandaban a la muerte a nuestros chicos, desde Europa; que luego fueron indultados junto con los dictadores; y que ahora dan lástima y asco como culeros del menemismo.

Y que quede claro que decir todo esto de ninguna manera significa aceptar la teoría del empate histórico, la cual, por cierto, está perfectamen-

te desmentida en la literatura pos-dictadura. No soy yo quien debe juzgar mi propia obra, pero tengo para mí que con mis novelas *Luna caliente* y especialmente *Qué solos se quedan los muertos*, he contribuido a desarmar la perversa teoría de los dos demonios.

Los '70 también fueron, acaso, los últimos años en que una generación de Argentina fue tan pura, tan idealista y tan solidaria.

Quizá por eso su vocación es inevitablemente conmovedora: porque el grado de entrega, abnegación y elevación moral, y la fuerza de los principios que teníamos, hoy son obviamente ejemplares. Por eso sigo pensando que nada de todo aquello fue inútil. Y sigo pensando que la capacidad de generar utopías es lo que más enaltece a cualquier generación. La nuestra fue, más allá de sus yerros, generosamente

te ética. Por eso la recordamos aquí: porque siempre son preferibles las generaciones apasionadas aunque metan la pata hasta el cuadril, a las generaciones que parecen ser pragmáticas desde el vamos.

2. Creo que participan, si es que lo hacen, más bien como la visión de una utopía perdida, y eso no me gusta. Igual que a los '60, me parece que en general se los ve hoy como a "aquellos viejos, buenos tiempos", y eso me desagrada porque no es verdad que todo el tiempo pasado fue mejor, y más me desagrada que suelen creer semejante idea los que son más jóvenes.

En el imaginario colectivo de los '90 no sé, bien a bien, qué es lo que queda y permanece de los '70. En términos sociológicos me da la impresión de que han quedado fragmentos: el rock, la liber-

tad amorosa, el distanciamiento de los padres, cierto hippismo en algunos jóvenes de hoy. Y en el plano literario, yo diría que sólo tienen un valor referencial: la narrativa de los '80 y los '90 no deja de recurrir a la contraposición de valores, ni de apelar a la nostalgia, y todavía procura explicar aquel mundo setentista. Quizás se debe a que los cuarentones y cincuentones que escribimos la narrativa de este tiempo estamos llenos de desconcierto y, todavía, de dolor. Quizá sea una forma de rara nostalgia porque el siglo XX -pareciera- terminó en los '70. Pero por lo que leo de los más jóvenes (los que en los '70 eran muy niños o apenas iban naciendo) la cosa es bien diferente: hay demasiados yuppies para mi gusto, demasiada preocupación light y mucho pensamiento diet, y hay una asombrosa velocidad de asociación pero muy poca profundidad en casi todo.

Ha de ser culpa de la dictadura, o de la globalización o del ajuste (un poco de todo, seguramente) pero la verdad es que los veo tan apáticos e individualistas, en general (y lo digo sabiendo lo peligroso que es generalizar) que me parece que poco y nada de los '70 es enunciable hoy en día. Pero también pienso que los chicos de ahora hacen bien en ser como son. Quizá no tienen otro remedio; el mundo que están heredando no es un jardín de rosas; a la generación de sus viejos (la nuestra) la ven tan heroica como estropeada y pálida; y después de todo ellos tienen que hacer su propia experiencia, ejecutar como puedan sus parricidios, y cometer sus propios errores. Si prefieren "zafar" y "hacer la suya", ¿Quiénes somos nosotros para juzgarlos? Así que, mejor, tratemos de entender sus códigos y tengamos paz con ellos.

Nuestra literatura, por lo menos la narrativa de estos últimos diez o doce años, es elocuente al respecto. Léase a Soriano con Fresán, a Castillo con Cross, a Lysyj con Gambaro, a dos Martínez como Tomás Eloy y Guillermo, a Piglia con Bizzio, a Guebel con Orgambide o con Viñas. Cada quien hace su juego, y nadie tiene por qué cuestionar la experiencia de cada uno, ni la de cada generación. Aunque íntimamente uno se sienta lleno de reparos.

3. Estamos mejor, mucho mejor en muchos aspectos. No tengo dudas de que el balance es positivo, a pesar de que el país está como está. Ya llevamos doce años de democracia y el poder militar y el autoritarismo se han debilitado considerablemente. Ya no se mata, secuestra, "desaparece" ni tortura como en aque-

llos años espantosos. Las comunicaciones permiten una permanente revolución, y las tecnologías hacen que el mundo massmediático en que vivimos sea tan fascinante como aterrador, tan desmesurado como delirante. A mí me parece que vivir sigue siendo una aventura maravillosa, incomparable, pero con el poeta Fernando Pessoa también creo que lo verdaderamente preciso es navegar, navegar todo el tiempo.

Quizá sólo así podamos sobrellevar el rebaje ético y las nuevas dictaduras de la corrupción, la imbecilidad, la superficialidad y la frivolidad. Quizá sólo así podamos reponernos de la derrota. Porque, digámoslo de una vez, en este país y en este mundo estamos como estamos porque perdimos. El cretinismo político, la globalización, el recontraajuste económico, el neocolonialismo de las relaciones carnales, el

desempleo, la malaria, la menemización de la vida, en fin, son producto del triunfo de una ideología que ahora muestra su rostro más perverso. Nosotros fuimos los derrotados. Perdimos.

Pero la derrota no tiene por qué volvernos derrotistas. Al contrario: se trata de construir nuevas utopías, y en eso estamos, muchos, miles, en toda Nuestra América. Somos más y mejores de lo que se piensa. Y estamos en todas las generaciones. Y estamos vivos, y jamás dejaremos de incomodar a los golfos del poder.

Sonará idealista, pero: ¿alguien tiene algo mejor, realmente mejor, para ofrecer?

INTERPELACION DE LA UTOPIA

(un nuevo protagonismo)

Por Juan Carlos González



diana claridad de la razón, no habla sino de los sentimientos que despiertan los conflictivos años de los setenta en quienes de alguna u otra forma vivimos o actuamos en aquella época.

Porque, ¿cómo hablar de los setenta? ¿De qué manera intentar una reflexión sobre aquello que aún “pesa” en nosotros? ¿Se puede desandar los últimos veinticinco años, poner entre paréntesis lo vivido (o tal vez deberíamos decir lo padecido) de forma tal que no presione sobre un riguroso análisis comprensivo de aquella época? ¿Podemos aspirar a una reflexión ascética, sin pasiones? ¿Se puede eludir el cierre, el academismo, el siempre tenta-

dor marco referencial de ciertas teorías demasiado explicativas? ¿Cómo evitar conceptos gastados, ciertos estereotipos que no aportan nada nuevo al pensamiento? ¿Cuál es la distancia óptima, el sensato alejamiento de los hechos que permitiría un juicio más preciso? ¿De qué forma rescatar para la memoria aquel “espíritu” de los setenta sin desbarrancarlo en su destino? ¿Qué debemos tomar de los hechos de aquel pasado para estructurar un relato histórico sin que la manipulación del hoy se nos presente como una sombra amenazadora?

Tenemos por un lado esta vorágine de sentimientos que nos provoca el espíritu de los setenta: la pasión de los ideales y la efervescencia optimista heredada de los setenta.

Por otra parte, aparece la convicción de que todo relato histórico se estructura con memoria y

olvidos, desde un presente que es siempre vivido como confluencia del pasado.

De allí, ante el estupor que provoca el después y que para nosotros es el presente, ante la derrota de las ilusiones y la evaporación de los proyectos en la consumada facticidad, toda pregunta al imaginario de los setenta y toda apelación a la memoria, es por un lado un exhorto y por otro una interpelación. Así podemos preguntarnos qué pasó con nuestros proyectos que nos llamaban desde el futuro.

Hubo, desde ya, reflexiones múltiples, análisis disciplinarios, ensayos individuales que llegaron desde los centros mundiales del reparto de poder y que nos hablaron -y nos hablan- apocalípticamente del fin de la historia, de la muerte de la razón, del acabamiento de las utopías y de las ilusiones. Teorías to-

das, por otro lado, sospechosamente conservadoras o restauradoras, en tanto nos imponen la creencia de que no hay posibilidad para nuestros anhelos, que todo “ya fue”.

Y si hay algo gastado y manoseado en este marco, es la palabra “utopía”. Pero, ¿de qué utopía debemos descreer? ¿La de Europa como centro del mundo? ¿la de occidente como imperio de la razón? Pero, ¿no es que desde el momento mismo de su nacimiento, desde su época más prístina generó también el germen de su acabamiento? Y pareciera que en su agotamiento intentara arrastrarnos a nosotros, los convidados de piedra a quienes siempre fuimos vistos como el “otro”, como lo periférico.

Por otro lado, no podemos ser tan inocentes, intelectualmente hablando, como para sostener aún hoy cierta ideolo-

¿Cómo volver con una mirada reflexiva, cómo retrotraer con claridad el engañoso fantasma de la memoria, sobre una década atravesada por el dolor y la muerte? ¿Cómo compartir esta necesidad de aclarar que toda memoria conlleva el hijo ciego del olvido; que no todo el pasado confluye en el presente y que el “olvido” y la

“memoria” del relato histórico rescatan para sí el pasado, manejan el presente y manipulan el futuro?

Volver la mirada sobre los setenta es, por lo menos, una dolorosa y a la vez apasionante experiencia intelectual. Y utilizar una categoría emocional -la pasión- lo suficientemente oscura, indomable, aparentemente tan a contramano de la meri-

gía sustentadora de una visión optimista de la historia, que forzaba a ésta a un desarrollo sucesivo e inexorable.

Tal vez una de las tareas que deberíamos imponernos hoy, es la de reformular la noción de utopía. Porque una cosa es forjar proyectos, generar desde la dimensión proyectual del hombre, y otra distinta es forzar a que se cumplan ciertas utopías.

No es necesario ser un historiador consumado para saber que los pueblos que sobresalieron en el desarrollo de la humanidad fueron aquellos que generaron grandes, apasionados proyectos. Proyectos que no tuvieron la medida, la mesura, el equilibrio de la razón, sino el estigma de la pasión. Uno quiere para sí y para los demás lo mejor, ama lo que está por venir y lo ama porque lo considera superior. Forjar proyectos en el sentido de que,

avalados por un pasado, sea la historia la que nos llame desde el futuro para permitir que se cumplan nuestros anhelos. Y es en ese sentido cuando no parece un despropósito vindicar la noción de proyecto de los setenta en nuestro país, en nuestra Córdoba. Pero a veces no sólo se forjan proyectos, también se los fuerza a ser y en ello se inmola todo lo que en aquellos había de dimensión humana. Tal vez esto explicaría que se pueda hablar de un proyecto utópico de los setenta, en tanto discurso exacerbado y excesivo que perdió la dimensión humana de la política en aras de un futuro impreciso e improbable.

Pero aún así, aún sabiendo lo que vino después, es decir, nuestro presente, ¿quién puede negarnos resaltar el imaginario de los setenta, no como utopía sino como proyecto? ¿Quién, aún conociendo nuestro por-

venir, puede negarnos la posibilidad de generar proyectos? Conocemos cual fue el aciago porvenir de los setenta. Sabemos también que la carencia de proyectos actuales puede ser una de sus consecuencias más evidente. Pero estamos profundamente convencidos de que para resurgir de esta meseta desértica donde se nos presenta como inevitable el fin de las ilusiones, es necesario generar proyectos y no atascarnos en teorías explicativas. Y que además en estos proyectos no esté ausente la pasión a la que hacíamos referencia al comienzo de estas reflexiones.

La consumación del proyecto de los setenta nos ha sumergido en una crisis de valores tal que nos arrastró al inmovilismo del "no hay nada que hacer", "no hay nada que pensar". Podríamos decir que la crisis ha alcanzado su madurez;

pero nosotros, sus protagonistas ¿hemos comprendido radicalmente sus motivos en los que la pasión del proyecto está involucrado? Es más: ¿tendremos la madurez suficiente para oponer a la crisis actual proyectos que rescaten la dimensión humana?

El correlato histórico

En el plano puramente fáctico, la irrupción de los violentos años setenta en la Argentina están signados por dos fenómenos que creemos esenciales y que asomaron al final de la década anterior: las revueltas populares, (encabezadas con el paradigma del cordobazo) y la aparición de organizaciones guerrilleras sostenidas por condiciones sociales e históricas que faltaron en anteriores y aislados intentos revolucionarios de lucha armada. El trípode

restante lo aportó una de las mayores y más sangrientas represiones que se desató sobre este sufrido continente americano. Represión que no sólo estuvo destinada a aniquilar la subversión armada, sino que también afectó a todo el arco ideológico que iba desde la izquierda democrática hasta las formas liberales de pensamiento. En el primero de los casos, las secuelas de la insurrección popular desatada en Córdoba a fines de los sesenta y repetida con el "viborazo", se extendió a todo el país como un estandarte de protesta generalizada. Aunque, a nuestro juicio, es necesario aclarar que, si bien las características las ubicaban como reclamos activos globales de la sociedad, tuvieron su origen y epicentro en los reclamos de la clase trabajadora. Así entramos a los setenta con este cuadro de ebullición social que permi-

tió e inspiró a los sectores más radicalizados estructurar los comienzos de la lucha armada. Luego este fenómeno se proyectó en gran escala, especialmente en las principales ciudades del país, aunque en su etapa final se extendió a los montes tucumanos. Recordemos, por otra parte, que otros intentos guerrilleros de disímil característica habían sido desbaratados en zonas rurales del norte argentino durante décadas anteriores. Y mientras la dirigencia política y militar centraba -en los primeros años de la década del setenta- su discurso masivo alrededor del regreso o no al país de Juan Domingo Perón, la guerrilla alcanzaba niveles de acción operativa cada vez mayores. Tras el regreso, asunción y muerte de Perón, la respuesta represiva de las fuerzas armadas no se hizo esperar.

Tenemos entonces, como primer balance, que

la irrupción de aquellas luchas sociales de fines de los '60 y comienzos de los '70, de aquel fenómeno de protestas masivas, significaron en un primer momento y con el triunfo de Cámpora (léase Perón) en 1973, el restablecimiento de una democracia que estaba siendo vulnerada desde 1930. Pero también a partir de entonces quedaron miles de muertos en el camino. Y el dolor y el espanto generalizado, manchando varias generaciones.

Desde allí y hasta el final de la década quedaron al descubierto la lógica deshumanizada y fría de la "Realpolitik" frente a la demanda ética de la sociedad y el endeble y pobre papel de la justicia cuyas consecuencias padecemos aun hoy. Paralelamente, los escasos dirigentes de la clase obrera, de la política, de la iglesia y del pequeño empresariado que no inclinaron su cabeza ante el

poder del Proceso de Reorganización Militar, sumados al diezmado movimiento estudiantil, no pudieron crear -ante el terror y la violencia- espacios propios para oponerse al régimen militar. Aunque intentaran diferenciarse de la lucha armada y la violencia de la guerrilla. Para la mayoría de los argentinos, había llegado el momento del silencio y la exclusión. (Uno de los hechos más característicos y notables que recordamos aún hoy dentro de la profesión periodística de aquellos años en Córdoba -y que merecería un estudio más detallado-, es la inclusión en las notas cotidianas o de fondo, de hechos o figuras metaforizadas. Se hablaba -se escribía-, y se hacía referencia sobre lo que estaba prohibido mencionar, sin nombrarlo; no era un lenguaje elíptico: se trataba de un metalenguaje no interiorizado total-

mente. El lector entendía entre líneas lo que el periodista callaba... pero estaba dicho. Y no necesariamente se trataba de un lector erudito el que entendía acabadamente las claves del discurso. Pero igual se escribía desde el terror y el miedo). Costó mucho -y aún hoy nos cuesta-, superar esos momentos. Sin embargo y retomando el inicio de nuestro análisis, es necesario actualizar no sólo la historia, sino también los planteos a que hacíamos referencia. Y al actualizarlos nos preguntamos qué es lo que emerge como hecho referencial en estos días (de lo contrario, de qué valdría hacer memoria y no olvidar el pasado), cuando se ha implantado desde los centros de poder internacional en forma descarnada y prepotente un liberalismo deshumanizado y voraz. ¿Qué puede retomarse como componente histórico del hombre? ¿Cuáles

pueden ser los objetivos y proyectos que podemos rescatar, no con un criterio de estadística, de verdad científica o de lema partidario y excluyente, sino con realismo histórico y adaptándolo a las nuevas circunstancias? La desintegración del movimiento obrero, la corrupción de la mayoría de sus dirigentes, la atomización del poder estudiantil, la falta de credibilidad en los niveles políticos y de funcionarios del Estado y la Justicia, la ausencia de una conciencia colectiva y solidaria, el rechazo generalizado a toda forma de violencia y la pauperización acelerada de los sectores más carenciados, conforman un panorama con fuertes rasgos de diferenciación respecto de lo que se vivía en la década del setenta. Aquí ha cambiado todo el sistema productivo y de relaciones laborales y sociales. Hay una ética distinta. Hay valores estéti-

cos diferentes. En este sentido, vale la pena rescatar el pensamiento de Beatriz Sarlo cuando señala que en los '90 todo ha experimentado una radical reorganización a partir fundamentalmente de los mass media: *"No sólo la cultura, las bellas artes y los estilos prácticos de la vida, sino también la política y el lugar de la política han sido reorganizados. La estética de la televisión (y del advertising) proponen e imponen su modelo a la esfera pública: es muy evidente que en la actualidad no hay política sin televisión... La política y los políticos se construyen allí. Se podría decir: la esfera pública se ha massmediatizado y la escena política es una escena electrónica"*. Es decir, ante este nuevo panorama histórico y social, el retorno a los métodos del pasado (de acción, de lucha armada y de pensa-

miento) está clausurado. Sólo resta saber si seremos capaces de oponer a la globalizada crisis actual, nuevos proyectos que nos involucren y que rescaten la dimensión del hombre.

LOS '70 COMO PUESTA EN PRACTICA DE PODER REAL



Por Luis Guzmán

discursos dominantes en el campo intelectual. Podemos decir que es un punto culminante de llegada de esos discursos de poder. Con todas las diferencias entre peronismo y marxismo, la composición política de esa mixtura tiene por primera vez un poder real, no sé si en relación al Estado, pero sí al menos al Gobierno. Los '70 no son el triunfo pero sí la puesta en práctica en términos de poder real, de lo que en los '60 podía aparecer como del orden de lo utópico.

Los años '70 se podrían dividir en tres momentos paradigmáticos: hasta el '73 con el gobierno de Cárdena, el triunfo del peronismo y el regreso de Perón al país; segundo, lo que sucede en

1. En el espacio de las discusiones teóricas y políticas, la preocupación por los '60 ha ido cediendo lugar hasta ser relevada por la problemática de los '70. No es sencillo que las décadas marquen de manera clara delimitaciones y diferencias de orden político. Y mucho menos cultural, al no depender esto último de acontecimientos específi-

cos cuya incidencia pueda medirse en términos precisos. En este sentido me sería difícil pensar si en los '70 hubo algo similar a lo que en los '60 fue el Instituto Di Tella. A su vez, por una regla elemental de implicación, no se podrían caracterizar a los '70 sin las marcas de los '60.

En el año '73 confluyen los efectos de los

los años posteriores con la polarización de las posiciones en juego y la lucha armada hasta el golpe; tercero, la instauración del gobierno militar con su política represiva.

Subjetivamente, al menos para mí, el año 1973 es tan marcado, que a veces es como si todos los años '70 se condensaran en él y quedaran reducidos a lo que se conoce "como el '73". Después, el Proceso pasará a ser algo intemporal que se instala de manera autoritaria, violenta, y como si, por su misma arbitrariedad, borrara las coordenadas del tiempo cronológico para dejar lugar a una suerte de *in aeternum* difícil de situar en el tiempo real. Me parece que este fenómeno es producto de que el aparato represivo pone a funcionar los mecanismos de terror en el máximo de su efectividad.

Es indudable, que a medida que uno se en-

cuentra respondiendo a las preguntas formuladas, y dejándose llevar por un mínimo de espontaneidad, se advierte que la respuesta es inmediatamente política. Es decir, que este parece ser el discurso pregnante ni bien se encuentra uno respondiendo a la encuesta. Pero trataré ahora de circunscribir la primera apreciación, cuasimetodológica, de política y cultura, sin ceder al sintagma "*una política de la cultura*". El discurso dominante de los '70 se podría caracterizar como no homogéneo sino más bien "*informado*" por los más diversos discursos.

En este cruce de discursos se sitúa mi inicio como escritor en el campo intelectual. *Literal* se funda en la intersección de esos discursos. *Literal*, una revista marginal. Los márgenes no eran el margen si esto implicaba puro esteticismo. Porque si para algu-

nos de los que estuvimos ahí -Germán García fundamentalmente no era ajenos en su interés a la producción teórica de estos discursos- nuestro interés era más débil o inexistente en términos de compromiso militante, no lo era en términos de desconocer -incluso hasta sin saberlo- la potencia de los textos producidos como intersección a los discursos que circulaban en la cultura: por eso intersticial, pero no marginal.

En ese sentido, tanto *El fiord* como *El frascito* -Nanina pertenece más a los '60- inician una política de la lengua que implica una ruptura y una dispersión del campo literario constituido. Una literatura de la dispersión del campo literario constituido. Una literatura de la dispersión no quiere decir únicamente el poder conspirativo de cualquier vanguardia, sino la producción de textos que

dispersaban el poder concentrado en una ideología literaria dominante a comienzos del setenta y que, bajo el tópico del populismo, podía reunir desde la ideología cortazariana -que no se reduce necesariamente a la literatura de Cortázar- hasta el realismo, bajo cualquier forma de una literatura de mensaje.

Lectores un poco ingenuos de Derrida, sosteníamos la *diferencia* como fundamento teórico para pensar los fenómenos literarios. Mientras que el estructuralismo nos otorgaba cierto marco de lectura para pensar la literatura en otros términos que el de las coordenadas existentes; lo mismo sucedía con el psicoanálisis. Ahí se produce un deslizamiento por el cual ciertos críticos y comentaristas sostenidos en la *doxa* nos acusaban de la aplicación de teorías extranjeras a nuestros textos literarios

basados en la fe ciega que sostenía esa misma *doxa*: un mundo donde todo era límpido y transparente y ordenado a la ideología donde cualquier otra lectura se volvía apocalíptica o reaccionaria. En realidad, no entendían que el estructuralismo no nos enseñó a escribir sino a leer de otra manera.

Las consignas de *Literal* no se podían reducir a un petardismo intelectual, a una política de manifiesto, ni a un desconocimiento de los ideales o a una falta de reconocimiento para la lucha que se jugaba en otro terreno y que comprometía la vida. Hoy quizás cuando las cosas están un poco más claras sea posible un relevamiento teórico de esas posiciones, incluida la posición de *Literal*, en el terreno de la discusión política, y en el lugar no connatural de la literatura en relación a cualquier práctica social.

2. Me parece que el imaginario de los '90 participa a grandes rasgos de dos posiciones: una, nostálgica y otra, autocrítica. Respecto a la primera se trata de lo que podría haber sido y no fue. En relación a la segunda, prefiero la palabra crítica porque incluye la discusión con los otros, no la mera apelación al yo bajo la forma autocompasiva o incluso hasta la que se pretende más crítica y que nos devuelve de manera enmascarada el culto a la personalidad desde la ascesis cristiana hasta la confesión más obscena.

Lo que parece enunciable hoy de los '70 es la posibilidad de sostener los ideales, un interés verdadero por el país, y la figura del escritor fuertemente ligada a la práctica intelectual.

3. Veinte años después, en la novela de Dumas, es el regreso de los tres mos-

queteros. Veinte años después alude entonces a una segunda parte donde retorna quizás la añoranza de cierto aire épico, difícil a veces de desentrañar del horror producido por la masacre del Proceso. Pero que no habría que perder de vista porque hacerlo sería el verdadero y definitivo triunfo de la política represiva.

NI PRIVILEGIADOS NI MARTIRES DE LA DICTADURA

Por Liliana Heker



1. A diferencia de los años sesenta, los setenta no pueden ser pensados de una manera global, totalizadora. Y no sólo porque el golpe militar del '76 partió en dos esa década, y nuestra historia. Otros acontecimientos, menos feroces, también contribuyeron -al menos en el plano estrictamente literario- a fracturar un movimiento que en los

años sesenta aparecía como contundente y cohesionado. Cuando hablo de cohesión no quiero decir *homogeneidad*; los acontecimientos literarios de la década del sesenta fueron numerosos y diversos: grandes escritores redescubiertos, nuevos escritores que aparecían pisando fuerte y con distintas posiciones ideológicas y estéticas, gru-

pos y revistas literarias que polemizaban entre sí, la Revolución Cubana imponiendo definiciones, el boom latinoamericano, el autor argentino como buen negocio editorial. Pero, justamente, la eferescencia que provoca estos hechos, la confianza en lo literario, hacen que ningún libro, ninguna opinión resulte indiferente. Se opina, se critica, se polemiza, y esta atención permanente del entorno sobre cada hecho es lo que instala a ese hecho dentro de una totalidad plena de sentido -la literatura nacional- y va configurando una urdimbre, eso posible de ser visualizado cuando se nombran "los sesenta", aquello que llamé cohesión. En cambio, si algo

caracteriza a los productos literarios de los setenta es su falta de cohesión, su apariencia de *hechos aislados*. No generan un movimiento ni parecen haber sido generados por él.

Arriesgo una primera causa para este fenómeno. Hacia fines de los sesenta y principios de los setenta se produce un fuerte desfasaje del interés de lo literario a lo político. En muchos casos, además, en nombre de la política se desvaloriza la literatura. Digamos: se juzga una novela por su supuesta virtud revolucionaria y luego se la descalifica porque carece de ese valor. ¿Una consecuencia práctica?: la literatura argentina, gradualmente, va dejando de ser un buen negocio para las editoriales. Sin duda todo esto influye poco sobre las obras individuales -el trabajo solitario y a largo plazo de un escritor suele realizarse al margen y a pesar de los fenó-

menos públicos- pero en cambio impide ese entrecruzamiento o contraposición de fenómenos que constituye un movimiento, un acontecimiento global en la historia de la literatura. Ese movimiento ya no existe -o no se advierte- a principios de los setenta. Aparecen sí, autores nuevos y, en muchos casos, exitosos -Lastra, Rabanal, Soriano, Asís, Steimberg, Feinmann-, y publican nuevas obras los del sesenta, publican quienes ya habían surgido en los sesenta, pero cada obra es un hecho aislado, nace y muere en sí misma.

A partir del '74 este clima se enrarece aún más, se vuelve menos propicio para la literatura. Las amenazas de la Triple A, la decepción política que sobreviene a la fe revolucionaria, no favorecen la reflexión ni la creación; son eventos inesperados para los cuales la cultura no tiene elabo-

radas respuestas orgánicas. En cuanto a lo económico, también aporta lo suyo: el rodrigazo hace que caigan las editoriales pequeñas y desaparezcan las publicaciones literarias, y que los libros empiencen a transformarse en un artículo de lujo. Además, las amenazas y el caos inician el éxodo y el exilio de intelectuales. Es en este ámbito debilitado y disperso que ocurre el golpe militar del '76.

Ante todo es necesario aclarar que la precariedad de la vida, el horror, el permanente sentimiento de amenaza y, en ciertos casos, el secuestro y la muerte, pesaron sobre los escritores argentinos -al menos sobre el sector no complaciente de esos escritores- del mismo modo que pesaron sobre todos los argentinos con conciencia. En ese aspecto no fuimos ni los privilegiados ni los mártires de la dictadura militar. Interesa detectar

de qué manera específica incidió el terrorismo estatal sobre la literatura. Yo diría que de diversas maneras:

1) El éxodo -el exilio- de intelectuales impuso una división extraliteraria: dos sectores que, salvo por vía clandestina, se desconocían entre sí y, en términos generales, no podían interactuar.

2) Esta nueva condición de exiliado/no exiliado produjo autojustificaciones y acusaciones que distorsionaron la realidad; hubo una tendencia a eliminar matices, como si todos los escritores en el exterior, y todos los escritores dentro del país, pertenecieran a grupos homogéneos y perfectamente definidos.

3) La necesidad de sobrevivencia -como sociedad- hizo que todos los intelectuales meramente decentes dejaran de lado matices ideológicos o estéticos y buscaran coincidir en lo elemental: el re-

pudio a la dictadura militar y sus crímenes. Es así que el hábito de la polémica, incorporado a la cultura de nuestro país desde el siglo pasado, se diluyó hasta la casi desaparición, lo que sin duda marcó un empobrecimiento en las ideas.

4) El modelo económico de Martínez de Hoz puso en primer plano la industria de los best-sellers extranjeros; las editoriales chicas acabaron de desaparecer: el exilio, el desencanto, y el silencio de los medios respecto del arte nacional, redujeron notoriamente el número de lectores.

Ninguno de estos factores nefastos impidió que, tanto en el exterior como en el interior del país, se escribieran obras valiosas, sólo que tardarían en incorporarse al corpus de la literatura nacional. Por otra parte, justamente lo desfavorable de las condiciones hizo que se crearan recursos

alternativos, casi marginales, para contrarrestar el decreto de muerte oficial. Revistas de literatura, talleres literarios en que los nuevos escritores podían reunirse y leer sus obras por el momento sin destino, fenómenos como el Teatro Abierto, que puso en acción a los autores teatrales, fueron respuestas creativas a la adversidad, un modo de resistencia. Además, como ocurre en períodos de fuerte represión política, la literatura pudo decir lo que textos más explícitos no podían manifestar.

En resumen, los setenta fueron años de dispersión, de muerte y de sobrevivencia, de los que emergimos mirándonos con extrañeza.

2. Tener en nuestra historia una carga de muerte y de horror, arrastrar los jirones de una esperanza colectiva que se frustró, sin duda nos modifica,

interfiere aún en nuestra visión de los actos mínimos, y, por lo tanto, contribuye ineludiblemente a configurar nuestro imaginario. Y no me refiero sólo a los escritores que, por una cuestión generacional, fuimos testigos y protagonistas de esa etapa; no hay que olvidar que en los '90 también están escribiendo nuevos autores que nacieron a la conciencia por esos años, vale decir, aquellos que reciben una historia de muerte como parte de su infancia o primera adolescencia, o a través del relato de otros. A modo de ejemplo: en la literatura de Marcelo Caruso, Guillermo Martínez, Rodrigo Fresán o Edgardo González Amer pueden rastrearse distintos modos en que las nuevas generaciones registran el horror de los setenta.

Los caminos por los cuales una experiencia histórica de este dra-

matismo emerge en una literatura son diversos y no siempre explícitos. Será tarea de críticos futuros trazar un mapa de esas emergencias, ver cómo el horror y el desencanto modificaron nuestras visiones y nuestro lenguaje. El análisis hoy sería prematuro: un testimonio histórico requiere ser decantado por el tiempo para ser reformulado en la ficción.

3. Veinte años después, pienso, estamos en condiciones de reconstruir o de construir de una manera distinta, hasta ahora difícil de prever -esa trama que distintas catástrofes han destruido. Relaciones entre escrituras y entre ideologías, coincidencias, controversias, posibilidades de existencia de una nueva generación joven, todo aquello que acaba constituyendo un corpus y va definiendo una época cultural, son

objetivos que vale la pena imponerse. Contra la estupidez y en nombre de las ideas y del arte.

DESDE LA VIDA COTIDIANA

Por Silvia Iparraguirre



1. Pienso en una década absolutamente escindida. Por un lado, recuerdo cierta euforia; cuando triunfa Cámpora, cuando se hablaba de la Patria Socialista; había una euforia política, parecía que todo era posible. (Lo tengo que asimilar a lo político porque la del '70 fue una década marcada por lo político). No puedo pensar esta década solamen-

te desde lo que me pasaba personalmente, la tengo que asociar con esos primeros años, el '73 por ejemplo, lo que pasaba en la facultad. Hay como un caos, mucho ruido, muchas cosas en contraposición con el silencio posterior al '76, que fue un silencio de muerte. De entonces tengo la experiencia directa de la facultad, de lo que pasaba

en ese momento en Filosofía y Letras. Había juicios políticos a los profesores, marchas continuas (yo participé de la marcha por Chile, por ejemplo, cuando Pinochet derrocó a Salvador Allende), es decir, hay una efervescencia, una confusión, un emocionalismo político dentro de la facultad, de la gente que estaba conmigo. No hay para nada una fría conciencia sobre lo que está pasando, no hay un cálculo.

La Patria Socialista parecía que era posible, algo que, creo, estaba más que nada en la superficie. No había una reflexión en profundidad sobre lo que estaba pasando políticamente en el país. Era muy fuerte el tema de la vuelta de Pe-

rón después de tanto tiempo. Posteriormente empieza realmente el tema de los desaparecidos. No solamente en el '76, ya en el '74 y en el '75 ocurrían cosas; la Triple A por ejemplo empezó a funcionar con el gobierno de Isabel Perón. Se vivía una cosa caótica, nadie sabía de donde le podía venir el bandazo; y en el '76 el golpe, el silencio total. La gente que se tuvo que ir para salvar la vida, la gente que se fue porque se fue, los que nos quedamos y sobrevivimos tratando de hacer cada uno lo que podía. Yo particularmente, como mucha gente de la facultad, fui a parar a una especie de antro que se llamaba Ilven, que era un bachillerato acelerado. Ahí fuimos a parar gran parte de la gente de la facultad que no teníamos cabida; porque mi facultad fue una de las más sospechosas, junto con Arquitectura, Medicina y Ciencias

Exactas, eran las facultades más politizadas.

Recuerdo anécdotas relacionadas con el caos que existía. Por ejemplo, una vez que se levanta un práctico. Nosotros ya estábamos en las últimas materias. La cosa era que había que suprimir Griego y Latín de la carrera por extranjerizantes. Era una carrera que tenía que ser Nacional y Popular. Por lo tanto tenía que surgir de los calchaquíes o de los quilmes, supongo que ese era el concepto. Pero no había en realidad mucha idea o concepto detrás. Borges era extranjerizante, alternatively era defenestrado y ensalzado Cortázar. Nunca vi un escritor argentino que pasara por tantas idas y vueltas de ensalzamiento y defenestración. Uno lo vivía como una especie de efervescencia; había un clima, hasta por momentos de fiesta.

Pero lo tomo con cautela, porque todo eso

desembocó en lo que ya sabemos, en el proceso. Y las consecuencias fueron esos años posteriores al '76, que fueron de muerte. Me acuerdo de la vida cotidiana, cómo uno seguía haciendo lo suyo hasta que empezaba a sentir que el cerco se iba cerrando. Particularmente entre nosotros sabíamos que estaban las listas negras (Abelardo Castillo no publicó en esos años, estaba en las listas negras); tuvimos posibilidad de intentar saber hasta qué punto la cosa estaba grave. De España los amigos nos mandaban cartas: venganse, venganse. Pero en el '76 mismo todavía no sabíamos bien cómo era. Realmente nos empezamos a dar cuenta después. También estaba toda la cosa cotidiana de la presión, del pedir los documentos a la noche, de no poder salir, de no poder volver a tu casa. Recuerdo que hubo una denuncia de un

vecino. En nuestra casa entraba mucha gente, Abelardo Castillo seguía teniendo los cursos los jueves. Vinieron dos tipos de la Séptima con metralletas. Otra vez, a Abelardo, lo levantaron en un colectivo en San Juan y Boedo, un colectivo de línea sin ninguna identificación. Esa noche se salvó de casualidad. Ahí empieza otro período en el cual uno fue sabiendo lo que ocurría, fue tomando conciencia; amigos que desaparecían, como Haroldo Conti, cuya desaparición la supimos muy temprano porque la mujer de Haroldo habló con Abelardo Castillo en un primer momento. Pero esto lo hemos pasado todos, al menos los que vivimos acá. Sabemos bien cómo fue, su semejanza a un páramo. Cuando viene Alfonsín, la democracia de pronto fue el ruido de nuevo. Tengo esa sensación: la del contraste frente al tre-

mendo silencio, el susurrar, el tema de no hablar por teléfono, del "después te lo cuento" por temor de que el teléfono estuviera pinchado, todo ese tipo de cosas que se fueron transformando en hábitos.

Nosotros, al mismo tiempo, sacábamos una revista de literatura, que se llamó *El ornitorrinco*, en la cual Abelardo Castillo publicó varios editoriales, bastante fuertes. Se trataba un poco de correr la censura, de probar con esa revista los límites de la censura. Fue una revista de resistencia realmente, como lo fue también *Teatro Abierto*. Era una revista chica, de tiraje reducido, como son las revistas de literatura. Pero pudimos sacar las firmas por los desaparecidos, y fue la primera revista que lo hizo. Hemos estado en reuniones semiclandestinas con las Madres. Es decir, todo eso sucedía en la segunda mitad de los '70.

Personalmente, ese es el momento en que empiezo a escribir mis primeros cuentos, sin posibilidad de publicar. Pero, para ser sincera, tengo una cuestión emocional con esos años, muy poco racional. Como tenía también en aquel momento, una actitud emocional con respecto a los movimientos de izquierda que después derivaron en la guerrilla. Cosa que no comparto ni compartía entonces, ni lo hacía la revista. Creo que acá la guerrilla fue una terrible equivocación. No sé si fue por la supuesta aplicabilidad del modelo cubano, cuando en Cuba sí fue una revolución posible por el tamaño de la isla, por el nivel de analfabetismo, porque se encontraba un pueblo que daba un salto del medioevo a otra cosa con Batista. Lo que se llamó el prostíbulo de EEUU. Había una serie de características que acá ni remotamente se da-

ban. A nosotros nos consta que se enganchaban en Montoneros gente de la escuela secundaria, los llamados perejiles; gente que no tenía ninguna formación ideológica. Esto tornaba el asunto complicado, conflictivo y complejo. Por supuesto que he leído análisis políticos e ideológicos de los años '70, pero a nivel de mi vivencia personal, es una década caótica con un principio de gran furor, en el que estaba presente la idea de que había una esperanza en América Latina, de que se iba a poder transformar, que el péndulo de la historia había llegado a un punto en el cual el socialismo era posible...; y después, la fisura, la tremenda brecha del proceso, que estaba gestada desde el gobierno de Isabel. Después toman el poder los militares y se hace ya un programa, la famosa Doctrina de Seguridad Nacional.

Mi primera organización de los '70 es, entonces, emocional. Pasaban muchas cosas; además de la política, uno vivía. Terminé la facultad, nos casamos con Abelardo justamente en el '76. Después empezó a trabajar el miedo. Uno intentaba mantener el miedo a raya, o trataba de no enterarse; pero el miedo se fue acrecentando, y el cerco se iba cerrando. Primero eran los rumores de que alguien había desaparecido, o que le habían allanado la casa. Y después fue cada vez más cerca, más cerca, hasta que supimos realmente cómo estábamos viviendo, cómo era la cosa.

2. Yo francamente no veo nada de los '70. La construcción de un imaginario tarda un tiempo en organizarse, uno tiene que tener una cierta perspectiva para ver cuál fue el imaginario. Pero en rela-

ción con un imaginario de los '70, 20 años después se puede trazar un mapa: sobre todo lo político, el compromiso ideológico, la actitud combativa, la idea de que el mundo iba a cambiar, la idea de Latinoamérica que toma una fuerza tremenda.

Lo que veo ahora es una reacción en negativo, es decir, como si se contrastara una fotografía en positivo y en negativo: la hiperpolitización de los '70 dio como resultado en los '90 una despolitización. No sólo que la generación que empieza en los '90 no tiene militancia política, sino que tampoco tiene ideología. En los '70 la palabra ideología estaba en todo, era una cuestión absolutamente natural. La posición frente al mundo, de qué lado se estaba, era una cosa que aparecía con naturalidad, aparecía en primer plano. Después vinieron los '80, como una década de transición, hue-

ca. Los '70 los puedo reconstruir, los '80 son como un páramo; tengo esa sensación de años vacíos. Pero veo la necesidad de salir de esa hiperpolitización, como así también la necesidad de salir del psicoanálisis; esa fue otra de las marcas de los '70, el discurso psicoanalítico, el discurso Lacaniano; como una marca muy fuerte, una marca del intercambio permanente entre los discursos cotidianos y cierto *establishment* de los discursos. El discurso del psicoanalizado, el discurso del ideólogo, el discurso del militante político, ese cruce de discursos, esa movilidad social de los discursos que no aparece en los '90. En los '90 aparece más bien, una versión, modificada, del "Carpe diem", de "vivir el momento", que por otra parte es algo que también pertenecía a cierta estética de los '70. Ahora también hay en la moda una

vuelta. Hay un esfuerzo por levantar ese tipo de signos: una vuelta a los hippies, a cierta ropa de los '70 también, pero con un signo totalmente distinto, lavado, cambiado. Como dice Abelardo Castillo, en el '70 y a principios de los '70 había un futuro. Toda la parte ideológica y política iba hacia un futuro político, un futuro de justicia social, de socialismo. Ahora es como si el futuro no se pudiera ver, como si no se pudiera plantear el futuro más allá de lo personal. Hay una cuestión de individualismo que veo no solamente en lo personal de los chicos jóvenes ("yo hago la mía"), sino en una despreocupación o desentendimiento del signo que tenía en los '70 lo político. No podría ser de otra manera, porque una carga tan fuerte de muerte como la que hubo, tiene que volver como un *boomerang*. Esa descarga de politización, esa

descarga de ideología, aparecen como una reacción, no como una actitud espontánea. Las cosas no surgen de década en década porque sí, sino que vienen de un arrastre. Los chicos son tremendamente escépticos y sarcásticos. Yo tengo sobrinos de 20 años que son muy irónicos y crudos para ver la realidad, y creo que no se equivocan porque la propuesta de los '90 es bastante desesperanzadora.

Hay, sin embargo, algo que tal vez en los '70 no estaba: toda la cuestión que gira en torno a los medios, de la información demencial que se maneja. Creo que eso tiene que hacer un imaginario de *zapping*. Todo está homologado por la imagen televisiva que es plana. Entonces, guerra del golfo, muertes, noticieros, esa realidad transformada que es la noticia, esos *reality shows* que muestran que una señora está diciendo lo que le pasa,

pero finalmente pasa, y hay un partido de fútbol, y pasa, y hay muertos en Uganda, y pasa...

En una sociología de apuro y superficial, creo que los chicos han puesto en estos últimos años, en los recitales de rock una energía y una mística que antes se tenía en la política. Ahí veo un cambio. No es porque no pasara en los '70 donde también la música tenía mucho peso. Pero el tema de los recitales ahora, esas larguísimas colas, esos adolescentes, esas explosiones. Porejemplo, cuando esos chicos rompen todo porque la Coca-Cola no entregaba las entradas que les había prometido; esa es una energía que está circulando y se canaliza por lugares no siempre previsibles. No veo, sin embargo, un chico que pueda hacer un análisis de la realidad; su análisis es: "son todos corruptos". Y en esto los jóvenes tienen razón, por otra par-

te. Con respecto a la política son escépticos, y si no, tienen pequeños discursos, que son aprendidos, son discursos de los padres de los '70, una repetición de ciertas cosas que viene como resabio de los '70. Pero veo allí también una descarga de lo ideológico, de lo político, del sentido de ciertas palabras.

3. Si tuviera que dar una palabra, yo creo que esa es la descarga del sentido: en eso participa. Hay una descarga de sentido de la palabra trascendental: eso es el hoy.

¿Qué trae aparejada la democracia?, ¿qué es este modelo en que se nos quiere embarcar de la famosa economía global, o del neocapitalismo, y en el que estamos inmersos sin poder protestar? Pareciera que lo que se pudiera pensar ya no vale, es decir, no modifica nada. Tal vez eso sea tam-

bién una diferencia; en los '70 uno sentía que participaba de algo, que podía modificar, que tenía una salida, una trascendencia. Ahora el escepticismo viene del hecho de que estamos viviendo en democracia. El estado es el productor de una serie de consignas que los chicos han tomado. La democracia es una gran palabra, con la que estoy, obviamente, de acuerdo. Pero en qué sentido han tomado los chicos hoy esa palabra que es como si llenara todo y dejara posibilidades mínimas para el disenso. Este modelo, -quizá parezca "setentista" decirlo-, es un modelo donde hay ciudadanos de primera y ciudadanos de descarte; y hay una gran mayoría de gente que no entra en el modelo y que es gente que va a quedar fuera. El mismo sistema privilegia un saber que si se lo posee, si se tiene la suerte de poder adquirirlo, eso estará calificado

dentro de una rueda de producción y de demanda. Yo tengo un conocimiento de literatura, de semiótica, de escritura que quizá le sirva a un psicoanalista o a un político para hacer sus discursos. Hay una redistribución de los saberes; la gente que no pudo adquirir ningún saber y que se mantiene en el lugar de la producción manual, muy primitiva o primaria, esa es la gente que está quedándose afuera. Por otra parte, la Universidad estatal está siendo acorralada para fomentar las universidades privadas. "No vaya a la del Estado porque es mala, no hay bombitas, no hay nada, vaya a la privada que le van a dar a su hijo una buena educación". Y así es que la gente tiene esa consigna metida: "Ah no, yo me mato pero mando a mi hijo a una universidad privada". Cuando no es garantía de nada, es más, sabemos que las univer-

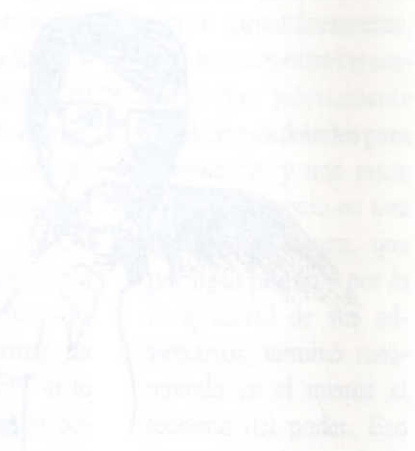
sidades privadas piden profesores al estado para jerarquizar sus cátedras. Este modelo es primariamente un modelo económico, esa cosa de primermundismo que tenemos, queremos parecernos todos al primer mundo, ese es el eslogan "esto es el primer mundo", eso que ya ha entrado, que entra por repetición.

Creo que, a pesar de todos los vaivenes y todos los avatares, hay algo que se sigue haciendo y que se llama literatura argentina. Se siguen escribiendo libros y, como en todas las épocas, habrá un sedazo por el que dentro de 30 o 40 años sabremos cuáles son los libros que habrán quedado. Pero hay una producción, hay una excelente pintura en la argentina, hay música, hay literatura. A veces los tiempos oscuros son propicios para pulir un estilo, para meterse hacia dentro y trabajar. Sin embargo,

cuesta mucho bajar la cortina y que la realidad no te perturbe. Uno no puede dejar de sentir hoy que está viviendo en un mundo bastante enloquecido.

Pero yo creo en las utopías, es inherente al ser humano plantearse un futuro, y el futuro y la utopía son lo mismo, aunque ahora parezca una palabra completamente en desuso e incluso desprestigiada, algo que plantea Bajtin como la carga y descarga del sentido en la historia de las palabras y en los discursos. Pero no sé si pasará algo con la barrera del 2000. En el 2001 tal vez se descubra otra vez el sentido de un hacia adelante, de la utopía, pero tenemos que pensar en un mundo mejor. Modestamente, después de tanta carga que hemos pasado, tanta cosa política equivocada, tanta cosa política no equivocada, me sigo interrogando: ¿hacia dónde va la historia?, y sigo

creyendo que va hacia un lado. Habría que tratar de revitalizar el término utopía, pero no utopía en el sentido "florido", sino en un sentido profundo de sentir que, o todos empezamos a pensar de una manera más humanista con una idea menos ego-céntrica, menos egoísta, o, si no hay un contrapeso, algo que vaya en otro sentido de dirección positiva, no habrá un futuro realmente. Pero más allá de estos grandes considerandos en el llano, y aquí y ahora, creo que cada uno tiene que hacer lo mejor posible, lo más honestamente posible, lo que hace. Más allá de eso es muy difícil ver.



LOS '70: UNA DIALECTICA DE ERRORES

Por Enrique Lacolla



1. Los años 70 representan un pivote en la historia argentina en el sentido de que en ellos confluyen la crisis social de los sectores medios y viejos problemas de identidad nacional, y consiguientemente de psicología política. Su combinación fue explosiva. Esa conflagración no redundó en una síntesis que superase las contradiccio-

nes que habían dado lugar a esa química devastadora, sino simplemente estableció un campo arrasado. Este campo es hoy nuestro lote, y si hemos de recoger los fragmentos dejados por la explosión para construir de nuevo, deberíamos hacerlo teniendo en cuenta la experiencia vivida; no solamente para reanudar los lazos con el pasa-

do, sino sobre todo, para no repetir sus errores.

Los desarrollos históricos argentinos se han caracterizado por la proclividad a una suerte de voluntarismo superficial, aunado a una inseguridad de fondo. Ello ha ido llevando a nuestros grupos rectores -burguesía rural, industrial o financiera, corporaciones armadas e "intelligentsia"- a adoptar alternativamente las creencias más dispares de importación extranjera para aplicarlas a una circunstancia nacional que ciertamente no puede ser ajena a su influencia, pero que requeriría ser sentida e interpretada en sus reales características, antes de practicar en ella la experiencia de los princi-

pios universales. La filosofía de las luces, el liberalismo, el socialismo, las tendencias fascizantes de cierto nacionalismo de los años 30; la militancia armada de las formaciones de la izquierda guerrillera; el anticomunismo de la guerra fría, y hoy la religión del mercado, han sido asumidos de acuerdo a un espíritu que suma el mimetismo de situaciones exteriores a una comprensión superficialmente autoritaria de la factibilidad de llevar sus principios a la práctica en este preciso punto del globo. Una idea exagerada de la potencialidad del país, aunada a la gran inseguridad de fondo respecto de lo que se cree estar creyendo, han redundado en una serie de experiencias inconcluyentes; inconcluyentes no en el sentido de no haber terminado-ningún proceso histórico fenece del todo, sin haberse enganchado con los desarrollos

sucesivos que ha engendrado en su propio seno, sino en el de no haber fijado pautas autocentradas y autoconscientes que promoviesen un movimiento continuado, provisto de una orientación firme para la construcción de una nación concebida como un conjunto gregario.

Sin embargo, por debajo de la efervescencia de las doctrinas ha discurrido siempre -o lo había hecho hasta el período que toma en cuenta este cuestionario- una lucha por la afirmación popular y democrática que se había ido abriendo camino entre muchos altibajos. Federalismo, radicalismo y peronismo fueron hitos en ese recorrido. En los '70 ese proceso ascendente tocó un pico y se quebró, por obra de sus propias limitaciones tanto como consecuencia de la represión devastadora que se desplomó desde arriba.

El proceso de ascenso popular se había pronunciado con la irrupción del peronismo, en los años 40; pero con él se abrió, simultáneamente, una escisión entre los sectores que teóricamente estaban más dotados para conducirlo, y una masa que se reconoció en una figura carismática, que por peso propio y por la incapacidad de sus adversarios, terminó resumiendo en sí misma el teorema del poder. Eso hizo su fuerza y su debilidad, y terminó sellando la derrota de su movimiento en 1955.

Desde la caída de Perón, gran parte de la juventud cuyos padres habían contribuido al derrocamiento del "tirano", emprendió su camino de Damasco y descubrió el peronismo. Su aporte fue decisivo para devolverlo al poder, pero no para iluminar su camino. Movimiento de corte bonapartista, que resumía -sin

resolverlas-las contradicciones sociales de un país incierto respecto del rumbo que había de adoptar para ponerse a la altura de sus aspiraciones, el peronismo se convirtió por un momento en el referente principal para amplios sectores de la pequeña burguesía universitaria. Fue esa juventud radicalizada de clase media, capturada por la imagen multitudinaria del más profundo de los movimientos populares argentinos e imantada asimismo por el ejemplo de la revolución cubana, lo que impulsó un ascenso popular que integraba a la clase obrera y que había de corporizarse en las masivas victorias electorales de abril y setiembre de 1973.

Pero esa pequeña burguesía radicalizada no estaba en condiciones de percibir la complejidad del escenario sobre el que estaba actuando. No alcanzaba a comprender la

psicología de un proletariado al que mitificaba como sujeto histórico de una revolución niveladora, cuando en realidad se trataba de un conglomerado ciertamente deseoso de mejorar sus condiciones de vida; pero que se encontraba ya, en términos generales, asimilado a las pautas de la clase media, como sucedía y sucede en todo el mundo. Pretender "robarle" a la cúpula del peronismo y en primer lugar al propio Perón, las bases de sustentación en las que se apoyaban, para imbuir a éstas de un igualitarismo imprecisamente formulado, era como querer robar a esa base la imagen que se hacía de sí misma...

La clase media doctrinaria no advertía, por otra parte, que los temas fundamentales de la sociedad argentina pasaban por la recalificación del Estado en un escenario que requería de

un nuevo pacto social, antes que por la demolición de ese Estado para crear otro nuevo. Un Estado nuevo requiere de componentes sociales provistos de peso propio, de clases emergentes dispuestas a reemplazar a las que están en el control; clases provistas de voluntad de poder. En la Argentina de los '70 no las había, fuera de los sectores militantes y de una pequeña porción de su auditorio pequeño burgués; o de unas Fuerzas Armadas provenientes también en su mayor parte de la clase media, pero cuyo acostumbramiento a inmiscuirse en política no las había hecho más clarividentes que sus opositores de izquierda respecto a la naturaleza de sus cometidos y al alcance de sus posibilidades para manejar la cosa pública.

Los años setenta van a contemplar el choque prácticamente ciego de estas dos tendencias,

incapaces de comprender sus propios límites, o de autosituarse en un contexto determinado por las realidades geoestratégicas que involucraban al país. El ataque de la guerrilla a la clase empresaria, al sindicalismo pacifista, y a las Fuerzas Armadas como conjunto, soldó a éstas últimas en un bloque, excitando su atavismo anticomunista e imbuyéndolas de un pánico que se resolvió en una sobre-reacción desmesurada. Los sueños de omnipotencia que las FF.AA. habían acariciado durante sus anteriores tutelajes del Estado, sumados a la percepción que no estaba equivocada en el sentido de que la mayor parte de la sociedad, haviéndose desordenado, requería explícita o tácitamente de su intervención para controlar el caos, precipitó al país en la pesadilla del Proceso. Este, amén de liquidar el movimiento guerrillero

(en una "guerra sucia" que rápidamente se transformó en una cacería humana), sirvió de idiota útil en un proceso de desestructuración económica que abrió la puerta a la progresiva desnacionalización del aparato productivo y a la creciente indefensión social de los sectores populares, que habrían de encontrar su remate en la gestión Menem, encargada de darle la puntilla operando desde adentro de las estructuras supervivientes del que había sido el mayor movimiento popular argentino del siglo XX.

A principios de los '80 la función del Proceso estaba agotada a ojos de quienes ya estaban preparando el mapa del nuevo orden mundial. Los tiriteros entre bastidores buscaban una alternativa más presentable que la dictadura. Los militares, más o menos conscientes de esta situación, buscaron una salida que los re-

conciliase con la opinión pública en una empresa bélica, la de Malvinas, que estaba legitimada por el sentir nacional respecto de la integridad territorial, pero que no tomaba en cuenta para nada el peso específico que tenía el país en el concierto mundial. El resultado fue un fracaso cuyas consecuencias materiales y psicológicas todavía estamos pagando, y el cierre de una parábola que tuvo una catástrofe interna en su origen, y una derrota internacional en su remate.

2. Si participan en algo, es más bien de una manera negativa, cuando no peligrosa. El imaginario de los '70 influye en el de los '90 en la medida que lo paraliza de terror, cuando no lo alimenta de ficciones peligrosas, que nos hablan -en un tono marcadamente sentimental y maniqueo- de víctimas y verdugos. La reali-

dad, como hemos señalado someramente, es más compleja. Es preciso luchar contra el simplismo de cierto progresismo que propende a encerrarse en la indignación moral sin tomar en cuenta la naturaleza de las circunstancias que precipitaron los hechos en los '70. La bestialidad de la represión, la cobardía histórica que supuso la misma, en la medida que se la practicó en forma indiscriminada, clandestina y sin asumir la responsabilidad de lo que se hacía, supusieron la destrucción moral de las Fuerzas Armadas, antes de que se verificase su virtual abolición material, después de la restauración del sistema constitucional; pero no disimula ni justifica la frivolidad del intento de copamiento del Estado por las formaciones armadas de la ultraizquierda.

No hay gran cosa que rescatar para su enunciación, de la mala fiebre

de esos años. El asalto que el "foquismo" y la guerrilla urbana pretendieron efectuar contra el Estado, redundó en su exterminio a la vez que en la destrucción del Estado, demasiado débil y servido por una clase política incapaz de hacer frente a la situación, debido a su propia inconsistencia y a su largo concubinato con el poder castrense.

Seguramente hay que prestar atención al ímpetu juvenil que hubo en los emprendimientos de esos años, pero incluso habría que poner éste en relación con la incapacidad para ponderar la realidad que se manifestó en muchos componentes de las generaciones que allí jugaron su destino. Hay un romanticismo que surge de la sensibilidad desgarrada frente a las cosas, del deseo de trascendencia que se busca a través del amor, el arte, la revolución o la aventura; se trata de un romanticis-

mo al que hay que superar para resolverlo en una especie de sabiduría, o por el cual se puede incluso llegar a sucumbir; pero que responde a motivaciones profundas o a los dictados de un subsuelo social explosivo, que impone a los mejores darle voz al grito ahogado de los oprimidos. Pero hay también un romanticismo caprichoso, que se confunde con la afirmación narcisista de la adolescencia, que no deja huella si se sobrevive a él; y que es susceptible de ser manipulado. Hubo más del segundo que del primero en los '70, lo que no le ahorró el precio atroz que hubo de pagar por tanta ingenuidad. Nunca la frivolidad costó tan cara.

3. Veinte años después es preciso retomar el análisis descarnado de los crímenes cometidos (de los crímenes físicos y de los crímenes intelectuales,

como el auténtico asesinato de la inteligencia que se consumó entre las dos fuerzas que se embistieron estúpida más que ciegamente). Es necesario recuperar cierta capacidad de entusiasmo que se percibía por esos días; pero poniéndola en relación con la comprensión de la realidad y con la certeza de la necesidad de asumir un esfuerzo a fondo, que no se fije metas próximas sino caminos, orientaciones generales hacia un objetivo que se presiente como grande, autónomo, nacional, popular y latinoamericano, pero al que sólo se le podrá ir dando forma sobre la marcha.

Ese análisis es lo único que podrá hacer a los '70 un capítulo que en definitiva aporte algo positivo a la historia argentina. Los errores deben servir, al menos, para aprender a no repetirlos.

(Noviembre de 1995)

LA AUSENCIA QUE NO CESA

Por María Elena Legaz

tento por diseñar algunas imágenes de los dos setenta: los años anteriores a 1976 y todo lo que arrastra consigo el golpe del 24 de marzo.

Los comienzos de la década se viven como una escena que continúa la dimensión utópica de los sesenta latinoamericanos: "la nueva solidaridad", "el poder joven", "la independencia cultural", "la liberación"... La combatividad popular y la emergencia de grupos armados, inscriben a la violencia en una voluntad de transformar la sociedad, cambiar la historia, explorar "las posibilidades laterales de la realidad", función que Raymond Ruyer otorga a las utopías. Entre nosotros, la resistencia pero-

Al pensar hacia atrás, hacia veinte años atrás, nos sumergimos en la historia y también en el recuerdo personal. La historia es susceptible de ser contemplada y juzgada desde cierta objetividad, salvo cuando el recuerdo personal se impone con fuerza extrema. Entonces, la historia deviene, no un paisaje en el que se recorta la autobiografía, sino

episodios de esa misma autobiografía.

Los setenta en el recuerdo personal representan el desgarramiento de la plenitud, la ausencia que no cesa, la lágrima que sigue rodando. Ese "dolorido sentir" monopoliza todas las visiones y configura un imaginario privado e intransferible.

A partir de tal límite puede hacerse el in-

nista prepara el operativo de la vuelta del Líder, desde su exilio. Aunque el regreso tantos años ansiado por la militancia culmina con las matanzas de Ezeiza que descarnan las dispares líneas configuradoras del movimiento, al mismo tiempo produce un corto período de euforia entre 1973 y 1974, en que parece encauzarse el consenso en un modelo populista liderado por el peronismo. La lucha por la sucesión de Perón, después de su muerte, precipita una desenfrenada decadencia que culmina en el Proceso.

Percibida desde un espacio de adhesión no ortodoxo al peronismo, la visión de la etapa se enmarca en lo que los historiadores franceses llaman "la duración corta" en relación a los procesos históricos, o sea detenerse en el dominio del acontecimiento. En este caso se relega así la perspectiva de la "duración larga",

por la que esos sucesos singulares deben verse insertos en los grandes ritmos que imperceptiblemente en un comienzo, van creando estructuras y condicionando a la sociedad. En esa duración larga la interrupción del ordenamiento constitucional de 1976, repetición de otros planteos a partir de 1930, responde a un proyecto de hegemonía y dominio de complejas fuerzas cuyo Poder muestra diversos rostros. Si bien algunos se presentan chillones y obscenos como el de entonces, antes y después se cubren con las máscaras más adecuadas a la situación y a la oportunidad, a la fuerza o la debilidad de los pueblos. El vértigo de los sucesos, protagonizados por masas de hombres ilusionados, nos hacen descuidar en la persistencia de la sospecha de que, desde adentro y desde afuera, avanza una trama dema-

siado firme para ser doblegada.

Esos segundos años 70 desnudan el gesto de la persecución ideológica y la represión generalizada. Ni los encarcelamientos políticos, ni los secuestros, ni los fusilamientos, torturas o quemaduras de libros, son nuevos en la historia universal o en nuestra historia, pero en cambio, una inédita tecnología del castigo define lo que persistirá en el imaginario popular, incluso en los 90, como visibilidad máxima: los cuerpos perdidos. Imaginarios recorridos de cuerpos ausentes, figuras extrañas en el final del itinerario entre el nacer y el morir, ambigüedad del suceder, versiones, secretos territorios. Tortura máxima: los nombres flotando en el vacío. Benjamín señala que el carácter destructivo sólo conoce una consigna: hacer sitio; una actividad: despejar. Su resultado es el Desierto.

Ese Desierto se asemeja a un paisaje normal con sus muchedumbres, sus movimientos, sus mundiales de fútbol, sus desfiles y festivales... Sólo faltan unos miles de cuerpos que mucho después serán reemplazados por unos miles de fotografías borrosas enarboladas como estandartes.

¿Qué lugar ocupa la palabra en ese espejismo de país? También la palabra se halla bajo sospecha, sometida a prueba, reducida a su costado teatral (simulacro), a un murmullo que fluye en la incertidumbre, desde los espacios marginales, o simplemente condenada al silencio. Parece responder a la reflexión de Kafka: "Las cosas ya no son y las palabras ya no dicen qué son", es decir, se vuelven incapaces de nombrar.

Quizás se debería hablar de literatura, de la disgregación del frente entre Vanguardias y Re-

volución, de la ausencia de un instrumento estético para la cultura "socialista" o la cultura "peronista" proyectadas, de la crisis entre literatura y política, literatura y Estado, de la polémica entre los intelectuales con apoyo crítico y sin militancia, y los de apoyo militante, las estrategias con que la literatura se disfraza para intentar nombrar o aludir, la problemática de literatura y exilio más tarde. Quizás se espere que aquí se hable de literatura. Si bien la literatura de los setenta asume también sus formas de resistencia, y carga con cuerpos torturados y perdidos entre sus escritores, privilegiar este campo de análisis implicaría haber renunciado al derecho de hablar desde la desnudez de la persona, de la mujer, de una integrante del pueblo argentino.

Veinte años después, se ha recuperado la

democracia con todo lo que significa como valor, si bien sus limitaciones actuales, su invalidez y fragilidad nos ponen en estado de alerta sobre las simulaciones y ropajes que travestizan a las fuerzas disgregadoras. Esta vez no hay que descuidar la visión de la "duración larga" aunque la democracia deslumbre en el acontecimiento. Los cuerpos hoy no desaparecen, pero resultan castigados y lacerados por la indigencia, la pobreza y el abandono, humillados por la ausencia de justicia. Las fotografías, imágenes de los cuerpos reclamados, continúan en los estandartes y las demandas que recorren calles y plazas incluyen ahora a los olvidados de Malvinas y a quienes integran las filas de los desocupados sin remedio o a los que son objeto de diversas discriminaciones. La violencia sigue latente pero ya no se encausa

hacia la solidaridad, estalla individualmente.

Casi medio siglo atrás, Karl Mannheim menciona sus reservas frente a la aparente falta de tensión del mundo de su época, observando que existen estratos cuyas aspiraciones no se han cumplido, ya que la utopía moderna es para él la conjunción de un ideal trascendente y la rebelión de una clase oprimida. Cree que la desaparición completa del elemento utópico de la acción y el pensamiento humanos, significaría que la naturaleza y el desarrollo tomarían un carácter enteramente nuevo. Una sociedad pragmática sin utopías sería una sociedad sin metas, una sociedad que elimina todo proyecto colectivo de futuro, que ha perdido el sentido de Totalidad en un sólido horizonte distópico.

El impulso utópico de los sesenta y los setenta, la pasión carga-

da de sacralidad por cambiar la historia, queda atrás; a lo sumo la memoria -en quienes hacen ese sano ejercicio de recordar- los convierte en mitos. Pero en la mayoría de los casos prevalecen nuevos mitos, representaciones, *camouflages* en el vacío, sedimentación residual.

Aún en este paisaje -otra forma de páramo- se puede tener fe en la palabra. Una de sus fuerzas reside en concebir utopías de lenguaje, si bien la escritura no parece inmunizada de los peligros de la manipulación del Poder. Rafael Argullol habla de la "escritura del acecho" que no puede autodenominarse "creadora de mundos" ni tampoco refugiarse en el silencio y el olvido como una suerte de sacrificial solipsismo. En cambio, tiene la posibilidad de volverse "intempestiva" para ser, anclada por el peso de su propia búsqueda, "contracorriente".

Fe en una palabra intempestiva, una forma de resistir a la desesperanza.

LA COMPULSIÓN DE CONTAR

Por Fernando López



Ustedes comprenderán que en estas páginas no hable -casi- de Literatura. En aquellos años, nos ganaba la sensación de que éramos todos revolucionarios. Los militantes y los otros. No admitíamos que alguien pudiera vivir en un país como el nuestro -que era decir América y decir Cuba y del otro lado Estados Unidos con su poli-

tica imperialista- sin sentir la necesidad de exponer públicamente la oposición a un modelo capitalista que producía miseria, dolor y muerte en las regiones excéntricas. No nos permitíamos tolerar que los Estados Unidos masacraran y torturaran al pueblo de Vietnam y adheríamos fervorosamente al Tribunal de conciencia encabezado

por Bertrand Russell y Jean Paul Sartre. No aceptábamos la explicación de que las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki habían detenido la guerra antes de tiempo y salvado vidas humanas -de los aliados-. Y no aceptábamos la desaparición forzada de personas, método empleado en nuestro país por las Juntas Militares, pero usado también en otros países, por el solo delito de opinión.

La experiencia mía se adecuaba fácilmente a la de cualquier adolescente de la época. En 1966, a pocos meses de egresar del Liceo Militar General Paz -donde fui compañero de Fernando Vaca Narvaja, Juan Schiaretty y Antonio María Hernán-

dez, por citar algunos referentes- se produjo el golpe militar de Onganía contra el gobierno radical de Arturo Illia. Tenía 18 años y la certeza de que en las próximas elecciones podría, por fin, elegir a mis gobernantes. Vaya uno a saber cómo hubiera sido la situación si el régimen de Onganía no clausuraba los canales de expresión de una juventud impresionada por el fenómeno cubano, la derrota de EE.UU. en Vietnam y la explosión de las letras de América en el mundo. Comenzó la revuelta de los estudiantes, la revuelta de los sindicatos con Agustín Tosco a la cabeza, los levantamientos populares como el Cordobazo, y, en 1969, la lucha armada de las organizaciones clandestinas, cuya primera expresión había sido la de Méndez y Jouvét durante la presidencia de Illia. Había diferencias ideológicas y políticas, pero es-

tábamos decididos a producir un cambio profundo en las estructuras sociales, económicas y políticas sin reparar en el esfuerzo que fuera necesario. Como estaban clausurados los canales democráticos de opinión, la lucha contra cada una de las sucesivas dictaduras militares encontraba como únicas opciones las movilizaciones populares, y el enfrentamiento armado a los feroces aparatos de la represión. Los partidos políticos tradicionalmente populares - UCR, PJ, PS, PC- no proponían una estrategia de enfrentamiento a la dictadura, limitándose a reclamar espacios formales de discusión que la clase dominante no estaba dispuesta a conceder. La CGT, paralizada por enfrentamientos internos y con una clara voluntad de negociar con las dictaduras, se vio rebasada por organizaciones obreras de base, de formación cla-

sista revolucionaria. La idea de revolución era en serio, como lo fue la respuesta de los sectores que no estaban dispuestos a renunciar a sus privilegios. El único diálogo posible, como estaban planteadas las cosas, era el de las armas.

Cierto es que el modelo de la Revolución Soviética había envejecido, y muy otra hubiera sido la historia si la "teoría del foco" no hubiera sido enunciada. La revolución cubana, crecida como una fistula en el intestino del imperio, produjo el fenómeno inusual de que se hablara de América en voz alta en todos los rincones del planeta. Todavía hoy las salidas de Fidel movilizan a los periodistas, a los estudiantes, a los simples curiosos que quieren ver de cerca al único americano que los EE.UU. no han podido derrocar. Su figura seduce sin distinción de ideologías con sólo exhibir los índices de

mortalidad infantil, sus logros en educación, en medicina, en capacidad de sobrevivencia a pesar del bloqueo. Y también por su poder omnímodo, por su locuacidad -habla de la guerra de Malvinas, del neorrealismo o del besugo a la vasca con singular encanto y conocimiento-. Ello no significa que su modelo económico y político, bastante más heterodoxo que hace treinta años, ofrezca garantías de supervivencia. Es un dinosaurio cuya capacidad para convertirse en pájaro todavía está por verse, aunque la leyenda del Fénix sigue viva.

En lo personal, toda mi producción literaria está marcada a fuego por la Historia que viví. Desde *El mejor enemigo* que *Arde aún sobre los años*, hasta el último de mis cuentos. Recuerdo dos circunstancias que me condujeron a iniciarme en la narrativa: el deslumbramiento ante las histo-

rias contadas por otros, y la necesidad de contar lo que vivía. No era bien visto que un militante perdiera tiempo escribiendo, pero la compulsión era enorme. Algo me decía que todo el esfuerzo militante estaba destinado al fracaso, y así, escondiendo los papeles para salvarlos de los fuegos de Bradbury, comencé a escribir, sin tener plena conciencia de lo mucho que tenía que aprender.

Pasaron, por lo menos, veinticinco años. El "fin de las ideologías", que acompaña filosóficamente el avance arrollador de las tecnologías de punta, no parece adecuada para explicar la historia de este siglo. Una noticia estremecedora prolijamente desmentida hace unos años, cobra fuerza a partir de recientes investigaciones: se atribuye la aparición del virus del Sida a un experimento secreto de guerra biológica. Se ha estable-

cido que la División Guerra Biológica (BW) del Departamento de Defensa de EE.UU. solicitó fondos en 1969, y los obtuvo, "para desarrollar una nueva enfermedad". El arma biológica, identificada como HTLV3, fue diseminada mediante programas de vacunación masiva de la OMS y a través de la contaminación de bancos de sangre. La aparición del virus en África y en Haití, según el London Times, coincidió con campañas antivariolíticas, y se ha establecido que una de las metas de los biotecnólogos militares de la BW consistía en desarrollar armas étnicas que tuvieran mayor impacto en grupos raciales determinados. También se comprobó que la epidemia de Sida estalló en las tres ciudades con mayor concentración de homosexuales de EE.UU., incluso antes que en África y Haití. Esta noticia me lle-

vó a reflexionar que necesariamente hay culpables que deben ser identificados y condenados - desde el presidente que aprobó los fondos para abajo- como lo fueron los criminales nazis y las juntas militares argentinas, y no contentarnos con saber que la ideología capitalista es monstruosa o con pedir un tribunal de conciencia que produzca solamente una condena moral. Los memoriosos dirán que los fuegos soñados por Ray Bradbury comenzaron con Dioclesiano ante la biblioteca de Alejandria y siguieron hasta la Argentina de Videla, y los cipayos de las democracias modernas seguirán diciéndolo que siempre hubo pobres en el mundo. En lo personal, me resisto a aceptar como modelo una sociedad gobernada por enfermos mentales cuyo diagnóstico más optimista es la destrucción de todas las especies.



PENSANDO EN LOS 70

Gustavo Nielsen



no creía absolutamente en nada. Mi segundo año fue crucial. Saqué una parva de amonestaciones por boludeces, hasta que probaron rematarme con lo que el hermano Ricardo llamaba una "traición". Esa era la palabra que usaba él, hoy bien muerto de cáncer, pasando sus últimos minutos solo, podridísimo en su cama con olor a muerte.

Las primeras quince amonestaciones de ese año fueron por un poema, dedicado a uno de esos curitas tan delicados que entran al baño de las damas en lugar de ir al de los muchachos, y usan su sotana como una maxifalda. Era una versión libre de "Caupolicán", retitulada "Cauchoripán"; algo li-

Soy casi ateo por haber ido, durante los 70, algunos años a un colegio de curas de Morón. El "casi" hace sonar risible mi ateísmo y corre el peligro de convertirme, junto con el resto de la frase, en un creyente que no concluyó su aprendizaje de los Testamentos. Pero no, soy "casi" ateo porque cuando crecí fui tratando de aferrarme a algo,

intentando olvidarme lo aprendido con aquellos mierdas de sotanas. Porque salí de ese colegio convertido al ateísmo más combativo, sangriento, con un escepticismo empapado del peor de los sacrilegios.

Tengo 33 años, la edad apropiada para calzar una corona de espinas. En el 77 cursaba 3er. año del secundario, y ya

terariamente sublime. El curi era empalado con vitores y pedía más, convirtiendo la agonía del indio en el justo orgasmo del pollerudo. Al hermano que cubría el protagonista, en el fondo de su putazgo histérico, le parecían pocas esas quince, pero se quedó con las ganas de echarme. Después me saqué otras cinco por estar despeinado. Y el gran Ricardo, dios entre los hermanos de María, fue el encargado de dar el toque final.

Este amigo de los adolescentes daba mecánografía usando un sistema de ejercicios verdaderamente complejos, con los que nadie llegaba al siete a fin de mes, a menos que se trucharan las notas. La puesta de los puntajes la hacíamos nosotros mismos, con el modo de la autocorrección. Cada uno le medía los errores y los ejercicios al de enfrente, y ese lo hacía con uno. La

mentira en la nota era obvia, siendo la única forma de llegar al mínimo. El parecía hacer la vista gorda, simpáticamente. Yo le corregía a Peralta, que sacó ocho, y Peralta a mí, que saqué, también, ocho. Entonces el cura pidió revisión. Dijo que esperaba que no hubiéramos traicionado su honestidad y la amistad que con tanta dedicación y paciencia cristiana había "regado" por nosotros. A ver cómo le habíamos pagado su sinceridad. Revisó una por una cada carpeta, y aplicó amonestaciones colectivas. Todos lo habíamos traicionado, todos éramos indignos de su fe. Nos tuvimos que confesar, pedirle perdón. Nos sentimos realmente los traidores que él, con 60 o 70 años, nos inoculaba en las personalidades, como drogas. Todos los años le tendía la misma cama a sus alumnos. Todos los benditos años, un bloque

de pibes terminaba su segundo año bajoneado, sintiéndose un asco. Cada año que pasó después, como si le tiráramos pequeños darditos envenenados, cientos de grandes le fuimos devolviendo su mala onda a puteada pura, a malos recuerdos, a decir "¿te acordás qué hijo de puta era ese tipo?". Así le fuimos formando de a poquito el merecido estanque de células malignas, para al fin verlo reventar como el más porfiado de los sapos. Cada año después de ese, muchos pibes que pasaron por estas clases inolvidables, comenzamos a desconfiar del prójimo, de todo, de nosotros mismos.

Como pasaba las 25 amonestaciones, el colegio decidió que iba a deshacerse de mí. El putito estaba hecha una loca de alegría. A último momento me salvaron las palabras y los dibujos. En esa semana había ganado mi primer premio en un

concurso de cuentos de afuera del colegio, en el que participaban escritores conocidos, y también gané el diseño del poster de no sé qué "catzo" papal, en un torneo intercolegial. Los curas, formados en comité "echativo", coincidieron que no podían dejar afuera al que los hacía figurar en los diarios. Particularmente porque había vendido a los del Champagnat, que era el marista del centro. Encima que no sacaban ningún seminarista, iban a rajar a los pocos intelectuales que pudimos conseguir. Recibí mis premios y me callé la boca. Me había salvado.

En casa opinaban que la culpa era mía -cero en conducta, como dice Bart- y que tenía un año, el siguiente, para demostrar que podía pasarlo sin sacar amonestaciones. Después de tamaña prueba si, si quería, podía volar a uno del estado. En la

aceptación desganada de estas cláusulas perdí el año 1977, esforzado hasta la rabia en bancarme cualquier cosa. Esos tipos son lo más parecido a la histeria. Claro, qué otra cosa se puede esperar de una colectividad liderada por una virgen que tuvo un hijo manteniendo su himen intacto. Más *freak* no hay. Deben tener el cerebro hecho mierda para aceptar semejante pelotudez, y poner esa mentira como bandera de su credo. La prefiero de líder a Madonna, me parece menos hipócrita. Por lo menos no se las da de no haber descruzado nunca las piernas.

Ese año, casi ni me pajeé. Fui a misa todas las veces, miles e insoportables. Soporté los comentarios más humillantes; esperé. Cientos de noches soñaba con un Cristo clavado de pecho a la cruz, al que le metía un palo con punta en el culo. El Cristo sangraba, difi-

cultosamente giraba su cabeza para pedirme basta, y era el hermano Gregorio, o el hermano Horacio. Esas noches, mis sábanas cosechaban involuntariamente el semen que mi mano derecha, en una santificación del comportamiento, se negaba a extraer cuando me daban ganas. Quería ser el más puro, el más limpio, para poder afrontar ese año difícil, pero mi interior se rebelaba y salía a cazarlos como a moscas verdes. Y terminaba ahorrándolos en sus propios rosarios.

Así estaban las cosas. Así llegué al último día de clases con el expediente limpio, habiendo cumplido mi promesa imbecil, cuando me llamaron a la dirección. Era Santiago, un celador tan maligno que merecía ser cura. Flaco, deportivo y con la sonrisa invertida. Me dijo que me sentara. Que había aparecido un parte con tres amonesta-

ciones y no sabía de cuándo, ni de quién era, pero estaba a mi nombre. Que no reconocía la firma, pero apoyaba aquella sanción, aunque no supiera cuál era. Que seguro había hecho algo de lo que yo tampoco me acordaría. Le dije que no podía ser, y él se rió para abajo. Debía traerla firmada al otro día, por mi padre, para que me entregaran el boletín. Todo el trabajo de ese año había sido inútil. Comencé a lagrimear lento, temblando, con el papel entre las manos. Entonces Santi me empezó a gritar que era un maricón, que sólo por eso me merecía el parte, porque estaba en un colegio de varones. Salí a la calle como al suicidio. Era el último día de clases. No iba a volver así nomás a casa.

Esperé a que se fuera. Se hizo de noche. "Tres era el número de las amonestaciones; antes de tres cuerdas lo bajo", pensé. Partí una

baldosa. Parte, partí, partida la cara. Le toqué un hombro; se dio vuelta. Fueron cuatro golpes sacados de adentro de mis tripas. Al segundo cayó al piso; el tercero le di sobre la oreja izquierda y fue el más débil; el cuarto martillazo le hizo retumbar la cabeza contra la vereda. Toqué su cara empapada y salí corriendo. Estaba libre.

A la otra mañana fui con mi madre a buscar el boletín. Se sabía que había pasado algo, pero nadie desconfiaba de mí. El episodio hizo que se olvidaran del parte. Salí sonriendo. El tipo estaba internado.

Pasaron los años y nunca sentí culpa. "Ojalá se haya muerto", pensé, mil veces. Cuando hablábamos con mi amigo Quico de esto, él siempre me decía "qué bestia".

En el ochenta murió Quico, de una enfer-

medad que lo borró en seis meses. La madre nos pidió al grupo que fuéramos a la misa, en la Catedral de Morón. Yo iba a explicarle que las iglesias me daban náusea, y que no había ningún motivo para hacerme entrar a una, ni siquiera el alma de un amigo muerto. Pero las palabras no me salieron, y esa noche fui a encontrarme con ella, que me tomó del brazo y me introdujo en la nave. Pasé el umbral con los ojos cerrados, mientras imaginaba que la cara se me cubría instantáneamente de pústulas, y los intestinos se me desenrollaban saliéndome por la boca y por el calzoncillo, buscando el ruedo de mis pantalones. Todos esos bancos, esos objetos dorados, esas imágenes, esa cruz. Esos zombies de blanco danzando alrededor del altar, una nueva promoción de hermanitos brincantes, con sahumeros colgando de

sus cuellos, y campanas. Todo tan bobo. Tan justo, como escenario, para verlo. Tal vez habría ido al seminario, hecho votos o algo por el estilo, porque andaba humeando sándalo, brillante. Con un siete en la frente que se extendía hacia el pelo en forma de ranura de alcanfía. Algo suturado y marrón. Las miradas se nos cruzaron y yo sentí que me reconocía. "Tranquilo", dije. "¿Te pasa algo?", dijo la mamá de Quico. "Nada".

A la salida me siguió. Bajábamos las escaleras y su mano, surgiendo entre las puntillas de una manga de algodón, me atajó por el hombro. Apreté los puños y los dientes antes de darme vuelta. El teatro de la Catedral armaba un telón oscuro, de piedra. Daban ganas de explicarle que no había sido con una de esas piedras, que nada que ver con Pedro, con San Pedro, el fundador de la

iglesia. Que había sido con una baldosa de la calle, con algo ordinario, sin santificar. Una calcárea, tipo vainilla. "Qué linda marca", daban ganas de decirle. Pero él se adelantó. Abrió la boca limpia, con dientes limpios. ¿Las palomas de la plaza se soltaron en estampida, o este es un detalle que inventé para hacerlo más cursi, más de película de cuarta?

- Te perdono -dijo.

Su confesión me madrugó. No imaginaba que supiera que había sido yo. Siempre me expliqué el que no me hubiera denunciado con mis padres o con la policía, como un anonimato que me dio la oscuridad de aquella noche, la ceguera inmediata de la sangre cubriéndole los ojos, su beso pegado a la vereda.

- Te perdono -repetió.

¿De qué mierda de cachetada ancestral me estaba exhibiendo su otra

mejilla? ¿Qué lo habría llevado a no hablar durante tanto tiempo? ¿Habría interpretado con su pánico que si un chico de 15 años puede querer matarlo, la culpa es del que lo está educando, del que lo provocó; o sería miedo a que le volviera a pegar, caca pura de bebé en su taparrabos, haciendo un santo cagario en sus pantalones de ortiva?

-Yo no -le dije.

Quitó su mano con violencia de encima de mi hombro y agregué, cortante:

-La concha de tu madre.

LA CRITICA COMO ARMA

Por Jorge Panesi



Pienso la década del setenta como crítico literario. Lo que equivale a decir que los procesos que me interesan ni se interrumpen ni continúan según las décadas. Por la sencilla razón de que ningún tiempo, ningún decenio o momento coincide punto por punto consigo mismo. Escribí sobre ese período particular de la crítica argentina cuando las condiciones me permitieron hacerlo (la interrupción de la dictadura militar); como resultado, una amiga, también crítica literaria y participante protagónica del optimismo teórico de los setenta, se irritó: "eso (*'La crítica literaria argentina y el discurso de la dependencia'*) está escrito desde ningún lugar". Precisa-

mente, ese no lugar fue, a partir de 1976, el de la crítica argentina. Una trinchera silenciosa. No hay nada más parecido al paisaje institucional académico que el de las trincheras. Y hacia 1970, los intelectuales combatientes despreciaban el campo de batalla universitario al mismo tiempo que lo deseaban. Pero no hay nada mejor para la crítica

que el estado de descolocación que se experimentaba en los años setenta. Hoy todos los críticos literarios están en el lugar que supuestamente les corresponde, se han asentado, se han "colocado", y a lo sumo se permiten la nostalgia culposa y la autocritica con sabor de boleros arrepentidos. Salvo los tozudos, aquellos críticos que nunca están

en el lugar que se espera de ellos y que jamás coincidirán del todo con el tiempo administrado de las décadas o las instituciones, aquellos críticos que no son, como los "buenos" académicos, "administradores" de la cultura. Por ejemplo, David Viñas.

Desconfío del término operativo "imaginario social" (bastante corriente en los estudios culturales), como para suponer que se transmite de padres a hijos o de tíos a sobrinos. Si hay un imaginario de los años setenta, los hijos o los sobrinos tienen la obligación de aniquilarlo, aunque más no sea como saldo de una deuda impensada. El pensamiento construye por demoliciones obligadas y ocupa los lugares vacíos, no necesariamente los vacíos de las décadas anteriores. De todos modos, una cultura que se piensa a sí misma como fundamentalmente "teórica" y

que políticamente traza en la teoría lo que las imposibilidades de la práctica le vedan (pienso aquí en los románticos del '37, en Alberdi), anudó hacia 1970 la convicción de que la teoría literaria (y que la teoría en general) equivalía siempre a la continuación de la política por idénticos medios. Se sigue creyendo lo mismo, pero las *ilusiones* que entonces la política izquierdista permitía (la borradura o la difuminación de las fronteras entre los objetos culturales y la acción política) se han convertido en *acciones* teórico-críticas dentro de las instituciones: los teórico-políticos se transformaron en técnicos especialistas de la cultura, muy a menudo al servicio de los mismos intereses particulares o comerciales que otrora combatían con encarnizamiento. Participamos más o menos acriticamente de lo que

antes denunciábamos con todo el poder de la crítica bajo el nombre de "imperialismo": esto es, la norteamericanización generalizada de instituciones, modos de vida y mecanismos de discusión.

Se veía a la teoría como un arma, pero no se alcanzaba a percibir el supremo voluntarismo del poderío imperial que la teoría implicaba. La descolocación institucional de algunos permitió, sin embargo, ensayos teóricos de alcance insospechado: la indagación crítica de la cultura popular y masiva como imperativo de un programa político general; dentro del fervor teórico dominante, el comienzo de la aventura lacaniana por canales laterales de difusión; en otro plano, los ensayos político-teóricos no convencionales dentro de las instituciones de salud mental. En la literatura, la pasión teórica de algunos practicantes produjo textos que

contienen todo el sabor de la época (la mixtura indiscernible entre discurso literario y elaboración teórica): la revista *Los libros*, textos como *El Fiord*, *El frasquito*, y ya como balance postrero, la novela *Respiración artificial*. Pero esa mixtura con sabor epocal, sin ser la misma, continuaba el *élan* borgeano que había convertido la especulación teórico-crítica sobre la literatura en una rama de la ficción literaria. No sé si hay un imaginario de los años setenta, pero sí una *creencia*: la creencia en la teoría.

Si, como en el caso de Perlongher (ya en la década de los 80), la creencia en la teoría se mantiene con el pleno derecho a esa autoafectación que se llama ironía, esto quiere decir que en vez de ser una fe devaluada, se ha convertido en un discurso teológico dispuesto a la revisión crítica permanente de su cate-

cismo. Lo mejor que puede pasarle a la fe es que se permee en otras esferas y que carezca de iglesias sistemáticas.

Creo que en los años setenta los intelectuales que todavía mesiánicamente se creían tutores representativos de las masas populares ya habían comenzado a experimentar, en la culminación de su euforia participativa, el regusto casi indecente de un aislamiento que el exterminio y la persecución sólo podían acentuar.

DE LA ESPERANZA HIPERBOLICA A LA SOSPECHA

Por Eduardo Peñafort

larizar y contextualizar la narración colectiva sobre este tránsito definido como un "ciclo de destrucción".

La ubicación de los setenta como un tipo de "ciclo de destrucción" impone redefinir la cronología.

Desde el punto de vista expuesto, los sesenta se prolongaron hasta 1973, mientras que los setenta recién comienzan a desdibujarse en 1983. Admito que el periodo 1973-1976 conforma todo un interregno, así también como que posee diferencias insalvables, tanto con una como con otra década. Pero su difusividad -sobre todo en el campo filosófico- me inclina a remitirlo a los "setenta", aunque la ins-

talación inequívoca de todas sus características se produce en 1976.

La significatividad de la experiencia subjetiva proviene del desplazamiento de la esperanza hiperbólica de los '60 hacia la sospecha de que el "poder ser" advenía desde un horizonte diferente al que uno creía; es más, que se ubicaba en sus antípodas.

La experiencia de futuro en los setenta se esboza desde la vivencia del estado. Con anterioridad a ellos, como una objetividad que facilitaba u obstaculizaba el cumplimiento de los fines humanos. En los setenta: como poder omniabarcativo, absoluto y sin fronteras. Si bien no era la primera vez en que el "poder estatal" saturaba la totalidad de las posibilidades; lo inédito fue "la puesta en escena". La violencia cotidiana, en primer lugar; pero también la naturaleza imprevisi-

ble e injustificable de los actos oficiales; la primitiva irrupción del mesianismo inescrutable. La insensatez de las explicaciones convirtieron el discurso social en grito, orden y silencio.

El multiantagonismo nacional del los sesenta, se transformó en una simplificada dicotomía de buenos y malos -el oficio de vivir se convirtió, entonces, en un interminable partido entre Alicia y la Reina de Corazones-. Pero lo absurdo coexistía con una práctica de exterminio implacable, cuya racionalidad se desfondaba en un abismo irracional.

La filosofía y los setenta

Tal vez para describir la situación del filósofo en los setenta, vale la pena imaginar el estado en el que queda el pensamiento al fin de la Primera Meditación Carte-

siana. Alguien que se las ve a solas con el irrefutable argumento de la existencia de un genio maligno, dedicado a engañarlo. Ciertamente, un complot de catedráticos-funcionarios extirpaban cualquier eco de una búsqueda de la verdad.

Vale la pena preguntarse, sin embargo, las razones que hacían imposibles, aun fuera de los claustros, las trayectorias progresivas hacia la evidencia, al menos, del "pienso, luego, existo". Algo no dicho, pero sí narrado por Descartes, es la disposición de un cuerpo -...ante la chimenea...-. La imposibilidad de avanzar se incrustó justamente en la idea de "un cuerpo dispuesto". El propio cuerpo y el cuerpo amado podía ser utilizado por otros -a través de la expulsión, la tortura o la muerte- para demostrar, justamente, la no evidencia de un "yo" -un nosotros, creo más adecuado-

Los setenta

Mis respuestas oscilarán entre la interpretación y el testimonio, puesto que creo que la función de las mismas es concurrir al establecimiento de ejes de discusión. En ellas, he registrado lo que creo válido para replantear las formas de subjetividad construidas en los '70 argentinos.

A ellos, les otorgo una cierta unidad, cuya validez se reduce a constituir una hipótesis para abrir el debate. Dicha unidad se propone desde la percepción que lo constitutivo de la vida eran "posibilidades de ser" en el centro de una catástrofe en curso.

Al respecto, el aporte que puedo realizar se circunscribe a particu-

Puesto que se vedaba la posibilidad del compromiso, la promesa, la responsabilidad.

Pero, por tratarse de una configuración del pensar de esa naturaleza, todo el pensar quedó involucrado. Resultaría un pretexto inadmisibile, un escepticismo elegante o una displicente moral provisoria. Solamente cinismo, locura, silencio o resistencia.

Pero estamos hablando del pensamiento filosófico. En el archivo de los setenta solamente encontramos papeles en blanco, como si la verdad que los filósofos oficiales consideraban perdurable, fuera desenmascarada justamente por su imperdurabilidad. Pero también papeles en blanco por el ejercicio de borrar las huellas anteriores -de allí un vacío con elocuencia cultural, como un pergamino raspado pero aún no convertido en palimpsesto-.

La distorsión metódica de la tradición; el filtro tosco de la contemporaneidad y la incoherencia de estos expertos en felicidad, prudencia y sabiduría mostró algo más trascendente que un oscurantismo. Entre sus engoladas poses, uno descubría el miedo de toda la estructura al pensamiento. Esto en el fondo era lo más doloroso; sus aparatos y pompas nos redescubrían el valor del pensamiento -a la vez, que su ejercicio nos parecía imposible-. Pero conviene atender, antes que las torcidas aventuras de los escribas, las desventuras de los filósofos.

Ellos -muchos muertos, pero otros que tienen entre sesenta y ochenta años- en los más diversos exilios internos y externos fueron capaces de criticar y criticarse, deconstruirse y construirse permitiendo -después- superar la disolución de lo popular como

horizonte epistemológico de la filosofía. La continuidad en la problematización es la única práctica que merece ese nombre en los setenta, y fue la lección de los maestros, que nos fueron negados en la universidad durante una década.

Veinte años después

Solamente voy a hablar de aquellas cosas que hacen que las cosas sean como son en los noventa.

Una inversión de los modelos de discurso creo que es fundamental. El discurso cotidiano se estructuró desde la forma jurídica. Y la forma jurídica se convirtió en un discurso cotidiano.

El fin de la esperanza de los '60 provocó un movimiento de autocritica, en algunos casos, despiadado. Uno pensaba que habíamos cometido un error muy grave

para que todo saliera tan mal. Desde entonces, la reflexión se convirtió en alegato y defensa. Por el contrario, la violación de la justicia convierte a los estrados en una mesa de café. Esta inversión, impide por una parte la conversación, la polémica, la disputa; pero por otra, da pie a la escandalosa impunidad.

La elongación del sentimiento de víctimas, legítimo en el marco de la manipulación que lo ubicaba a uno por que sí en un lugar u otro, o en un entorno de miradas incomprensivas parece vertebrar aún todas las relaciones de los que, como yo, vivimos los setenta entre los veinte y los treinta. Creo que, en lo interior, la patológica dialéctica recorre como un fantasma cada justificación.

No menos presente se encuentra la vivencia de que los verdugos existen y que la traición

es posible. Sabíamos que en la mesa familiar, en el edificio, en el barrio alguien era, había sido o podía ser un torturador, un asesino o un traidor. Este monstruoso descubrimiento impregna toda construcción del nosotros.

La desconfianza ante el poder omnimodo del estado dejó abiertas las puertas para que se lo depreciara globalmente, sin que todavía se pueda afirmar algo sobre su rol humano.

En otro sentido, el legado de los setenta es la convicción de que en esta tierra, nada es eterno. A mediados de los '70 (allá por 1978), uno creía que el imperio de baratijas importadas, la soberbia de los poderosos, el dinero mal habido, el miedo eran para siempre. El descalabro de todo eso, bien mirado, puede ser una buena guía para aprender el oficio de vivir. Quisiera, de todos modos, hacer un homenaje a la risa.

Jorge de Burgos tiene razón: si uno se burla de lo eterno, la eternidad se acaba -reconozco en esto la constancia del "Humor" de esos años, y repudio toda la bufonesca escritura que bajo el nombre de realismo se detenía en las torpezas de los sesenta, pero callaba el horror-.

ENTRE EL PODER Y EL SABER

Por Graciela Susana Puente

brayados o institucionalizados, con instrumentación del terror, el crimen, la injusticia; con redundante siembra del desamparo social, la marginación, la censura.

He aprendido que el poder atravesado por el uso de las armas es un enemigo de la paz: se arriba al dominio de la crueldad bajo la apariencia de la organización, establecida por pseudos jerarquías.

El tecnicismo aplicado al "arte" de matar es una perversión que atenta contra todo lo genuino: libertad, solidaridad, amor.

2. El imaginario de los "noventa" (denominación -insisto- a la que no ad-

hierro) recibe los legados de un pasado que no debe vigorizarse en presente. Quedan el dolor, las ausencias y los resabios del miedo, la destrucción. No obstante, se vertebra con energía la necesidad de "sabernos" como país, sin subordinación a la apariencia, a la humillante delegación de la responsabilidad. Todavía priman las aporías, las dicotomías que sólo conducen a pérdidas en el terreno de la integración, necesaria para el crecimiento. Se tiende aún a la copia de epistemologías ajenas a nuestra idiosincracia, a la traducción de fórmulas y estructuras en todos los terrenos del saber. Aún entre el poder y el saber, el ser no ha encontrado su propio espacio, airoso de autenticidad.

3. Veinte años después acontece el tiempo del protagonismo.

La doxa "Verdad" gira entre intersticios de contienda. Es heteronómica en su esencia, pero se diluye entre presupuestos de monovalencia.

Pienso que estamos accediendo a un espacio donde debe ocurrir la polifonía, donde la multivisión deberá enriquecer. Pero nos bloquean flagelos prioritarios: pobreza, hambre, desocupación, neoimperialismo.

La educación, la ética, la salud, libran batallas contra atentados conducentes a su desaparición.

1. En general me resisto a rótulos, especialmente los cronológicos; como éste, de establecer series de ideologemas, caracterizaciones en relación con décadas. La temporalidad en cuentas del acontecer, no se angosta en números precisos. La vida no es lógica ni racional; acotarla en término de años no es apropiado.

Siento que hay una fluencia de lo contingente-histórico, que deviene en el "ser siendo". Si convenimos en la denominación de "los setenta", es una etapa circunstanciada -como todo corte sin crónico- de antecedentes que la diseñan. En nuestro país el autoritarismo "fue" desde principios y es un *continuum*, con algunos enclaves más su-

LA LITERATURA ANTES DEL GOLPE



Por Eduardo Romano

la brecha que en el sistema había producido el modernismo-vanguardismo (enunciado así, como una continuidad problemática).

Sintetizando lo que entendía como mejor de la primera vanguardia -el rigor borgeano, la heterogeneidad lingüística y el humor marechalianos, algún rasgo expresionista de Arlt- con su fe surrealista y un cierto bagaje existencial, Julio Cortázar consolida nuestro ingreso a la literatura de este siglo, al segmento final de la modernidad.

Instaura un nivel poético para la prosa narrativa que presupone, asimismo, una alta dosis de ambigüedad e incertidumbre, sobre el cual ya no se podrá retroceder,

salvo a riesgo de resultar anacrónico. Su ejemplo arrastrará adeptos hasta entre algunos jóvenes representantes del agónico reformismo (Humberto Costantini en *Háblame de Funes*, 1970; Andrés Rivera en *Ajuste de cuentas*, 1972).

Con un sesgo muy personal asimiló Manuel Puig el desafío cortazariano. Y en un contexto donde la discusión acerca de literatura y medios de comunicación (sería mejor decir entre escritores que se acercaban a la televisión y a la publicidad o se resistían a hacerlo, adoptando muchas veces una actitud apocalíptica) había adquirido particular relieve.

Entre tantas voces escandalizadas, *La traición de Rita Haywood* (1968) y las novelas que le siguieron marcan una sagaz comprensión del papel que la radio y el cine cumplieron en la for-

mación del imaginario social argentino desde los años treinta en adelante.

Un imaginario que, según la feliz expresión de Renato Ortiz (*Mundialización e cultura*, 1994), había comenzado a convertirse en "internacional popular" porque se fundían en el mismo los estereotipos de la cinematografía norteamericana con el radioteatro local, las fórmulas externas y las modalidades nativas del género policial, etc.

Una fuerte confluencia entre narrativa con encuadre cinéfilo y un cine transido de literariedad distingue asimismo al período. Al respecto, pienso que las trayectorias paralelas de Haroldo Conti (no casualmente escritor y cineasta al mismo tiempo) y Leonardo Favio (firma casi todos sus guiones con su hermano, el escritor Zuhair Jury) son muy convincentes.

Desde la preocupación por la infancia marginada (y los marginados, en general) y los entretelones de una vida pueblerina que el realismo-naturalismo sólo había tratado con demasiados prejuicios, arriban simultáneamente a explorar la descuidada existencia de los artistas ambulantes y populares, uno en *Mascaró* y el otro en *Soñar soñar*, ambas de 1976.

Precisamente en esta etapa, algunos narradores provincianos (Daniel Moyano, Héctor Tizón) acaban con los obcecados y anacrónicos intentos de hacer literatura regionalista. Sus textos enlazan, sin esfuerzo, las problemáticas locales con modalidades de abordaje que provienen de Joyce, de Proust, de Kafka...

La poesía marca rumbos en el entrecruzamiento de los discursos literario y político-social,

Como siempre me interesó la historia literaria, a pesar de las corrientes (sobre todo estructuralistas) que le soplaban en contra, pongo reparos, fundamentalmente, a la periodización sugerida por las preguntas. No creo, y así lo he manifestado muchas veces, en especial a propósito de la poesía argentina, que cada diez años se renueve la

"estantería" literaria nacional.

Alrededor del 55 -para elegir una fecha desde tantos puntos de vista significativa- se cierra definitivamente una etapa, en gran medida remontable al siglo pasado. Las poéticas dominantes hasta entonces (gauchesca, nativismo, reformismo) pierden vigencia protagónica, también a causa de

desde que Juan Gelman se aparta de los condicionamientos reformistas de sus dos primeros libros (y del grupo *El pan duro*) y Urondo traspasa los límites de *Breves* (los del invencionismo de la revista *Poesía Buenos Aires*) para acceder a un lenguaje mucho más encarnado, cuyos primeros resultados convincentes se hallan, creo, en *Del otro lado* (1960-1965).

La otra veta importante, dentro del sistema poético, va a reconocer el liderazgo de una poeta que también comienza a producir en los sesenta: Alejandra Pizarnik. Tras sus huellas es posible ubicar la poesía de Arturo Carrera y de muchos otros nombres que la reconocen como modelo.

Por su parte, el ensayo adquiere el rango protagonista que lo distingue en este fin de siglo en los años posteriores al '55, cuando se torna acu-

ciente la necesidad de explicar la naturaleza del peronismo.

La perezosa y equívoca respuesta de que se trataba de una ramificación criolla del fascismo ya no conformaba a casi nadie. Buscando otra respuesta, los animadores de *Contorno*, Mario Amadeo, Sábato, Murena, Hernández Arregui, Arturo Jauretche, Héctor Agosti, inauguran un espacio polémico desconocido entre nosotros acerca de lo político-cultural.

Sólo desde ese estallido es posible explicarse fenómenos como el periodismo ensayístico practicado por Rodolfo Walsh, pero también por Rogelio García Lupo, en el periódico de la CGT de los Argentinos, y toda una prensa posterior de investigación y denuncia.

Incluso la aparición de cierto tipo de narrativa policial sería im- pensable sin lo que va de

Operación Masacre (1957) a *¿Quién mató a Rosendo?* (1968); la que encabezan hacia 1973-1974 Soriano, Martini, Martelli, y en cuya onda expansiva se encuentran tal vez algunas de las mejores novelas publicadas desde entonces hasta hoy.

En cuanto a la crítica literaria, al margen de los avatares de las modas, que siempre azotan sin piedad las costas periféricas, un inmenso campo desconocido pasa en este lapso a integrar su campo de estudio. Tanto desde una perspectiva semiótica, como político-cultural, los géneros y productos de los medios dejan de resultarnos extraños.

Una actitud en la que Oscar Masotta y Eliseo Verón, desde el Instituto Di Tella, son precursores, pero que resulta continuada y ahondada, cierto que con criterios muy diversos, por otros investigadores, en-

tre los cuales destaco a Aníbal Ford, Jorge Rivera, Oscar Steimberg, Abel Posadas, Beatriz Sarlo, Juan Sasturain, Nora Mazziotti, etc.; una lista de la cual no puedo excluirme a mí mismo.

Subrayo esos procesos como los más significativos, entre otros, que deciden un nuevo rumbo para la literatura argentina, cuyo esplendor se cierra con el golpe militar de 1976 y sus sangrientas consecuencias.

Del '83 para acá ha habido, sin ninguna duda, intentos de recomponer el sistema cultural (incluyo ahí a la literatura), pero nada que se equipare con la fertilidad de aquella etapa (1955-1976), de cuyas resonancias aún vivimos.

Respecto a ciertos síntomas de vaciamiento intelectual (notas *light*, insustanciales, falta de debate, escasos comentarios para la producción nacional, salvo los ami-

gos) que se advierten al soportar los actuales suplementos "culturales" de periódicos como *Clarín*, *Página 12* o *El Cronista*, son el resultado de una complacencia por el mercado (nada mejor que los libros de editoriales que pagan el aviso) que acerca a los círculos "oficiales" y a sus presuntos opositores.

No en vano compiten todos en querer convencernos (¿o convencerse?) de que Bioy Casares es el Borges que nos queda, entrevistarle permanentemente -para que repita siempre lo mismo, apela a un repertorio intelectual poco variado- y promover su candidatura al Premio Nobel.

Sí, ya sé, algunos hacen lo mismo con Sábato y su producción es mucho menos defendible que la de Bioy, quien en todo caso no se diferencia de muchos otros escritores nacionales, pero fue amigo y

coautor de Borges... Tilinguería intelectual nunca nos ha faltado. Esperemos que esta ola de **posmodernidad primermundista** también se nos pase.

LA VICTIMA TAMBIEN REGRESA AL LUGAR DEL CRIMEN

Por Susana Romano Sued



Me pregunto: Quién nos lee, y la pregunta cobra toda su importancia al recortarse sobre el público que configura *TRAMAS*...: son los lectores interesados de un discurso intelectual progresista. Hay allí un primer reconocimiento recíproco. Si escribo: El cinismo contemporáneo, la violencia, la reserva sobre los puntos crucia-

les de la ética, el principio de solidaridad obliterado por el de caridad, la pérdida del lugar honorable que la palabra de la escritura literaria, teórica, tenía en los setenta, y su transformación en lugar de "re-conciliación", la nueva intemperie; es probable que los lectores ya sepan con algún consenso, de qué se trata lo que escribo.

Los años setenta argentinos, conjunto mítico casi, los pienso contradictoriamente. Los sucesos inscriptos en el pasado, recobrados por el testimonio, no los puedo sustraer, ni quiero, a la mirada cargada de subjetividad.

Si los enfoco desde una perspectiva de memoria compartida, tomándome como *representante* de una capa social, *la clase media ilustrada, o letrada*, tengo que referirme a un discurso que tenía prestigio en la sociedad: el de los intelectuales preocupados por el destino de la sociedad, por la condición de los oprimidos, por la producción de proyectos de transformación de la sociedad. Este discurso cir-

culaba en el ámbito universitario, que es desde donde hablo, fragmentado en las expresiones de los grupos políticos de la izquierda. Lo principal era un conjunto de *certezas*, una *plausibilidad* de los proyectos, una *hospitalidad* de la enunciación que promovía una tranquilidad subjetiva y colectiva, cuando todavía el futuro era incruento, cuando aún no se había instalado el culto de la muerte como opción. Entonces, para esta mirada, los setenta fundaban un horizonte cultural particular y universal al mismo tiempo, eran la posibilidad verdadera de un proyecto de transformación. Al menos la parte de la década en que no había aparecido el terror de las Tres A, ni veíamos asomarse la sombra del terrorismo de estado.

Si en cambio enfoco el periodo como *so-breviviente*, como resto de un conjunto que retor-

na sólo en la acuciante demanda de los malheridos, como podría serlo el de una especie de *dia después*, pienso entonces en la fragilidad de ese ámbito, que en calidad de representante veo como desplazado. Agujereado por lo que falta y *los que faltan*, desplazado a un lugar que se dirime entre el miedo y la esperanza. Este encuentro de historia y subjetividad es lo que se materializa en este escrito.

Pero como todo esto está motivado por el aniversario, "veinte años después" concierne, ante todo, una precisión: se trata del valor simbólico, de la eficacia de la *efemérides*. Considero, por una parte, un gesto muy importante el promover la recordación. He ahí la importancia de la fecha, del registro, de la conmemoración. Es hacer pasar por el foco de la mirada y de la conciencia algo que de otro modo permanece ausente, en el mejor de

los casos, latente; se sacude un poco la narcotización dominante, la apuesta del mero vivir el día. La operación de distinguir y especificar forma parte de la operación de memorar. Esto se enhebra con la cadena de las fechas, el fulgor fugaz, al menos para el discurrir cotidiano, en un país periférico, bordeando el siglo y el milenio, en el que en las listas de best-sellers puede figurar, sin sorprender a nadie, la filosofía de la ética de Emmanuel Levinas al lado de una novela de Sheldon.

La narcotización promovida por la catarsis de las confesiones por televisión, los formadores de opinión que se sitúan en el lugar que antes ocupaba el discurso intelectual progresista, operan en contra de un trabajo de memoria: es esa la intemperie, es eso lo light y lo trivial, y se va camino de su entronización como lo

único posible. Lo enunciable de los '70 en los '90, desde esta perspectiva, lo pienso como un duelo, como una despedida justamente de aquél lugar que la producción de la capa media letrada ocupó en el o los proyectos de "país mejor". Creo que el proyecto iluminista fue propuesto por última vez en los '70.

Veinte años después, leo en un periódico que un alto porcentaje de encuestados en las ciudades no tenía la menor idea del 24 de marzo. Entonces me pareció una buena oportunidad hacer uso de las libertades públicas y reaparar esos olvidos y desconocimientos. Participé de recordatorios y homenajes, y me parece que hay un equívoco en esto de la recordación: los organizadores de los eventos, -probablemente de toda buena fe- animados por la necesidad de convocar, de dar a conocer la

tragedia del golpe, de la dictadura, de la represión y el genocidio, adoptaron las modalidades de la cultura televisiva: un poquito de solemnidad, un poco de contrición y luego, a las canciones, a la diversión, al rock. Yo creo que era una oportunidad de hacer callar el ruido habitual mediático, y en pleno silencio, restituir la palabra, la voz a lo que normalmente está excluido, forcluido de la memoria y la reflexión. No era lo mismo que la rememoración de cualquiera otra efemérides; habría que haber sacudido las reglas dominantes. Pero son los problemas que arrastrami generación.

Mi generación en general ha permanecido en silencio. Los derechos humanos han dejado de ser una preocupación, la intemperie de las redes roturadas de lo social promueve la barbarie. Me pregunto: la producción y el sostén de los ideales

que animaron a mi generación cuando teníamos veinte años, ¿pertenecen definitivamente al pasado? Me parece que es la misma pregunta que aletea en la atmósfera del documental de Coco Blaustein, *CAZADORES DE UTOPIAS*.

Ya lo he dicho en otra parte, si se me permite citar mis propias palabras: vería bien que se pudieran liberar los caminos del deseo, de la creatividad, apropiándose los sujetos verdaderamente del universo, (y no negar la mortalidad) en vez de participar de la ilusión del acceso democrático al disfrute, a la "felicidad" simulada que promueven actualmente los media como garantía del sostén de la globalización. "Pero la víctima, también regresa al lugar del crimen".

UN HACER DESGARRADO

Por Nicolás Rosa



Este tipo de preguntas para un intelectual argentino, se convierten en interrogantes de orden político y social, lo que nos llevaría a considerar los fenómenos de orden imaginario que preside toda interrogación, por decirlo de alguna manera, las preguntas de uno no coinciden con las respuestas del otro. Si pasamos por alto este tipo de problemas, las respuestas están basadas en la experiencia vivida, en el *vécu* de la historia. Retrospectivamente, la concentración de "hechos" y de "sentidos", unos retroactivos y los otros presentativos, -así se hace la historia personal pero también la Historia: pareciera que lo que importa ahora es ese fenómeno

de *densificación* de los años '70. Dos hechos fundamentales que creo convocan las preguntas: la dictadura -comienzo, duración y final de la Gran Dictadura y ahí la narratología se vuelve monstruosa- y los fenómenos inauditos de la represión... Los que vivimos los '70, y los vivimos a fondo -todavía hoy me parece imposible pensar

el padecimiento de este interregno de la vida política y de la vida cotidiana-, tenemos, diría *debemos*, una memoria a flor de piel. La actividad de la memoria de los años 70 nos lleva a preguntarnos cuáles fueron los fenómenos de orden social y político más allá de la diacronía superficial, que posibilitaron el carácter autónomo de lo que defi-

nió a la Dictadura: la Represión. De la Historia Monumental aprendemos la larga historia de la represión política, policial, autoritaria, religiosa con la que está teñida la Historia: para mí, con la que la Historia se nutre. Y esto es muy difícil de sostener, primero por el riesgo político que implica y por la condena ética que conlleva. La Represión pareciera ser constitutiva de la Cultura. En el nivel de la vida imaginaria, para usar una fórmula reconocible: lo que *desaparece* en lo real vuelve en lo imaginario -los que debíamos combatir con las letras-, y hoy parecería insostenible en el *air du temps* posmoderno, debemos reconocer que el *silencio* nos marcó con dureza. El fenómeno más contundente de esa historia fue la *desaparición*: desaparición de los lugares públicos, la desaparición en las entrañas de las ciudades o de las islas

(Rosario, El Tigre, La Plata, Córdoba, Buenos Aires), la desaparición de los militantes, la desaparición de los amigos, la desaparición de los desconocidos, del vecino de enfrente, la desaparición de las bibliotecas devastadas por el destierro y el fuego, la desaparición en las catacumbas de los míseros albergues que nos cobijaron y en suma la eminencia de la pregunta: ¿por qué?, ¿por qué? ¿sólo por pensar? A los que descreemos del valor absoluto del pensamiento como sostén de la acción, reintegrándonos a la memoria en este acto de conmemoración, nos cubre la incertidumbre: ¿es que el pensamiento puede convertirse en un arma tan peligrosa, o el pensamiento como arma es sólo arma suicida? La tradición de Kierkegaard, la de Nietzsche o la de Freud nos lleva a sostener la disolución de las formas de pensar. La tradición de

Mariátegui, la de Ponce y de Palacios nos convoca a la acción y en este caso a la acción política. Quiero mezclar, quiero mixturar, para volverse latinoamericano, argentino heterogéneo: uno no nace argentino, se *hace* argentino y en ese hacer desgarrado va dejando todas las pertenencias y se vuelve solitario, despojado de propiedades y quizá, no me atrevería a afirmarlo, de apetitos. La *desaparición* es simultáneamente la negación del objeto último, caído, el cadáver, y la afirmación ética reivindicación de los cuerpos insepultos: la reivindicación de Antígona, de la Ciudad, de la ciudadanía. La desaparición es histórica, se intenta borrar la huella, la traza, el rastro de los sujetos que se vuelven eminentes en su propia muerte. La marca de la desaparición es imborrable. Hay que asumirla y debemos vivir a costas de esta asun-

ción. Los '70 fueron en mi experiencia la incorporación en mi vida y en mi trabajo de escritura de dos hechos: un registro melancólico que despista a los críticos de la crítica y una furia casi épica -si de estilos se trata- para la reivindicación de los gestos mínimos y honestos con que se hace nuestra vida de todos los días. Alguien puede pensar, y no lo niego, que son formas un tanto paranoides de enfrentar la realidad... pero con esta salvedad: nadie enfrenta la realidad, la realidad nos enfrenta. El imaginario de los '70 nos sirve como marco de evaluación de la acción política contemporánea. El descreimiento es real tanto en los jóvenes como en los viejos, para los inexpertos como para la experiencia de los pensantes. Pensar no conduce a mucho, sólo a zozobra, y la experiencia de los '70 me sirve para ser más cauto en la política

partidaria y mucho más feroz en la exigencia ética. El "rococo" de las vanguardias me aburre -el tedio es una forma de vindicta pública- para mí no tienen existencia real, prefiero el desamparado de la retaguardia, es decir, de la espera. Veinte años después, como muchos, sigo esperando...

PRESTIGIOS Y PRACTICAS ESPECIFICAS

Por Guillermo Saavedra

cluso desaparecieron. Pequeñas marcas biográficas me parece que para hablar de mí, son insoslayables: la edad que tuve y los lugares donde estuve.

Para mí los años '70 empiezan con el recuerdo del pasaje, de la transición; yo trabajaba en un kiosco de diarios ayudando a un primo mío que era mayor que yo y que estaba en la JP en el año '71, la dictadura de Levingston a Lanusse. La marca de los '70 era ser joven, formar parte, casi inexorablemente, de un credo muy amplio, muy ecléctico y contradictorio, pero que se unificaba en torno a la idea de una necesidad irreversible de la historia, a la que, casi simple y alegremente había que sumarse como si

Antes que nada querría hacer una pequeña aclaración testimonial: en 1970 yo tenía 9 años; en 1973, tenía 12 y estaba entrando al colegio secundario en un colegio altamente politizado como lo fue siempre el Colegio Nacional de Buenos Aires; en el año '80, estaba saliendo del servicio militar que hice en el Regimiento de Infantería de

la Tablada, bajo la dictadura. En el año '76 estaba dentro de Buenos Aires, en ese colegio empujando el cuarto año. Fui expulsado y luego reincorporado porque no estaba entre los alumnos más desprestigiados por su irrecuperable tendencia revolucionaria; evidentemente, no estaba tan identificado con otros compañeros míos que in-

fuera una enorme corriente arrolladora que iba hacia una transformación social, política y económica radical, revolucionaria. No se podía, prácticamente, ser joven sin estar atentos, por lo menos, a esa especie de espíritu del momento por las noticias que llegaban de distintos lugares del mundo: estaba muy cerca el mayo francés, estaba muy cerca la muerte del Che y toda su trayectoria, con lo que tuvo siempre de emblemático. Y en la Argentina misma teníamos las primeras manifestaciones de una transformación.

Mi punto de vista era el de un niño que admiraba esa especie de épica que flotaba en el ambiente. Yo tenía 10 años y mi primo tenía 18; el tema era que yo tenía que atender el kiosco de diarios; a veces tenía que abrir el kiosco porque a mi primo, que estaba trabajando para la campaña

de Cámpora, octubre-noviembre del '72, lo habían metido en cana. Estas pequeñas marcas biográficas me dan la perspectiva que me involucraba desde un lugar, con una mirada sumamente romántica y una necesidad absoluta acerca de ese cambio. Lo que estoy diciendo no es nuevo, se ha dicho, se dice. Había como una épica que contaminaba de manera frívola, casi deportiva, a sectores de la sociedad, sectores no necesariamente progresistas, no necesariamente combativos, no necesariamente radicalizados, pero que veían, eran testigos de esas vanguardias o esos sectores casi todos juveniles, que estaban a punto de tomar las armas o tenían pronunciamientos públicos, políticos, culturales y sociales. Estos grupos eran vistos con una gran simpatía por sectores muy amplios de la sociedad. Creo que esto se ha perdi-

do en el registro que hoy se tiene de esa época, donde de todo el mundo en los sectores más tradicionales que no participaron pero miraron con enorme simpatía y hasta solidaridad hoy dicen "¡pero qué barbaridad! Eran un grupo de locos, asesinos, irresponsables".

Al lado de los '70, lo que empieza a pasar con la llegada de Perón es que en la Argentina el término "ser revolucionario" y "ser peronista" empieza a no ser tan coincidente como cuando los Montoneros formaban parte de la "juventud maravillosa", tal cual los llamaba Perón desde España.

Desde el punto de vista cultural, era muy difícil que la producción no fuese alcanzada por este clima, por esta atmósfera, esta percepción de la realidad, y aparecía con enorme prestigio el intelectual que se comprometía (detrás de esto está el modelo de Sartre,

TRAMAS, para leer la Literatura Argentina

sin duda) en la acción política, incluso en la acción armada en Montoneros; encontramos el caso de varios escritores que han pasado por ese movimiento e incluso han desaparecido, como Haroldo Conti, Rodolfo Walsh o Paco Urendo para nombrar los más notorios desde el punto de vista de su capacidad y trascendencia como escritores.

El problema que se planteaba para un intelectual -escritor, teórico o ensayista, docente, artista o lo que fuese- era cómo seguir manteniendo su práctica desde la especificidad de esa misma práctica, ya que había una sensación de perentoriedad tan grande acerca de la necesidad de pasar a los hechos, de tomar las armas, de hacer la revolución, que las prácticas de los intelectuales aparecían un poco rezagadas, anacrónicas, un poco frías, cobardes y, por lo tanto, empieza a

ocurrir con bastante frecuencia, que muchos intelectuales abandonan la especificidad de su práctica para pasar ellos mismos a la acción.

En el plano concreto de la literatura que se produjo en esos años, la que tenía más prestigio y notoriedad -desde el punto de vista de sus contenidos implícitos- era la que más claramente desplegaba un repertorio de adhesiones, de consignas, denuncias, de testimonio, de procedimientos, casi de agitación. No era la literatura que, mirada históricamente, estaba destinada a perdurar, a provocar un tipo de transgresión, de convulsión, de subversión, palabra que habría que rescatar, pues ha quedado condenada por el uso que la dictadura ha hecho de ese término: todavía no podemos volver a usar esa palabra porque tiene connotaciones absolutamente negativas.

La poca literatura que merece la pena en esos años es la que logra una suerte de síntesis o de desarrollo paralelo tanto de los procedimientos de la narración (o de la poesía, del cine, de la plástica, del teatro) en el mismo nivel de intensidad que los contenidos o los temas, las consignas que se intentaban llevar adelante. En general ocurrió en muy pocos casos, si tuviera que rescatar un escritor y una obra que verdaderamente convirtió el ideario de las consignas de la época en los procedimientos de trabajo con los materiales específicos, me quedaría con la obra de Osvaldo Lamborghini, que era consciente de eso cuando decía que no se trata de llevar la política a los temas de la literatura, sino que de lo que se trata es de politizar las técnicas, la escritura misma debe ser revolucionaria, no los temas. No es necesario, ni tampoco

suficiente, que la literatura se llene de personajes abnegados, solidarios, obreros explotados o de mujeres renegadas o subestimadas, sino más bien, se hable de lo que se hable, se escriba sobre lo que se escriba, se pinte sobre lo que se pinte, las técnicas mismas deben asumir un gesto, una actitud, una estrategia que politice revolucionariamente (en un gesto que no podría ser más que vanguardista) los materiales de cada área o arte específica.

Es evidente que había una fractura cultural, política, un trastorno de enorme profundidad y alcances que, literalmente, son inconmensurables en el imaginario de una sociedad que ha pasado por la dictadura que pasamos.

Esto implica un corte en las tradiciones, un corte en los vasos comunicantes, un corte en la continuidad del pensa-

miento, en las prácticas de discusión, de actualización de los discursos, de intercambio; un corte en la gimnasia, en el ejercicio de la opinión, de la expresión; un corte traumático producido por el terror, por la eliminación física y moral de una parte muy importante de una generación y por el inevitable llamado a silencio de los que sobrevivieron al exterminio de la dictadura y por el desencuentro con todos los que por precaución, por expulsión, explícita de parte de la dictadura, han tenido que tomar el camino del exilio. Esto es algo que me parece bastante notorio, y que si bien ahora ya estamos muy lejos del desencuentro que hubo, se manifiesta en el cortocircuito que implicó los primeros años del gobierno de Alfonsín: el tratar de reconstituir esa especie de continuo que debe ser el fluir de los discursos, de las ideas, del ima-

ginario con que una sociedad se va constituyendo y se va pensando a sí misma y proyectándose sobre esos discursos y sobre esas propuestas. Ese corte ha dejado en el olvido, ha tergiversado para bien y para mal, porque ha desprestigiado muchísimo algunos de estos discursos, alguna de estas prácticas con que se pensaban las cosas en los años '70, la acción política y también la cultura, y también en algunos casos ha sobredimensionado, tiéndolas de un carácter mítico, algunas cosas que si uno las revisara ahora no serían para tanto; de todas maneras, es injusto, es terrible, y lo peor que haya producido culturalmente los años '70 no nos debería negar la libertad de poder decir esto es verdad y esto es cagada.

Pero no todo fue una cagada desde luego; me parece que era muy difícil en medio de la con-

fusión y del carácter perentorio que asumía la acción en esos años, una producción cultural que estuviera a la altura de las circunstancias, que simultáneamente exigiera la demanda social, por un lado, como una necesidad de insertarse en lo social y, la propia especificidad, por otro. Esta situación determinó que la vigencia o la proyección que los '70 puedan tener sobre los '90 suene anacrónica por dos razones: en parte algunos elementos, algunos conceptos, algunas ideas, banderas o como querramos llamarle, ya no pueden tener vigencia, porque para alguna gente ha sido muy terrible y su vida ha sido fracturada por lo que fue la dictadura; gente que tuvo que vivir años afuera y ha tenido que volver y reintegrarse laboral y culturalmente a una sociedad que no quiso enterarse y sigue sin querer enterarse de todo lo que

pasó en esos años. Entonces es muy duro decirle a alguien que ha construido su vida sobre la base de esos años que todo eso fue en vano. No creo que haya sido en vano; creo que difícilmente podamos rescatar mucho para entender el mundo tal cual es. Y por otro lado, aunque haya cosas rescatables, no hay la menor receptividad en los actores del campo intelectual de hoy, como para escuchar o realizar y recuperar aquello que pueda ser recuperable aunque más no sea como gesto esencial; necesidad de indignación y de compromiso, digamos así, perentorio con la gestión que implica como ciudadano, aunque más no sea, vivir en una sociedad que es a todas leyes injusta.

La violencia en los años '70 tenía mucho prestigio, en todos los frentes y en todos los bandos; todos creían que la violencia era necesaria,

era legítima, aunque más no fuese con una legitimidad de facto. Hoy en día debemos reconocer que el estado violento, que el estado de cosas, de desigualdad, genera violencia, pero casi ninguno de nosotros ve con buenos ojos o, por lo menos, no se atrevería a pronunciar públicamente que un acto de violencia como por ejemplo el intento de asesinato de esa persona absolutamente execrable que fue Bergés, sea legítima o reivindicable. Basta mirar los diarios; ese grupo ORP que todavía no sabemos si existe o no, no cuenta con el apoyo ni siquiera del MTP que fue el último grupo que admitió haber estado comprometido con un uso de la violencia fallido y fuera de contexto como fue el intento de copamiento de La Tablada. No sé, habría que revisar, yo no tengo tiempo ni soy, seguro, la persona más indicada para hacer este

relevamiento que estamos haciendo de esos años. Habría que revisar un poco más exhaustivamente el diccionario de los años '70 como para ver qué otras cosas fueron canceladas y cuyo cancelamiento sigue teniendo vigencia, términos conceptuales, ideológicos y términos de prácticas, porque hablamos de la violencia como una práctica además de como una idea y hablamos de la subversión como un término, un procedimiento, que, me atrevería a decir, se podría rescatar incluso públicamente con muy poca prensa pero con absoluta justicia.

Con respecto a los años '90, evidentemente, es una época de apatía y de desgano, todo parece estar en el mismo renglón, todo está ganado, la frivolidad por la homogeneización de todos los discursos que difícilmente se busquen. Uno podría pensar en discursos violentos,

vehementes, en arengas, pero difícilmente podría pensar en la capacidad de acción que tienen esos discursos hoy en día. Me parece que los que pensamos que se podría vivir la vida que vivimos hoy en día de otra manera, nos quedamos muy fácilmente en una especie de lamentación, un poco melancólica, acerca de los "buenos viejos tiempos", que no son tan viejos y que no fueron tan buenos, por otro lado, que tuvieron -y eso sí lo rescato mucho-, un repertorio de preocupaciones, una densidad de preocupaciones y una disponibilidad de cada uno de los sujetos a esas preocupaciones; me parece bastante más interesante, hasta lo diría desde el punto de vista en que los frívolos hoy mismo lo asumen, bastante más entretenida que la falta de preocupación, la estrechez de preocupaciones de hoy en día. Eso es verdaderamente

así. Pero el problema es que termina siendo una coartada también: yo dije lo mío, me quejé, yo lo deploré y, bueno, puedo seguir sumándome a la uniformidad y a la chatarra general. Me parece que hay que aceptar las cosas como son, no para resignarse a ellas; aunque no podemos seguir sintiéndonos desencajados de una realidad que no es como nosotros queremos que sea.

El eclecticismo de los '90 tiene un lado positivo, en el sentido de que no tenemos una mirada tan dogmática sobre la realidad y no sentimos tanta vergüenza en que tengamos una vida privada que nos pone en contradicción casi cotidiana con lo que algunos pensamos que deberían ser las cosas. La necesidad de coherencia casi superyoica que planteaban las ideas de la izquierda progresista en los años '70 era impracticable y gene-

raba una enorme frustración o una enorme hipocresía, pero pienso que es una franja bastante restringida de gente que acepta esa contradicción de vivir de una manera y pensar de forma comprometida con un estado de cosas; en ese sentido es como el triunfo del estructuralismo: uno ocupa una posición y esa posición es la que le da un sentido social a la vida de uno, si yo soy jefe necesariamente tengo que tener una relación de explotación con otros, que podré ejercerla de una u otra manera. La diferencia es que hoy uno puede decir "soy jefe y tengo empleados a mi cargo" sin sentir vergüenza. Me parece que la heterodoxia en el campo de las ideas a lo que lleva es a una especie de "igualación" sospechosa, peligrosa e inoperante del todo; el problema de la heterodoxia sería el uso minimalista, en el sentido peyorativo de la palabra

que no tiene por qué tenerlo en un sentido amplio, el uso episódico, el uso circunstancial de una u otra manera de ver la realidad según los casos y según los sujetos pero llevado ya a un grado tal de flexibilidad que se vuelve altamente sospechosa y oportunista. En esta sociedad en particular esto corresponde al espíritu de lo que sería la aldea global ya a esta altura, espíritu de las ideas o los pensamientos a nivel mundial, pero en la Argentina en particular me parece que le tenemos mucho miedo al conflicto, a la capacidad de que los discursos y las prácticas de todo tipo generen conflictos y enfrentamientos porque hubo momentos en que los enfrentamientos fueron de vida o muerte.

Creo que habría que intentar producir algo que vaya más allá de la queja o la lamentación y que no todo lo que po-

driamos describir como espíritu de estos tiempos sea deleznable; no lo digo con resignación sino con el mayor espíritu tautológico, no nos queda más remedio que vivir en estos tiempos, entonces no tiene sentido seguir haciéndonos la quintita en el caso de que alguno de nosotros lo añore (yo no) en casa con los discos de Viglietti y los libros de Sartre, cuando vivimos en los '90. Esto no quiere decir que dejemos de escuchar la música que escuchábamos en los '70 o a los intelectuales que todavía tienen algunas cosas para decirnos de esos años, pero sí que nos dejemos de joder y que asumamos que estamos viviendo a mediados, casi fines, de los '90 y del siglo XX. Esa es un poco la sugerencia.

ESTE DOLOR SIN PRESTIGIO

Por Alejandro Schmidt

Para esos muchachos que fuimos... (a modo de respuesta)

Porque de la abundancia del corazón habla la boca.

Lucas 6:45

¿Qué hubo para nosotros en los '70? Para esos muchachos que fuimos, apenas los testigos, el borde no dentado de la historia.

Nosotros, los que fundamos el rocanrol argentino en las placitas de los pueblos, colados en tren para Córdoba o Rosario (no Buenos Aires, estaba lejos, sigue lejos), las anfetaminas, el deseo intenso, intenso por una trascendencia, un espíritu que saltara la grosería de vivir. No hubo nada, aún no hay nada. Arde eterna la pregunta de Hölderlin: *¿Para qué poetas en tiempos de penurias?* Fui unos meses a



la facultad de filosofía, algunos estudiaban (estudiaban todavía, convencidos) otros querían cambiar el mundo (ahora quieren cambiar el coche) después me fui a la calle (ahí sigo todavía).

Me emocionó Perón cuando volvió, suerte que no tenía edad para votar. Cuando volvieron los asesinos militares, me emocionaba el gin-cola; después llegó Alfonso con diminutivo (ahí se emo-

cionaron otros) y ahora un muñeco de torta preside el mapa, caen los invitados, brindan y después salen con jueces de farándula a ver los muertos por la calle. Y hay leones y fantasmas y lámparas al pie de las tormentas.

Pero yo ¿Qué puedo decir? Tengo 40 años de Argentina, trabajo de preceptor en una escuela industrial, vivo en una casa modesta, en un barrio modesto al borde de una ciudad comercial. Es mi vida la elegí, me eligió, no tengo otra.

En los '70 tampoco podía decir nada, a veces me explicaban los Otros (pequeño burgués, individualista, liberal, lumpen de clase media). Después también me explicaban (peronista, fascista, mantenido, borrachín). Ahora se explican Ellos (el fin de la utopía, y sí... hay que vivir, tengo familia, los multimedia, lo posmoderno, el escepticismo cer-

val, a lo mejor nos salvamos... yo fui amigo, pariente, conocido de un conocido de un chico del ERP, un monto, un desaparecido, una vez me llevaron preso por tirarme un pedo... o ... me fui a España y me llené de guita, hice un cursito en Alemania y ahora soy doctor, etc...) están explicados.

Después la poesía. La poesía coloquial de los '60 se murió (tardó un poco, estaba comprometida). La poesía neorromántica de los '70 se murió (no estaba prometida). Como poeta perteneczo a la generación del '80 y haciendo honor a los homónimos del siglo pasado (para otros son heterónimos) escribo misceláneas, distracciones, apuntes, ejercicios; entiéndase bien, sin cargos públicos, vacas, ni París. No, yo fui, soy de esos muchachos de provincias... yuyos de un río menor, papelitos quemados contra el viento. Siem-

pre esta soledad. Este dolor sin prestigio ni prensa. Los ángeles arrastran piedras por el cielo y vos patria que sos mi virgen con la boca vendada y mi coraje ¿dónde cumplís tus planes secretos, tu pan y tu memoria? No, no hay nada, salvo estos rostros encendidos por la decepción y el furor y esos chicos que arrojan su plasma, su esperar en las fábricas que quedan, en los sueños que quedan, en el agotado trabajo de las chacras; detrás del mostrador, de cadete, del imperio, de la combustión espontánea y el afortunado que se vuelve loco, resistente a todo, a tanto, y canta. ¿Canta para vos? ¿canta para mí? ésto aún debe explicarse.

Casi siempre me levanto antes del amanecer y veo los pájaros que arrastran el planeta, la mesa ordinaria donde tomo mi café y mi biblia, oigo el movimiento del cuerpo en los sueños de

esa mujer querida, compañera, en su luz o su neblina; mi hijito duerme como un faraón convencido por la eternidad, y entonces, sólo entonces, quisiera como Enoc ser llamado a los cielos.

En bicicleta, la cinta turbia del día me lleva al trabajo, por la avenida, en las esquinas rotas manos congeladas ofrecen los titulares del diario, la fábula mediocre de este tiempo, su fibra óptica, su espanto y nuevamente estoy seguro y me convenzo, ya puedo contestar.

Nosotros fuimos esos muchachos de provincias que... ¿Nosotros? ¿Ellos? ¿Yo? ¿Cuáles?

Algunos verán el mar, la claridad, la noche destripada, se comerán la sombra y serán gigantes; los mejores entre nosotros seguirán y seguirán hasta en la tumba, desde su cofre y su tiempo volverán.

Estoy seguro.

Y vos ¿Estás seguro?

¿Oís las campanas del fervor?

¿Por quién doblan las campanas? ¿Por el poeta que preguntó, por el que supo responder, por el porvenir o la fosa?

Y vos, provincia que me hallás entre tus manos ¿me llevarás a la casa del diablo con mi birome y mi reloj? ¿adornarás mi mesa ante los enemigos?

MTV, Tinelli, Grondona, Página 12,

Doxa Heterodoxa

la poesía es un arma cargada de PASADO

la felicidad es un revólver ardiente

Pato trabaja en una carnicería

Luis Alberto Spinetta es San Martín

el general Balza dijo que si había que pedir perdón

que nos quedáramos tranquilos, que él, lo pedía.

Y vos, ¿Por qué no festejaste el Mundial '78?

¿Qué era el que no saltaba?

Y el que no saltaba en la tortura

¿Qué era?

Y el público

(sí el público, querido, el público, el público)

¿no aplaudía

no SE aplaudía acaso?

UNA TRANSFORMACION PROFUNDAMENTE CULTURAL



Por Héctor Schmucler

La primera reflexión que me surge es la siguiente: hasta hace poco se solía preguntar sobre los 60. No deja de sorprender el hecho de que se hable de los 70. Porque los 60 eran el modelo, o, más bien, era la última década de gran entusiasmo de transformación, con esperanza de transformaciones sociales, humanas. Un momento de

estallido de todas las formas culturales que hasta ese entonces eran dominantes. Por eso cuando a alguien se lo quiere desmerecer por no estar actualizado se lo llama "sesentista". Digamos que el tema de los sesenta requeriría de toda una elaboración; y no necesariamente para decir "qué maravilla los sesenta". Sorprende porque, como

decía, no se habla de los "setentistas", sino de los "sesentistas", y esto en todo el mundo. Los sesenta son como lo que ya pasó, lo que ya no es, lo superado y, en algún sentido, para mucha gente, lo afortunadamente superado. Creo que podríamos decir que los setenta son los años en los que terminan los sesenta. Parece una transición, si uno quiere jugar con estos caprichosos recortes temporales. Los procesos nunca empiezan y terminan con cada década. Pero sí, tal vez en los setenta aparecen algunas reverberaciones de aquel entusiasmo. Son también los años de transición a los opacos '80 que aún continúan. Pero ya no hay transición. Ahora vivimos una

especie de negación de los grandes proyectos que motivaron a la acción. Que estimularon a los pensadores, los actores políticos, durante todo un período, por lo menos desde la Primera Guerra Mundial.

Dicho esto como para ubicarnos, me gustaría situar esta década vinculada a la Argentina. Creo que la Argentina sí tiene en la década del '70 un momento de culminación y de caída. Un núcleo meramente cronológico es el Golpe de Estado de 1976. Pero hay un pre-golpe y un post-golpe. Creo que esta década diseña un nuevo mapa socio-cultural en Argentina, donde, insisto, culmina un proceso y, sin solución de continuidad, sin que sea otra cosa, también empieza a consolidarse una nueva matriz que es la que hoy estamos viviendo, sobre todo si nos colocamos desde una perspectiva socio-cultural.

Yo creo que estos años -con todas las limitaciones que hemos establecido para que quede claro que es algo caprichoso, meramente metodológico-, sin el pasado, sin los años anteriores, son algo difícil de comprender.

Diría que los sesenta marcaron en el campo de las acciones y los procesos sociales y culturales en Argentina el grado máximo de politización. La política atraviesa todo este proceso, por lo menos hasta después del golpe de Estado. Años de pasión política en donde se envuelve el conjunto de la sociedad. Estos años están marcados por el desarrollo de un proyecto, con diversas cabezas, de transformación de la sociedad. Proyecto con una fuerte impronta voluntarista (cuando digo "voluntarista" no es en sentido negativo, sino en el sentido de una decisión de llevar a cabo

una transformación revolucionaria del país). Si uno volviera a los textos de estos años, se sorprendería al ver cuánto se empleó la palabra "revolución": la revolución en la cultura, la revolución en la política; esto un poco tardíamente, porque la idea del estallido de la revolución se había dado en los grandes países, Europa, Estados Unidos, en las décadas anteriores. De todas maneras, esto es una realidad; una realidad muy característica de la Argentina, pero donde influyen otras realidades, como la de Chile. Creo que, sin el proceso chileno que se da en los años 70-73, las cosas hubieran sido distintas. Chile simboliza una esperanza de transformación radical, socialista, por vías pacíficas, con fuerte raíz intelectual.

El papel de los intelectuales en el proceso chileno fue seguramente mucho más importante

que en Argentina. Sería interesante -esto puede ser más un proyecto de estudio que una respuesta concreta-, ver cómo participaba la intelectualidad chilena en la "transformación socialista" de Chile. Chile era un lugar de gran agitación intelectual, un gran hervidero, por razones de lo que había pasado en los '60. El golpe de Estado en Brasil, por ejemplo hizo que muchos intelectuales emigraran a Chile. Pero no hay que olvidar que en Chile se había producido algo previo, la llamada "Revolución en libertad", preconizada por el presidente Frei, padre del actual presidente, a través de la Democracia Cristiana y que, efectivamente, trajo una transformación democrática muy importante. Dato fundamental si se quiere ver la transición al triunfo de la Unidad Popular, a comienzos de los '70. Es decir, hay un clima que no

existía en la Argentina. Un clima de fervor intelectual, democrático. Insisto en Chile porque me parece un punto muy importante que a veces no se tiene demasiado en cuenta. La proyección de la revolución cubana, que había sacudido a toda América Latina en los '60 estaba, pero en otra dimensión. Algunos años antes de los '70, en el '67, fracasa el Che Guevara en su proyecto continental que tenía como lugar concreto a Bolivia. Los sesenta habían sido los del gran proyecto de la creación de muchos Vietnam, como decía el Che, pero ya había sido derrotado.

Sin duda que al calor de la Revolución Cubana se desarrollan muchos procesos, tanto en Chile como en Argentina y Uruguay. Pero el proyecto original era distinto. Entonces emergen proyectos más "locales". De los proyectos locales,

el más particular tal vez haya sido el argentino. En Argentina se produce el fenómeno de un movimiento revolucionario, un movimiento guerrillero vinculado a un movimiento político de vieja rai-gambre nacional como es el Peronismo. Quiero decir que, si bien es importante la aparición de distintos movimientos revolucionarios armados o no armados, la impronta, el rasgo de lo argentino lo da el movimiento Montoneros, con proyecciones hacia el socialismo, con creciente inserción en los sectores sociales argentinos, y vinculado a un patrimonio político de raíz nacional, que era el Peronismo.

Me parece que esto es algo fundamental como tema de estudio, porque el año '72, el año '73, son años de crecimiento de estos movimientos populares, pero fundamentalmente de Montoneros, que va a tener expresión en

concreto en un marco electoral: la elección de Cámpora. La etapa camporista tiene fuerte influencia de estos sectores, básicamente juveniles, que le dan un rasgo singular a la política. Esto es muy importante pensarlo para ver qué papel cumplen las instancias culturales y, entre estas, la Universidad. La Universidad pasa a ser un lugar "clave" de la politización general. Es necesario destacar, que esto no tiene la misma intensidad en el movimiento obrero, y esto en lo que va a pasar después tiene mucha importancia.

La guerrilla en Argentina tal vez haya sido la más poderosa de toda América Latina (salvo en Cuba), y no sólo en número de militantes. El grado de influencia en Argentina fue decisivo. Hay un tiempo, después del triunfo de Cámpora donde la guerrilla montonera tiene un peso deci-

vo. Esto es muy importante tenerlo en cuenta, porque fue como un momento de culminación.

Es el momento de la proliferación de proyectos que tendían a transformar los patrones culturales que se consideraban en ese momento obsoletos o inadecuados. Me parece que es importantísimo pensar en esto para pensar también la magnitud de la catástrofe posterior. Para pensarla hay que medir la magnitud del entusiasmo y la magnitud del peso que tenía, un peso que arrastraba al conjunto de la sociedad. La sociedad argentina fue arrastrada por ese peso. Y cuando digo que fue arrastrada, quiero decir que participó de ese proceso.

Después viene el freno. Lo anterior había sido muy fugaz, casi podría decirse como un fuego de artificio. Quiero decir que rápidamente hay una reacción: reacción

que también involucra al conjunto de la sociedad, de la misma manera que antes la había involucrado el entusiasmo. Hay una especie de, yo diría, paralización generalizada. Algo como decir "¿qué estamos haciendo?". Porque toda la sociedad empezó a sentir que aquello en lo que se había involucrado, estaba más allá de lo que estaba dispuesta a sostener, a concretar y a profundizar.

Son los años oscuros, terribles, dramáticos o heroicos de la violencia. Para que después se consolide una violencia por sobre todas: la violencia del Estado, a través del Golpe de 1976. El Golpe, además de haber inaugurado una de las épocas más cruentas que vivió nuestro país, es también la expresión de un parate de la sociedad (cuando uno dice "sociedad" habla por supuesto de una abstracción), un parate ante el estupor de algo

que parecía tender a transformar radicalmente todo. No es sólo la violencia la que asustó. Se pasó a una transición hacia lo que iba a ser el mundo de los '80

Hubo un movimiento en una sociedad que había sido permeada, "motivada" por una idea de transformación y que se vuelve temerosa de poder seguir adelante en esta transformación profundamente cultural. Esto me parece importantísimo: ver el aspecto cultural. A veces simplificamos las cosas. Creemos que hay malos de la película que surgen de la nada. No. Esos malos surgen de procesos largos.

Yo creo que es un mal camino decir: "a ver, arrepíentanse" y con eso queda todo arreglado. Cuando se habla de establecer una verdad histórica, se está diciendo algo casi intrascendente. La verdad se sabe. No hace falta que vengan algunos de estos militares que han

declarado algo para saber las cosas. No sólo se sabe después del Juicio a las Juntas. Se lo sabía antes. A veces se tiene la sensación de una sociedad ingenua, tonta, y yo no creo que se pueda pensar en una sociedad de imbéciles, que no ve nada. No, la sociedad veía. No es que se supiera todo lo que ocurría, pero tampoco que de pronto se desayuna con un Golpe de Estado.

Yo alguna vez hablaba de "espacios de desaparición", que da más cuenta que hablar de "desaparecidos". Espacios de desaparición como el núcleo más terrible y más oprobioso que hoy tiene la sociedad encima. Este "acto" de desaparición, por el cual no se da cuenta y nadie se hace responsable de muertos o de acciones de tipo represivo. Podemos hablar de un espacio social que hace posible esta figura, la figura más radical del acto

represivo que es la desaparición de gente. Con esto quedan heridas insalvables en el cuerpo de la sociedad. La discusión central tal vez no sea la represión o no represión, sino la forma de la represión. Quiero decir, es menos condenable el acto de que un Estado reprima fuerzas subversivas contra él, aceptado dentro de todos los cánones, que la forma en que se hizo, donde se perdieron todos los límites, toda consideración de los seres humanos. La desaparición es una entidad que crea una especie de gran hueco dentro de la sociedad, dentro del espíritu de una cultura.

Hacer desaparecer es querer borrar cualquier forma de memoria. Me parece que el problema que tenemos hoy, más que establecer una verdad histórica, es cómo se construye una memoria. Porque la verdad la sabemos, pero ¿qué recordamos?

¿Cómo reflexionamos sobre esto, cómo es recuperado para la cultura contemporánea?

Me parece que éste es el hecho más importante de los años '70: una sociedad que se entusiasmó y que permitió la creación de espacios propicios para la revolución, en un momento, y en otro, para la liquidación de este proceso. La sociedad todavía está pendiente de esta situación que vivió en los años '70.

Yo creo que hoy, a veinte años tenemos una tarea pendiente: reconocernos. Pero no como una especie de arrepentimiento, porque el arrepentimiento es privado. Lo que cada uno siente es de una envergadura espiritual. No tiene nada que ver con las declaraciones en la televisión, que siempre tienen algo de "show". Yo creo necesaria una reflexión que nos ayude a todos a sentirnos en nuestra propia piel, nuestro

propio cuerpo. Creo que sería saludable aunque fuera muy dolorosa. Como todos los procesos de crecimiento, tanto en los individuos como en las sociedades, tienen que pasar por momentos, no necesariamente de catarsis aunque incluye la catarsis, sino de reconocimiento de sí mismos, sabiendo que estos momentos abren heridas o muestran aspectos muchas veces no deseables.

RIESGOS Y SUEÑOS DE UNA EPOCA

Por Vicente Zito Lema



1. El '70 es un tema que me cuesta reflexionar porque está ligado, lo quiera decir o no, a la muerte de mis mejores amigos; es decir: no es sólo un tema para la reflexión, en mí es un tema para la recordación dolorosa, y a ello uno la circunstancia de pensar que mi vida en muchos aspectos cambió por haber sido un hombre que fue perseguido muy

duramente y que tuvo que dejar su país por muchos años. Yo no he hecho cargo a nadie de mi exilio ni me he beneficiado con mi exilio, lo he sufrido. No hago de esto una situación de que tienen que reconocerme nada, pero desde lo íntimo, lo personal, el exilio fue una situación muy fuerte porque, entre otras cosas, me privó de ver a mis hijos, a

mis padres que estaban enfermos. Es decir, para mí es hablar de una situación de dolor. De todas formas, también es hablar de una situación de ilusión y esperanza.

En la década del '70 yo soñé a lo grande, es decir, con toda la sociedad de que un mundo más justo se podía construir. Ese mundo no se construyó, y no sólo no se construyó, sino que alrededor de esos grandes sueños tuvo vigencia la muerte, tuvo vigencia lo siniestro, tuvo vigencia lo peor de la propia condición humana. No puedo decir que me arrepiento, porque no me siento arrepentido de haber participado tan a fondo como participé de esa época. Creo que hice lo que tenía

que haber hecho, que en definitiva fue interesarme por la defensa de la condición humana, escribir poemas, enseñar, soñar con que el mundo podía ser más justo, con que los más humildes podían tener acceso a esa cultura que tanto yo valoro. Es decir, no cargo sobre mi conciencia muerte de nadie, y si cargo sobre mi conciencia el dolor de no haber podido plasmar ese gran sueño y haber visto cómo muchos de mis mejores amigos eran objeto no sólo de persecución como en mi caso, sino de detención, de secuestro y de muerte. Yo fui muy amigo de Haroldo Conti, muy amigo de Rodolfo Walsh, y esas muertes me duelen, pero esas muertes no me pesan como para decir, Vicente, te equivocaste. No, yo creo que había que hacer lo que hicimos, como intelectuales, como escritores, es decir, contribuir a plasmar un gran sueño.

No se logró. En muchos casos nuestro sueño se pervirtió, pero eran los riesgos de una época y de un momento, y yo desde un lugar de mi propia alma me siento muy feliz de haber corrido esos riesgos aunque los frutos que coseché sean tan amargos.

2. Yo creo que lo que hay que rescatar de nuestra época es la capacidad de sueño; yo sigo soñando. Un hombre que a los 55 años sigue creyendo en la poesía, recorre sin ningún apoyo ciudades y pueblos de este país para hablar con pasión del arte, para mostrar lo que está escribiendo, creo que es alguien que está ligado más a la esperanza que a la tragedia. Yo no hablo de mi dolor en público. En público muestro obras que son obras rigurosas, obras duras por los temas que enfrentan, pero quien escuche estas obras, verá

que siempre hay una apuesta con alma y vida a que es posible encontrar la belleza aún en las condiciones más difíciles, y que la capacidad de soñar de los seres humanos es una necesidad tan profunda que si los seres humanos dejaran de soñar se morirían. Por eso, me causa tanta preocupación esta nueva ideología que se ha instalado por desgracia en nuestra sociedad, y que de alguna forma nos aconseja que soñar es un peligro y que, por el contrario, debemos acomodarnos sin sueños a la realidad. No, lo peligroso es vivir sin sueños y yo sigo soñando, e insisto, y siendo un hombre grande, no el joven poeta Vicente Zito Lema de los 20 o 30 años, creo que debo ser mirado como alguien que no renuncia a la vida y que no hace del recuerdo de años dolorosos su motivo de vida, sino que se nutre precisamente en esos años de dolor para

seguir apostando a los sueños, que son sueños eternos de la humanidad, que más allá de lo que pase, los exprese yo bien o mal, van a seguir siendo siempre expresados por artistas que realmente se sientan artistas.

NOTAS BIOGRAFICAS

Raúl Brasca

Nació en Marcos Paz, Provincia de Bs. As., en 1948. Ingeniero y químico, comparte el ejercicio de la docencia y la investigación en ambos campos con la escritura. En 1988 obtuvo el Primer Premio en el Concurso Internacional de Cuento Brevísimos, organizado por la revista mejicana *El Cuento*, que publicó varios de sus relatos. En Argentina, fue distinguido con el "Premio Joven Literatura 1992" de la Fundación Amalia Lacroze de Fortabat y por el reconocimiento del Fondo Nacional de las Artes, en 1993. Sus ficciones aparecieron en la antología *Sacamos a pasear al monstruo* y en las revistas *Puro Cuento* y *Maniático Textual*, de la cual es fundador y co-director. Publicó *Las aguas madres* (1994).

Abelardo Castillo

Nació en la localidad bonaerense de San Pedro, en 1935. Ha escrito *El otro Judas* (teatro, 1961), *Las otras puertas* (cuentos, 1961), *Israfel* (teatro, 1964), *Cuen-*

tos crueles (cuentos, 1966), *La casa de ceniza* (novela, 1967), *Las panteras y el templo* (cuentos, 1976), *El cruce del Aqueronte* (cuentos, 1982), *El que tiene sed* (novela, 1985), *Las palabras y los días* (relatos, 1988), *Crónica de un iniciado* (novela, 1991) y *Las maquinarias de la noche* (cuentos, 1992).

Traducida a varios idiomas, su obra fue distinguida con los premios "Casa de las Américas" (1961), "Premio Internacional de la UNESCO" (1964), "Primer Premio del Festival Mundial de Teatro" (1965) y "Primer Premio Municipal de Novela" (1985/86).

Fundó y dirigió las revistas literarias *El Grillo de Papel*, *El Escarabajo de Oro*, y *El Ornitorrinco*.

Manuela Fingueret

Nacida en Buenos Aires, en 1945, es escritora y periodista. De sus volúmenes poéticos, se han publicado *Heredarás Babel* (1977), *La piedra es una llaga en el tiempo* (1978), *Ciudad en fuga y otros infiernos* (1984), *Eva y las más caras* (1988), *Las picardías de Hérshel*

(con Eliahu Toker, para niños, 1991), *Los huecos de su cuerpo* (1992). Compiló y prologó el trabajo *Los jóvenes en los 90: la imaginación lejos del poder* (1993). Su obra ha sido incluida, asimismo en antologías y publicaciones nacionales e internacionales. Entre los años 1987 y 1989, fue Secretaria de Medios de Comunicación de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y asesora, en el mismo periodo, del Área de Cultura Judía del Centro Cultural General San Martín, así como directora artística y de programación de FM Jai, primera radio judía de América Latina. Dirige actualmente la publicación cultural *Arca del Sur*. Su último libro es una novela: *Blues de la calle Leiva* (1995).

Mempo Giardinelli

Nació en Resistencia (Chaco) en 1947. En 1976, la dictadura militar prohibió su libro *Por qué prohibieron el circo*, publicado posteriormente en el exterior. Residió en México durante ocho años y regresó a la Argentina en 1985. Ha

publicado *La revolución en bicicleta* (1980), *El cielo con las manos* (1981), *Luna caliente* (Premio Nacional de Novela, México, 1983), *Que solos se quedan los muertos* (1986), *Antología personal* (cuentos, 1992), *El santo oficio de la memoria* (novela, 1993), *El castigo de Dios* (cuentos, 1993). Su última novela *Imposible equilibrio* fue editada en 1995. Su obra ha sido traducida a once idiomas. Fundó la revista literaria *Puro cuento*. Fue galardonado con el Premio Rómulo Gallegos en 1993).

Juan Carlos González

Nació en Córdoba. Cursó estudios de Filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba. Es periodista y crítico literario. Ha trabajado en los Servicios de Radio y Televisión de la U.N.C., y los diarios *Córdoba* y *La Voz del Interior*, medio donde actualmente se desempeña como Director de su Suplemento Cultural. Ha publicado artículos en distintas revistas nacionales.

Luis Gusmán

Nació en Buenos Aires, en 1944. Escritor, psicoanalista y uno de los directores de la revista *Sitio*. Participó también en la dirección de la revista *Literal* (1973-1977), y *Notas de la Escuela Freudiana de la Argentina*. Ha publicado trabajos de crítica en numerosas revistas culturales como *Conexiones del Psicoanálisis*, *Escrita*, etc. A su ficcionario pertenece *El frasquito* (1973), novela que fuera prohibida mediante decreto del Poder Ejecutivo Nacional durante la dictadura militar.

Otras obras de su autoría: *Brillos* (1975), *Cuerpo velado* (1978), *En el corazón de junio* (Premio Boris Vian, 1983), *La muerte prometida* (1986), *La rueda de Virgilio* (autobiografía, 1989), *Lo más oscuro del río* (1990), *La música de Frankie* (1993), y *Villa* (1995).

Liliana Heker

Nació en Buenos Aires. Ha publicado: *Los que vieron la zarza* (1966), *Acuario* (1972), *Un resplandor que se apa-*

gó en el mundo (1977), *Las peras del mal* (cuentos, 1982), *Zona de clivaje* (Ganadora del Premio Municipal de Novela, 1987), *Los bordes de lo real* (cuentos completos, 1991). Ha actuado como crítica literaria y periodista publicando *Diálogos sobre la vida y la muerte* (reportajes, 1980), como producto que refleja parte de este trabajo.

Participó como Secretaria de Redacción y Co-directora de las revistas literarias *El Grillo de Papel*, *El Escarabajo de Oro* y *El Ornitorrinco*.

Es famosa la polémica que sostiene con Julio Cortázar sobre la escritura y el exilio.

Sylvia Iparraguirre

Nació en Buenos Aires. Egresada de la carrera de Letras de la U.B.A., es narradora, lingüista y ensayista. Formó parte de la revista *El escarabajo de oro* y fue cofundadora de *El ornitorrinco*. Ha publicado sus textos en diarios y revistas especializadas de Argentina y España. Coordinó el volumen n° 517-519 de *Cuadernos Hispanoamericanos* bajo el

título: *La cultura argentina: de la dictadura a la democracia*.

Su primer libro de cuentos, *En el invierno de las ciudades*, mereció el Primer Premio Municipal de Literatura, en 1986. En 1993 apareció su segundo libro, *Probables lluvias por la noche*.

Noé Jitrik

Su producción literaria en poesía y narrativa es compartida desde los primeros tiempos con su dedicación al ensayo y la investigación teórica. Ha dictado clases en las universidades de Córdoba, Buenos Aires, Besançon (Francia) y México.

Ha publicado en poesía y narrativa *Feridos* (poesía, 1956), *El año que se nos viene y otros poemas* (poemas, 1959), *Antología interna* (con César Fernández Moreno y Francisco Urondo, 1966), *La fisura mayor* (relatos, 1967), *Del otro lado de la puerta* (relatos, 1974), *Comer y comer* (poesía, 1974), *El ojo de jade* (relatos, 1980), *Citas de un día* (no-

vela, 1992). Su producción de crítica literaria es también extensa: *Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo* (1960), *Esteban Echeverría* (1967), *El mundo del Ochenta* (1968), *Los Viajeros* (1968), *Muerte y resurrección de Facundo* (1968), *Tres ensayos sobre Esteban Echeverría* (1969), *El fuego de la especie* (1972), *La novela "futura" de Macedonio Fernández* (1973), *Producción literaria y producción social* (1975), *Las contradicciones del modernismo* (1978), *La memoria compartida* (1982), *Historia de una mirada* (1992).

Enrique Lacolla

Nació en Buenos Aires, en 1935. Periodista, crítico literario y cinematográfico. Forma parte del cuerpo de editorialistas del matutino cordobés *La Voz del Interior*. Titular de la Cátedra de Historia del Cine de la Escuela de Artes de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U.N.C.

María Elena Legaz

Es Doctora en Letras de la U.N.C., institución en la que se desempeña como Titular del Seminario de Literatura Argentina de la Escuela de Letras. Tienen publicaciones especializadas en Argentina y el extranjero, entre las que cabe mencionar como parte del proyecto de trabajo de su cátedra, *Por Macedonio Fernández* (1994) y *Puig y los ochenta* (1995).

Fernando López

Cordobés nacido en la localidad de San Francisco en 1948 es, además, abogado y funcionario judicial. Ha publicado, entre volúmenes de cuentos, *El ganso parlante* (1987), *La noche de Santa Ana* (1992) y *Duendes al alba* (1995); y las novelas *El mejor enemigo* (de 1984, distinguida con el Premio Latinoamericano de Narrativa, otorgado por la Universidad de Colima, en México), y *Arde aún sobre los años*, publicada en 1985, y ganadora del Premio Casa de las Américas, en Cuba. Fernando López,

quien reside en la actualidad en su ciudad natal, ha sido jurado en certámenes nacionales e internacionales y coordinador de talleres literarios, actividades que, junto al ejercicio del derecho, continúa realizando.

Gustavo Nielsen

Nacido en Buenos Aires, este arquitecto de 32 años ha sido considerado por la crítica como uno de los referentes más interesantes de la nueva generación de narradores argentinos. Premiado en España, publicó *Playa quemada* (cuentos, 1994).

Eduardo Peñafor

Nació en San Juan. Es Licenciado en Filosofía. Fue Titular del Seminario de Pensamiento Latinoamericano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba. Dicta cursos y seminarios en las universidades nacionales de Cuyo y Córdoba.

Jorge Panesi

Es Profesor Titular de la Cátedra de Teoría Literaria de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Plata. Publicó el libro *Felisberto Hernández*, además de una copiosa producción ensayística dedicada fundamentalmente a la literatura argentina y el trabajo crítico recogido en diversas publicaciones.

Graciela Susana Puente

Doctora en Letras. Decana de la Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades de la Universidad de Morón.

Ha escrito en poesía: *Secuencias del absurdo*, *Diseño de convergencias*, *De Calle y Siempre*, *Amalgama*, *In-válida*, *Ocurrencia*, *Suena el apenas*, *Resonancias*. Ha escrito también las siguientes obras de teatro: *Pendiente*, *Serie*, *Entreteatro*, *Memoria de la entrega*.

Ha publicado trabajos de crítica sobre Borges, Juarroz, Molinari, Alejandra Pizarnik, Miguel Hernández entre otros.

Andrés Rivera

Nació en Buenos Aires en 1928. Integró el grupo *Nueva Expresión*, publicación periódica y sello editorial, así como *La rosa blindada*. Ha publicado *El precio* (1957), *Los que no mueren* (1959), *Sol de sábado* (1962), *Cita* (1965), *El yugo y la marcha* (1968), *Ajuste de cuentas* (1972), *Nada que perder* (1982), *Una lectura de la historia* (1982), *Apuestas* (1984), *En esta dulce tierra* (1985), *El amigo de Baudelaire* (1990), *La sierva* (1992), *La revolución es un sueño eterno* (1987, Premio Nacional de Literatura 1992), *Mitteleuropa* (1993), *El verdugo en el umbral* (1994).

Trabajó como redactor en *Clarín*, *El Cronista Comercial* y *El Bimestre*.

Su última novela es *El Farmer*, cuyo protagonista es Juan Manuel de Rosas.

Eduardo Romano

Nació en Avellaneda, en 1988. Egresó de la Universidad Nacional de Buenos Aires con el título de Licenciado en Letras y se desempeña en la misma

como Profesor de Literatura Argentina. También ha enseñado en la Universidad Nacional de Rosario, el Instituto del Profesorado CONSUDEC y en la Universidad de Morón.

Ha escrito en poesía *18 poemas* (1961), *Entrada prohibida* (1963), *Algunas vidas, ciertos amores* (1968), *Mishiadura* (1978).

Más extensa es su producción ensayística y crítica sobre la literatura gauchesca, el tango, la poesía lunfarda, y la narrativa de las últimas décadas: *Análisis de 'Don Segundo Sombra'* (1967), *Sobre poesía popular argentina* (1983), *Medios de comunicación y cultura popular* (en colaboración con Aníbal Ford y Jorge B. Rivera, 1985).

Susana Romano-Sued

Nació en Córdoba. Licenciada en Letras y Psicología en la U.N.C. y Doctora en Filosofía y Humanidades en la Universidad de Mannheim (República Federal de Alemania). Titular de la Cátedra de Estética y Crítica Literaria Moderna de la Escuela de Letras. Dirige la revista

E.T.C. (Ensayo, Teoría, Crítica) del Club Semiotico.

Ha publicado en poesía *Verdades como criptas* (1980, Premio Luis de Tejada), *Males del Sur* (1985), *El corazón constante* (1989), *Escriturienta* (1994).

Su último libro fue publicado en 1995 bajo el título *La diáspora de la escritura. Una poética de la traducción poética*.

Nicolás Rosa

Es docente de las Universidades Nacionales de Rosario y de Buenos Aires. Sus publicaciones sobre Sarmiento y la autobiografía han sido reconocidas en todo el mundo. Asimismo, ha dictado clases en universidades de Canadá, Francia, Italia, Rusia, EE.UU. y países latinoamericanos. En 1995 fue Presidente del VI Congreso Nacional de Semiología con sede en Córdoba. *Crítica y Significación* (1970), *Léxico de Lingüística y Semiología* (1979), *La crítica literaria contemporánea* (1981), *Artefacto* (1992) son sus publicaciones más importantes.

Guillermo Saavedra

Nació en Buenos Aires. Periodista y crítico literario en el Suplemento Cultural de *Clarín*. Publicó recientemente un libro de entrevistas a escritores (*La curiosidad impertinente*, 1994). Es co-editor de la Editorial Alfaguara

Alejandro Schmidt

Nació en Villa María, en 1955. Dirigió la revista *El gran dragón rojo y la mujer vestida de sol* (1987/1991). Dirige actualmente la colección de carpetas de poesía argentina *Alguien llama*, y es director de *Ediciones Radamanto*.

Publicó los siguientes textos de poesía: *Las Bienaventuranzas* (1983), *Clave menor* (1983), *Tajo en la piedra* (1984), *Elegías y Epitafios* (1985), *Serie Americana* (1988), *El Muerto* (1991), *Arder* (1991), *Dormida, muerta o hechizada* (1993), *Entre los muertos* (1995) y *El diablo entre las rosas* (1996). Su último trabajo es la plaqueta *Escuela Industrial*.

En el género ensayo publicó en una

edición colectiva *Blanchard o el aciago destino* (1992).

Héctor Schmucler

Es Profesor de Teoría de la Comunicación y coordinador de dicha especialidad en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (C.I.F.F. y H.) de la Universidad Nacional de Córdoba.

Sus indagaciones han sido recogidas en diversas revistas nacionales e internacionales.

Junto a José Aricó, Oscar del Barco y Samuel Kiczkovzky, fue uno de los fundadores y hacedores de la mítica revista *Pasado y Presente*.

Es director de la revista *Estudios*, publicación del Centro de Estudios Avanzados de la U.N.C.

Vicente Zito Lema

Es Psicoanalista y autor teatral. Se desempeña como Profesor en la Universidad Nacional de Mar del Plata, dicta

seminarios y cursos; conduce talleres de expresión artística y colabora asiduamente con distintos organismos y agrupaciones de Derechos Humanos.

Fundó y dirigió la revista *Fin de siglo*. Dirigió también por un tiempo la revista cultural *Crisis* en su segunda época. Es colaborador actualmente de la revista de crítica cultural *El ojo mocho*.

Entre sus libros recientes y próximos se encuentran: *Voces en el Hospicio* (1992), *Razón Poética* (1993), *Viajes (la piel del otro)* y una *Biografía de Agustín Tosco*.

También ha concluido un libro cinematográfico sobre Enrique Pichón Riviere, quien fuera su maestro en otra de sus actividades: la psicología social.

CRONOLOGIA

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

Cronología social y política de la Argentina: 1970-1990

Por Miguel Loreti

La década del 70 es precedida por dos hechos significativos que la marcan a fuego: el golpe de Estado militar de 1966 que instaura la dictadura de la llamada *Revolución Argentina* y, como contrapartida, el surgimiento de las organizaciones guerrilleras y las luchas obreras y estudiantiles que tres años más tarde van a desencadenar el *Cordobazo* de 1969.²

1970

- Mayo* Montoneros (izquierda peronista) secuestran al general Pedro Eugenio Aramburu (ex-presidente).
- Junio* Destitución del presidente Onganía por la Junta Militar. Asume el general Roberto Marcelo Levingston.
- Agosto* Asesinato de José Alonso de la CGT.
- Noviembre* Los partidos políticos se reúnen en la *Hora del Pueblo*.
Clausura del Instituto de Cinematografía de la Universidad del Litoral.

1971

- Marzo* Derrocamiento de Levingston.
General Alejandro Lanusse, nuevo presidente.
- Mayo* Creación de la Cámara Federal en lo Penal.
- Junio* Estatuto de los partidos políticos.

² Publicado originalmente en Cuadernos Hispanoamericanos, N° 517-519, Julio/Setiembre 1993. "La cultura argentina: de la Dictadura a la Democracia".

Setiembre Devolución de los restos de Eva Perón.
Creación del Comité Federal de Radiodifusión (COMFER). El Ente de Radiodifusión y Televisión recomienda: «Debe evitarse que actores de sexo masculino aparezcan en pantalla con ropas femeninas».
Juan Goytisolo y Jorge Semprún informan que se ha impedido la circulación de la revista *Libre*.

1972

Marzo Secuestro del empresario Oberdán Sallustro (Fiat).
Agosto Masacre de Trelew, asesinato de activistas peronistas y de izquierda en el penal.
Enmienda de la Constitución Nacional.
Setiembre Relaciones diplomáticas con la República Popular de China.
Noviembre Primer regreso de Perón.
Se prohíbe la circulación de la revista *Primera Plana*.
Clausura de la Sala Planeta. Se prohíben las obras *Proceso a Juana Azurduy* y *Del Cordobazo a Trelew*.

1973

Marzo Elecciones Generales.
Abril Triunfo peronista. Cámpora-Solano Lima.
Mayo Asesinato de Dirk Kloosterman (Mecánicos).
Héctor Cámpora asume la presidencia. Vicente Solano Lima es vicepresidente.
Insultos de la multitud a los miembros de la Junta Militar.
Indulto a los presos políticos.
Derogación de normas penales.
Disolución del fuero penal federal.
Reestablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba.

Junio Segundo regreso de Perón.
Masacre de Ezeiza. Enfrentamientos armados entre la derecha y la izquierda peronistas.
Julio Renuncia de Cámpora y Solano Lima.
Asume la presidencia Raúl Lastiri (lopezreguista).
Setiembre Ataque al Comando de Sanidad del ejército.
ERP Ejército Revolucionario del Pueblo es declarado ilegal.
Nuevas elecciones generales.
Triunfo de la fórmula Perón-Perón.
Octubre Asume la tercera presidencia Juan Domingo Perón.
María Estela Martínez de Perón (Isabelita), vicepresidente.
Noviembre Atentado a Hipólito Solari Yrigoyen (radical).
Diciembre Plan Trienal para la Reconstrucción y Liberación Nacional.
Bombas incendiarias queman el Teatro Argentino donde se iba a representar *Jesucristo Superstar*.
Incineran 25.000 ejemplares de *El Marxismo* de Henri Lefèvre.
El decreto 587 establece que: «Las agencias de noticias extranjeras no podrán suministrar noticias sobre la realidad nacional dentro del territorio argentino».

1974

Enero Intento de copamiento del Regimiento de Azul.
Renuncia el Gobernador de Buenos Aires Oscar Bidegain (izquierda peronista).
Acuerdos comerciales con Cuba.
Febrero Estatuto de los partidos políticos.
Golpe paramilitar en Córdoba. Derrocan al gobernador de Córdoba Ricardo Obregón Cano (izq. peronista).
Asesinato de José Ignacio Rucci (Sec. Gral. de la CGT).
Mayo Asesinato del sacerdote tercermundista Carlos Mujica.
Junio Perón enferma y delega el poder a María Estela Perón. Creciente poder de López Rega (secretario privado de Perón).

- Julio* Muerte de Perón.
Intento de copamiento del Regimiento 17 de Catamarca por grupos guerrilleros.
Nacionalización de las bocas de combustible.
- Setiembre* La organización Montoneros pasa a la clandestinidad.
La Triple "A" (Alianza Anticomunista Argentina) ligada a López Rega, amenaza de muerte a intelectuales y actores.
Numerosos exilios.
Giro hacia la derecha del gobierno.
Secuestro de los empresarios Juan y Jorge Born por Montoneros.
- Octubre* Apropiación del cadáver del general Aramburu por Montoneros.
- Noviembre* Estado de sitio.
La División Moralidad de la Policía Federal secuestra obras en librerías céntricas.
Bombas contra el diario *Noticias* y la radio *La voz del Pueblo* (de Córdoba).
La Municipalidad declara inmoral la obra *Territorios* de Marcelo Pichón Rivière.
El Ministerio de Defensa se opone a la difusión de la película *La Patagonia rebelde*.

1975

- Enero* La CGT condena la política económica del gobierno.
- Febrero* Gobierno y Ejército inician el Operativo Independencia contra la guerrilla.
- Junio* El plan económico conocido como el "Rodrigazo" desencadena una alta inflación.
- Julio* Ley de acefalía.
Expulsión de López Rega.
- Agosto* Jorge Rafael Videla es nombrado comandante en jefe.
- Setiembre* Licencia de la presidente.
Asume la presidencia interina Italo Argentino Luder, Presidente del Senado.

- Octubre* Decisión de "aniquilar" la subversión.
Reasunción de la presidente.
- Diciembre* Rebelión fracasada de un sector de la derecha nacionalista de la Fuerza Aérea.
Proscripción del Partido Peronista Auténtico de la izquierda peronista.

1976

- Febrero* "Desaparición" de Roberto Quieto (líder de las FAR, Fuerzas Armadas Revolucionarias, izquierda).
Proyecto de juicio político a la presidente.
- Marzo* Golpe de Estado militar. Se instaura el "Proceso de Reorganización Nacional". Dictadura militar.
El general Jorge Rafael Videla asume la presidencia.
Suspensión del derecho de huelga.
Disolución de los partidos políticos.
Régimen de las universidades.
Intervención a los gremios.
Masacre de Pilar (Asesinan a activistas de izquierda).
Numerosos secuestros (desaparición de personas) y asesinatos.
Noche de los lápices, secuestro y desaparición de un grupo de estudiantes secundarios.
- Abril* Plan económico de corte liberal de Martínez de Hoz.
- Mayo* Procesamiento a la ex-presidente.
Secuestro y desaparición de Haroldo Conti, escritor.
- Junio* Pena de muerte.
Asesinato del general Torres (ex-presidente de Bolivia, pro-izquierda).
- Agosto* Se prohíbe el libro *Olimpo* de Blas Matamoro.
- Octubre* Paro del gremio Luz y Fuerza (Trabajadores del ramo eléctrico).
Se queman libros de Mao, Che Guevara, Trotsky, Fidel Castro y la correspondencia Perón-Cooke.
Se prohíbe el espectáculo de Café-concert *Expornoshock de Ladivaverde*.
Se prohíbe la película *Ultimo tango en París*.

Se prohíbe la actividad de los Testigos de Jehová.
Circulan las "listas negras" de escritores, artistas y periodistas prohibidos en los medios de comunicación masiva.

1977

- Febrero* Desaparición de Oscar Smith (Luz y Fuerza).
Abril Primera marcha de las Madres de Plaza de Mayo.
Detención de Jacobo Timmerman y Roberto Cox (periodistas).
Masacre en González Catán.
Mayo Laudo arbitral del Papa por el Canal de Beagle (conflicto de límites con Chile).
Atentado contra el canciller Guzzetti.
El Episcopado denuncia desapariciones de personas.
Octubre Comisión nacional de responsabilidad patrimonial (CONAREPA).
Prohibición del libro infantil *La tacita azul*.
Detención por obscenidad de los actores del espectáculo *15 caras bonitas*.
Se prohíbe la obra *Ganarse la muerte* de Griselda Gambaro.
Se prohíben *Cuentos para chicos traviesos* de Jacques Prévert.

1978

- Junio* Atentado contra Juan Alemann (Ministro de Hacienda).
Julio Mundial 78, usado en apoyo del régimen.
Agosto Atentado contra el almirante Lambruschini, miembro de la Junta Militar.
Se prohíben fascículos de la *Historia de las Revoluciones*.
Se prohíbe la obra teatral *Juegos a la hora de la siesta* de Roma Mahieu.
Se prohíbe el número 7 de la revista MAD.
Se prohíbe la distribución del diario *La Razón*.

Desaparición de Rodolfo Walsh, escritor.³
La Municipalidad declara de exhibición limitada el libro *Arrancacorazones* de Boris Vian.
El Ministerio de Educación excluye de los establecimientos educacionales la obra *Gran Enciclopedia del Saber*.

1979

- Enero* Acta de Montevideo sobre el Canal de Beagle.
Abril Régimen de "Detenidos Terroristas".
Setiembre "Solución" oficial sobre desaparecidos.
Visita de la Comisión interamericana de Derechos Humanos.

1980

- Febrero* Cierre de la Universidad Nacional de Luján.
Marzo Ley de Privatizaciones.
Escándalo financiero.
Abril Informe de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA.
Agosto Primera representación de Teatro Abierto.
Se prohíbe la obra *La sartén por el mango* de Javier Portales en el Teatro Payró.

³ En nota aparecida en Página/12 el 20 de agosto de 1995 firmada por Horacio Verbitsky bajo el título de "La muerte de Rodolfo Walsh", se da la información correcta sobre la muerte del escritor. La introducción a dicha nota dice: "La declaración de Massera es el primer reconocimiento de que el escritor y militante Rodolfo J. Walsh, desaparecido el 25 de marzo de 1977, fue abatido por el fuego de un pelotón de la ESMA. 'Se defendió y fue muerto a tiros', dijo por televisión. En un tramo del diálogo que la revista 'Gente' no editó había sostenido que 'yo lo pedí vivo. Entonces hubiera decidido qué hacer con él, lo que pasa es que se resistió'. Hasta ahora, la Armada había negado toda intervención en su muerte."

Se prohíbe el espectáculo *Cocktail Show* en el Teatro del Hotel Bauen por exhibirse actores masculinos con prendas femeninas.
Se prohíbe la circulación de la revista *7 Días* por exhibir en su tapa la foto de la actriz Stefania Sandrelli en bikini.

1981

Marzo El general Roberto Viola asume la presidencia.
Junio Protesta de la CGT.
Agosto Documento de la Multipartidaria.
Setiembre Muere Ricardo Balbín (líder del radicalismo).
Noviembre "Marcha del Trabajo" de la CGT.
Diciembre La Junta Militar depone a Viola.
El general Leopoldo F. Galtieri asume la presidencia.
La novela *Abbadón el exterminador* de Ernesto Sábato es incluida en una lista de obras prohibidas en las escuelas.
Se cierra la carrera de antropología de la UBA.

1982

Marzo Ocupación civil de las Islas Georgias.
Intranquilidad y descontento social.
Zarpa la flota argentina hacia las Georgias.
Huelga general de la CGT.
Enfrentamientos entre la multitud y la policía en Plaza de Mayo.
Abril Ocupación militar de las Islas Malvinas.
Mediación del Secretario de Estado de EE.UU.
Debate sobre Malvinas en la OEA.
Fin de la neutralidad de EE.UU. sobre Malvinas.
Mayo Bombardeo inglés a Malvinas.
Hundimiento del crucero ARA Gral. Belgrano.
Hundimiento de la fragata HMS Sheffield.

Junio Mediación del Secretario General de la ONU.
Visita de Juan Pablo II.
Rendición argentina en Malvinas.
El Ejército derroca a Galtieri.
El Ejército asume el poder político.
Julio El general Reynaldo B. Bignone asume la presidencia.
Setiembre Marcha de la Civilidad.
Diciembre Alfonsín es candidato (radical) a presidente.

1983

Junio Se autoriza el derecho de huelga.
Setiembre Luder es candidato a presidente (peronista).
Alfonsín denuncia el pacto militar-sindical.
Sanción del Indulto.
Octubre Fin del estado de sitio.
Elecciones generales. Triunfo radical: Alfonsín-Martínez.
Diciembre Disolución de la Junta Militar.
Raúl Alfonsín asume la presidencia.
Victor Martínez, vicepresidente.
La Comisión Nacional de Desaparición de las Personas (CONADEP) investiga el terrorismo de Estado.

1984

Enero Reapertura de la Universidad de Luján.
Febrero Plan de restricción del gasto público.
Reforma al código de justicia militar.
Junio Normalización de las Asociaciones de Trabajadores.
Julio Convocatoria al Congreso Pedagógico.
Noviembre Tratado de Paz y Amistad con Chile.

1985

<i>Enero</i>	Plan económico de Jorge Sorrouille intenta bajar la inflación.
<i>Marzo</i>	Aprobación del Tratado del Beagle.
<i>Abril</i>	Juicio a los ex comandantes militares.
<i>Mayo</i>	Paro general de la CGT.
<i>Junio</i>	Plan Austral de estabilidad económica.
<i>Agosto</i>	Paro general de la CGT. Estatuto de los partidos políticos.
<i>Octubre</i>	Estado de sitio.
<i>Noviembre</i>	Elecciones parlamentarias. Triunfo radical.
<i>Diciembre</i>	Fin del estado de sitio.

1986

<i>Julio</i>	Plan de integración con Brasil.
<i>Diciembre</i>	Ley de Punto Final. Suspensión de juicios a los militares.

1987

<i>Abril</i>	Alzamiento militar de Semana Santa, liderado por el coronel Aldo Rico: "Carapintadas".
<i>Junio</i>	Ley de Divorcio vincular. La Ley de obediencia debida absuelve de responsabilidad a los militares encargados de la represión. El peronismo renovador (Menem, Cafiero, Grosso), se enfrenta al "verticalismo" gremial.
<i>Agosto</i>	Privatización de empresas públicas.
<i>Setiembre</i>	Elecciones parciales. Triunfo del peronismo en Buenos Aires.

1988

<i>Febrero</i>	Deterioro de la economía.
<i>Julio</i>	Angeloz es candidato radical a la presidencia. Menem es candidato peronista.
<i>Setiembre</i>	Plan "Primavera" de recuperación económica.

1989

<i>Enero</i>	Rebelión militar "carapintada" en Villa Martelli, liderada por el coronel Seineldín.
<i>Marzo</i>	Hiperinflación y descontento social. Saques a los supermercados. Convocatoria a elecciones generales anticipadas.
<i>Mayo</i>	Elecciones generales. Triunfo de Menem-Duhalde (peronistas).
<i>Junio</i>	Renuncia de Alfonsín.
<i>Julio</i>	Carlos Saúl Menem asume la presidencia. Eduardo Duhalde es vicepresidente.
<i>Noviembre</i>	Control de la inflación. Anuncio del Indulto. Anuncio de la política de privatizaciones.

APENDICE

*Quiere agradecer, en primer término a Santiago Estesso, Ines Magnasco,
Tania Mastronardi y Fernando Piñero,
quienes fueron responsables de organizar esta encuesta.
Agradecemos también la confianza y predisposición de los escritores,
críticos e intelectuales que nos enviaron su respuesta.
Agradecemos especialmente a las siguientes personas:*

*Héctor Baschetti
Noé Jitrik
Juan Maldonado
Juan Carlos González
Laura Limberti
Aldo Parfeniuk*

INDICE

PRESENTACION	5
ENTREVISTAS	11
Abelardo Castillo	13
Noé Jitrik	33
Andrés Rivera	48
ENCUESTAS	55
Raúl Brasca	59
Manuela Fingueret	64
Mempo Giardinelli	67
Juan Carlos González	72
Luis Gusmán	78
Liliana Heker	82
Silvia Iparraguirre	86
Enrique Lacolla	94
María Elena Legaz	100
Fernando López	104
Gustavo Nielsen	108
Jorge Panesi	113
Eduardo Peñafort	116
Graciela Susana Puente	120
Eduardo Romano	122
Susana Romano-Sued	126
Nicolás Rosa	129
Guillermo Saavedra	132
Alejandro Schmidt	139
Héctor Schmucler	142
Vicente Zito Lema	148

TRAMAS, para leer la Literatura Argentina

NOTAS BIOGRAFICAS 151

CRONOLOGIA 163

APENDICE 177

poesía - narrativa - cuento - entrevistas - artes visuales - video arte - pensamiento



arte + literatura
y otros simulacros

revista objeto

COLABORACIONES,
INFORMACION Y SUSCRIPCIONES
C.C. 895 - (8000) Bahía Blanca
Buenos Aires - Argentina
Teléfono 091-880381 - Telefax 091-4989

DIMENSÃO

Revista Internacional de Poesía
a poesia (mais) atual

a revista literária no Brasil de maior
circulação no país e no exterior

Poemas - Visuais - Traduções

Caixa Postal 140 - Uberaba/Brasil 38001-970

CLUB SEMIOTICO

e.t.c.

ensayo-teoría-crítica

7

ESPACIOS DE INTERPRETACION

HABLAR EN EL MEDIO

● Barei - *Conocimiento e interpretación* ● Boria - *La comprensión dialógica* ● Aran - *Papeles que hablan* ● Antonelli - *De lo biográfico a lo biografi-able* ● Blanco - *Continuidad de la historia del arte* ● Mc Guirk - Zz ● Gerling - *Interpretar la obra de Borges: El Aleph* ● Romano-Sued - *Interpretar el Godek de Trakl* ● Mozejko de Costa - *Historia de las Indias* ● Ammann - *Ciudad: Lugares de habla* ● Bomheker - *Del vínculo, la elección y la existencia* ● Dalmaso - *Visiones subyugantes de un mundo subyugado* ● Olivera - *De "la fotografía como arte" al "arte como fotografía"* ●



Alción Editora

Se terminó de imprimir en la ciudad
de Córdoba a los treinta días del mes
de Junio de 1996.

"El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer. En la época de la dictadura, circulaba un tipo de relato "médico": el país estaba enfermo, un virus lo había corrompido, era necesario realizar una intervención drástica. El Estado militar se autodefinía como el único cirujano capaz de operar, sin postergaciones y sin demagogia. Para sobrevivir, la sociedad tenía que soportar esa cirugía mayor. Algunas zonas debían ser operadas sin anestesia. Ese era el núcleo del relato: país desahuciado y un equipo de médicos dispuestos a todo para salvarle la vida. En verdad, ese relato venía a encubrir una realidad criminal, de cuerpos mutilados y operaciones sangrientas. Pero al mismo tiempo la aludía explícitamente. Decía todo y no decía nada: la estructura del relato de terror."

Ricardo Piglia: Crítica y ficción